



Rafael de Nogales Méndez

MEMORIAS

COLECCION "LA EXPRESION AMERICANA"

LOS LLANOS DE VENEZUELA

LA REGIÓN DE LOS LLANOS de Venezuela, a donde marché después de mi escapada de Bogotá, es notablemente interesante desde el punto de vista político, geográfico, zoológico y sociológico.

La carretera que sale hoy de la frontera de Colombia, mitad hacia Periquera, no estaba construida por aquellos días. Esta es la región donde termina el bosque y empieza la llanura. El único camino que lleva del Táchira a los llanos, por este tiempo, es la trillada vía de San Camilo. Se desprende desde San Cristóbal a lo largo de las serranías con abiertos precipicios que cruzan las húmedas y vírgenes montañas de la cordillera forestal hasta llegar a las interminables praderas del estado Apure, donde se encuentran las haciendas y hatos de ganado, que contienen a veces hasta cincuenta mil cabezas. El ochenta por ciento de esas praderas son sabanas abiertas, debido a que las candelas en las anchas sabanas destruyen las alambradas tan pronto se ponen. El trabajo en las haciendas es hecho por llaneros. Se parecen a los vaqueros del oeste de Estados Unidos en la época anterior a aquélla de los pastores de rebaños y payasos de Hollywood, cuando, montados en caballos de circo, invadieron esos libres dominios.

Nuestro ganado no tiene grandes cuernos, pertenece a la vieja casta española que fue introducida en Venezuela en los días de la conquista. Son generalmente grandes, bien formados, de cuernos corrientes y muslos ligeros y salvajes. Los toreros españoles clasifican nuestro ganado entre la mejor

exhibición de toros de España, los que son llevados todos los sábados a propiciar la carnicería de viejos caballos de cabriolé para satisfacer la sed de sangre del populacho.

Los caballos de los llanos son imponentes. Descienden también de la casta española —cruzados con árabes— traídos a los llanos durante la conquista. Poseen ojos claros, belfos rosados, cuellos de cisne sobre nerviosos pechos, delgados menudillos, fuertes cascos, crines y colas onduladas. Una velocidad que puede ser vertiginosa. He montado muchos legítimos caballos árabes en Siria, Mesopotamia y Palestina durante la guerra mundial. Sé de lo que estoy hablando.

Sobre la silla de un llanero no se encuentra un solo clavo. Es toda cosida y respunteada. La cabeza de la silla es de plata, imitando la cabeza del animal; de igual material son los largos puntiagudos estribos. Las bridas consisten en un freno de hierro y una delgada correa lo sostiene detrás de las orejas del caballo, similar a las bridas árabes. Todas las correas, incluyendo las delgadas riendas, están fabricadas de cuero curtido, como la larga sogá, o lazo, que es atada por una punta a la cola del caballo, mientras el rollo principal permanece atado al lado derecho de la silla. Cuando el nudo corredizo al final del primer rollo (diez yardas de largo) engarza y se hala con seguridad, el segundo y principal rollo (de veinte yardas de largo) es fácilmente halado de la silla y desenrollado, dándole a la jaca la oportunidad de pararse, de separar sus cuatro piernas en espera del final estirón. La cola de la jaca parece adherida a su nervioso cuerpo con hierro. Siempre está tensa. En momentos en que las jacas saltan al aire como una pelota al final de un hilo, la cola siempre se mantiene erecta. Cuando se les cae la crin se les suelta en los potreros hasta que vuelve a crecerles. Sistema infalible.

Nadie se aventuraría a ir por la sabana a pie, por temor a ser embestido por el más cercano novillo. El equipo del llanero consiste en un largo afilado cuchillo, una soga y un bayetón o gruesa chamarra de lana cuadrada, de dos por dos yardas, roja por un lado y azul por el otro, con un hueco en el centro, como el poncho. Su dueño mete por éste la cabeza para protegerse de la lluvia, pero regularmente lo lleva suelto, cuando va a caballo, listo para usarlo cuando se desmonta. Porque ésta es la única efectiva arma con que el hombre puede defenderse a pie de los toros salvajes de la llanura. En los llanos todos los hombres son toreros. La ruana sirve de capote.

El llanero nunca usa sus espuelas cuando trabaja. Teme que se le enrede la soga, la cual maneja con gran maestría, hacia adelante o hacia atrás, a derecha o izquierda, cuando va a galope tendido. La silla del llanero es tan ligera que se puede levantar con un solo dedo; el sudadero consiste en una vaqueta delgada. Las jacas no llevan herraduras. No hay piedras en la llanura, salvo muy excepcionales y raros riscos de rocas, cortados en dos, desnudados por las corrientes de los ríos. Las piedras para edificaciones son generalmente transportadas en bolsas de las montañas, como en la Mesopotamia central. Es la razón por la cual la mayoría de las casas de los hatos, contando las casas de los ricos hacendados, están hechas de madera, con altos techos bardados. Los hacendados acomodados no pasan la estación de invierno en sus haciendas o hatos, como otros acostumbran. Van a San Cristóbal o a otras ciudades de la cordillera, o al más cercano pueblo ganadero a lo largo de la orilla de los ríos, donde toman contacto con sus administradores por teléfono o por medio de mensajeros.

Las praderas y regiones madereras de las tierras bajas son para Venezuela lo que Marruecos, Argelia y el Congo representan para Francia. Son

nuestras colonias. El ochenta por ciento de nuestras ciudades, de nuestros centros agrícolas e industriales, están situados en las altas mesetas de los valles de la cordillera andina y sus ramificaciones. Son nuestras colonias originales, donde los conquistadores fabricaron sus casas y cultivaron su suelo, porque el clima templado de sus altas mesas los habilitaba a hacer su propia labranza mientras que en las tierras bajas, donde se desarrolla nuestra fuerza agrícola, el calor excesivo los obligaba a emplear peones o esclavos en aquellos trabajos.

El calor no es la única dificultad que se encuentra en los llanos. Hay que reconocer también los diluvios tropicales. Estos cubren, cada año, y por varios meses, amplias secciones de las sabanas, volviendo todos los caminos de recuas imposibles para el tránsito.

Durante esa estación lluviosa la mayoría de los llaneros permanecen recogidos en sus hatos o haciendas, así como el ganado, que se refugia en los bancos o en las islas de hierba que se forman en el alto llano inundado. Por este tiempo la mayoría de los viajes a través de estos pantanos se hacen dirigidos por bueyes, que son de paso fuerte y seguro.

El principio de la estación lluviosa es el tiempo en que los indios se mueven más. Viajan en piraguas a través de los impetuosos ríos, matando el ganado por docenas con sus largas lancetas, o flechas, y atacando aislados e indefensos viajeros. Fabrican sus rancherías durante el verano a lo largo de los *bancos*, que están protegidos por fronteras de desnuda e impenetrable vegetación selvática, algunas veces del espesor de una milla.

Los caños o lodazales, rara vez están cubiertos de densa vegetación, debido al hecho de que tienden a secarse durante los meses calurosos del verano, cuando los ríos bajan. Están protegidos por gramalote, una yerba alta. Una ocasional franja de húmeda

vegetación, donde los caimanes encuentran su paraíso y donde los jaguares se refugian cuando no disponen de otro lugar.

Los ríos que se desploman de los andes caen al Orinoco escoltados por selva de cada lado, cuyo espesor varía según la humedad esparcida por éstos durante la estación seca. Las orillas de los ríos no son, sin embargo, los únicos sitios donde la selva brota en el llano, este interminable océano de yerba cuya vasta soledad parece limitar con el azul infinito de horizontes borrosos, ondulando a través de la niebla de tormentosas auroras. Hay también las matas, esas islas silenciosas y boscosas que manchan la llanura como los archipiélagos en el mar. Se forman en las depresiones pantanosas donde subsiste suficiente humedad después de la retirada de las aguas. En algunas partes, debido a la profundidad de estas depresiones, el agua nunca desaparece completamente. Fangales y tremedales, llamados esteros, se forman traicioneros a los pies de los hombres o las bestias. Por regla general, sus límites están cubiertos de espesas paredes de yerba gramalote, cortada aquí y allá por espesa maleza o por alguna ocasional isla forestal, donde el piso es suficientemente seco para permitir que la flora de la selva obtenga un seguro desarrollo.

En esos esteros el ganado se refugia durante el verano, cuando los llanos están infestados de garrapatas, o cuando altas candelas barren la llanura, destruyendo gusanos y sierpes venenosas que hacen la vida casi insoportable entre la belleza de esas praderas.

Mientras uno se aproxima a los esteros se observa desde lejos, aquí y allá, hileras de palmas moriche, cuya superficie verdosa se tiñe con las variedades multicolores de diferentes aves, desde el garzón soldado, centinela gigante de la misma familia del marabú africano, hasta el pequeño iridiscente

zumbador o colibrí. Se ven bandadas de juiciosos pelícanos, meciéndose sobre las palmas abanicadas por el aire del llano o alguna garza azul parada en una sola pata, hundida en el fango, mirando atentamente un grupo de tímidos flamencos, cuyas plumas rosadas se reflejan como un celaje dentro de la laguna. O ya son las nevadas garzas blancas cazando los diminutos peces desde la corona de una palma real aderezada con parrales y mazos de aromosas orquídeas, entre cuyos cálices surge el cuchillo de los pericos y se agitan constantemente bandadas de bulliciosos aragatos en el concierto del mediodía.

Entre los indeseables de los pantanos pueden contarse, en primer lugar, los grandes y pequeños caimanes. Pueden verse por docenas asoleándose a la orilla de los ríos y sobre la llanura, algunas veces en centenares, con sus anchas mandíbulas abiertas, dentro de las cuales pican y escarban pajaritos, limpiando la boca de los caimanes de parásitos y larvas, actuando, por lo tanto, como eficientes voluntarios mondadientes. Los caimanes permanecen inmóviles por horas, dentro de la alta yerba, o medio sumergidos en las nauseabundas aguas de la laguna, observando minuciosamente a sus enemigos con sus crueles y cambiantes ojos amarillos, listos a hundirse dentro de la fangosa profundidad al más ligero signo de peligro.

La alarma es generalmente dada por las garzas blancas, lo que las hace populares dentro de la familia de la selva. Los caimanes nunca les hacen daño, aun cuando se aventuren a pararse en sus lomos o sobre sus cabezas.

Los esteros son también el terreno favorito para la culebra de agua o gigante serpiente negra, variedad acuática de la boa constrictora. La boa acecha sólo en la selva, colgando de su cola de una alta rama, con su pequeña cabeza volteada ligeramente sobre su víctima que puede ser un inocente venado,

un váquiro u otro animal, lista para asaltarlos con sus pequeños y afilados dientes. Tan pronto como lo agarra lo enrolla repetidas veces, quebrándole todos sus huesos, dejando el carapacho tan blando como un trapo mojado. Después de capturar su presa, la boa abre sus inmensas mandíbulas y empieza a tragarla muy lentamente. Tras de un par de horas sólo le queda afuera la cabeza y los cuernos. Para separar los cuernos, que ni siquiera la boca puede digerir, tritura los tendones del espinazo y las vértebras del cuello de la víctima con sus diminutos y afilados dientes como serruchos, hasta que siendo partidos minuciosamente, hacen caer la cabeza. Durante ese embotamiento se la puede cazar y matar fácilmente.

Es muy difícil diferenciar en la sombra de la selva una boa de una raíz, pues a veces son tan gruesas como el cuerpo humano. Algunas personas han sido atacadas frecuentemente por boas, pero nunca se ha sabido si han sido tragadas. En Venezuela se llama a la boa constrictora, tragavenado, pero es mejor conocida por el nombre de anaconda.

Nuestra gigante culebra negra de agua alcanza a veces un enorme tamaño. Vive bajo el agua, especialmente en los grandes esteros. Durante el calor se introduce silenciosamente en los bancos pantanosos y acecha desde allí, enroscada en la superficie, hasta que un animal se acerca al agua. Entonces, ligera como el relámpago, lo atrapa por el hocico o la pierna y lo arrastra al fondo del agua antes de proceder a comérselo. Los llaneros nunca toman agua de un pozo en el cuenco de su mano. Bajan un cuerno atado con una cuerda dentro del río, y lo suben lleno de agua.

En cierta ocasión, mientras galopaba tras unos cochinos de monte con un oficial de nombre Campo Elías, tropecé sin darme cuenta con una gran culebra de agua. Mi caballo dio un brinco, y saltando

como una cabra en un circo, por poco me tumba. Cuando tocamos el suelo yo estaba colgando de la silla por un pie, pero pude enderezarme rápidamente. La humillación me puso furioso. Saqué mi machete y con mi bayetón colgando de mi brazo izquierdo como escudo, salté sobre el reptil. El rollo de su cuerpo daba hasta mi cintura. Desde éste, desperezándose lentamente, surgió su cuello de una yarda, con unos desagradables ojos de abalorio y un vicioso siseo a través de sus pequeños dientes puntiagudos, mientras su lengua rosada se movía rápidamente hacia atrás y adelante. Cuando hundi mi machete en ella, rebotó como si lo hubiera metido en un neumático. Le había dado un golpe recto, perpendicular sobre sus escamas, en vez de ser oblicuo.

Hubiera terminado allí mi carrera si Campo Elías no hubiese venido en mi ayuda, cayendo sobre la culebra como debía hacerlo, en forma inclinada y desde abajo, cortándole en seco la cabeza. Todavía tuvimos que correr para cubrirnos, porque antes de que la cabeza tocara el suelo, el cuerpo retorcido del animal golpeaba fuertemente la maleza que lo rodeaba, quebrando las matas como si fuera un machete.

Los venados son muy frecuentes en los llanos y uno puede verlos pastando tranquilos entre las vacas, olvidados de la presencia del hombre. Los hombres rara vez los matan para alimentarse, pues hay ganado en abundancia.

La mayoría de las haciendas tienen marranos. Estos animales, sin embargo, son muy cobardes y huyen cuando encuentran la oportunidad, a sus caños y esteros, donde se defienden de los jaguares y leones de la montaña con sus colmillos. Siempre que un rancharo desea comer un pedazo de tocino o cochino horneado, no tiene sino que tomar su escopeta y salir para el próximo estero. Frente a estos

hechos hay muchos norteamericanos que se preguntan por qué los latinoamericanos no esclavizan sus vidas allí para montar una cuenta de banco.

Si un viajero se encuentra en los llanos sin alimento, todo lo que tiene que hacer es matar la vaca más cercana y colgar su piel en la maleza, de modo que cuando los vaqueros pasen y la vean, se la lleven a su rancho. Los restos del festín —salvo las dos o tres libras de carne que el viajero ha debido consumir— se le dejan a los zamuros para un banquete. Estos pobres brutos son los comecarroña de los llanos. El derecho de ofrecerles una comida delicada no debe ser discutido.

Una de las criaturas más desagradables que habitan los esteros es el temblador, la anguila eléctrica. Su tamaño varía entre una y dos yardas. Su cuerpo es una batería viva que acumula energía hasta que explota, descargándola en lo que toca. Los vados de los ríos están siempre infestados con tembladores, listos a descargar su batería en las vacas, que después de ser tocadas por éstos, lanzan un mugido doloroso y se hunden y ahogan entre la corriente. Sus inflados carapachos son luego botados a la playa por el río y devorados por los zamuros y caimanes, que deben estar aliados con los tembladores.

Una vez tuve la desagradable experiencia de encontrarme con un temblador mientras cruzaba un vado. Caí de plano con el shock. Me hubiera ahogado en tres pies de agua si mi sirviente, que estaba bañando los caballos, no me hubiese sacado. No recuerdo haber sentido ningún dolor cuando fui casi electrocutado, pero la parálisis causada por el shock duró tres minutos.

El más peligroso habitante en las corrientes de los llanos es sin duda alguna el caribe, un pez pequeño, chato por ambos lados. Se alimenta de carne fresca y anda en manadas por centenares. No ataca

a hombres o a bestias que sufran de viejas llagas o lastimaduras, pero se clava en cualquier criatura con heridas frescas o con un pequeño reciente rasguño en sus cuerpos. Desde el minuto en que los caribes huelen sangre nueva atacan a su víctima y desmenuzan su cuerpo casi instantáneamente. Por fortuna los caribes son peces migratorios que no permanecen emboscados como los tembladores.

Muchas veces he cruzado los ríos de los llanos, asido a la cola de mi caballo, con heridas sangrantes, pero nunca he encontrado caribes, pues no lo estaría contando. Mi abuelo, sin embargo, cuando era un niño, se echó al río Arauca para regresar al minuto sin su pierna derecha. De su esclavo favorito que saltó al río detrás de él, no se volvió a saber.

En cierta ocasión, mientras cruzaba la charca de Grijalba, uno de mis compañeros fue devorado por los caribes ante mis ojos, sin poder ofrecerle ninguna ayuda. Iba a lomo de caballo y cuando llegó al centro de un estrecho lodazal lanzó un grito de agonía y desapareció bajo la superficie con su piafante jaca. El agua que los cubrió se volvió púrpura y se podía ver centenares de pequeños caribes cruzando en toda dirección.

La raya es otra peste de aquellas regiones que ha mutilado a muchos hombres y lisiado muchos buenos caballos. Es un pez en forma circular, obscuro en la cabeza y claro en la parte inferior. Se arrastra sobre su vientre hasta la orilla, agitando la arena para ocultar su presencia. Su pequeña cola parece el asa de una sartén y está provista en la punta con una curva de pequeñísimos dientes como un serrucho. Con esta arma corta o lacera los tendones de un pie humano, o los menudillos del caballo que llegase a pararse sobre ella. He visto a muchos varones dar un grito de agonía y desmayarse cuando son atacados por una raya, mientras los caballos sufren un colapso, dando salvajes patadas y queján-

dose como seres humanos cuando son atacados por ella.

Existen además otros enemigos traicioneros. Legiones de víboras rojas, amarillas, negras, bronceadas y moteadas. Todas venenosas y de diferente tamaño. Incontables variedades de sabandijas también acosan los llanos y sus selvas vírgenes. Tomaría volúmenes describir en forma adecuada las diferentes clases de zancudos que mantienen allí el negocio de torturar la vida. Mis piernas, desde las rodillas para abajo, permanecen cubiertas con numerosos puntitos oscuros; son las marcas inflamadas de la picada de los mosquitos durante mis excursiones militares por estas regiones. La mayoría del tiempo he andado descalzo, porque las botas y las polainas he tenido que botarlas por la humedad. Además, con el pie desnudo es más fácil agarrar los estribos en ciertas circunstancias.

A cada momento cambiamos caballos. Los nuevos, regalados por amigos propietarios de ranchos, son potros cerriles que tienen que ser domados en media hora. Era divertido ver a algunos de nuestros hombres dar alaridos y tumbos, arriba y abajo, sobre caballos castigadores, mientras el resto reía y gritaba como una banda de indios salvajes, hasta que los caballos, dándose cuenta de la inutilidad de echar por tierra esta manada de gatos monteses, optaban por la disciplina. A menudo me tocaba el turno. Era yo entonces quien tenía que hacer la demostración, mientras mis amigos se entregaban a las carcajadas. Entre nuestros llaneros, como entre los vaqueros mexicanos, existe la creencia de que ningún jinete es completo si no rueda de su caballo por lo menos una vez a la semana. Nunca me hubieran reconocido como su jefe ni me hubieran seguido ciegamente durante mis escaramuzas militares si no hubiera estado dispuesto a emplear la misma destreza que ellos empleaban y regularmente a enseñarles tam-

bién algunas mañas nuevas. Bolívar, el Libertador, dio este ejemplo y se ganó el respeto de los lanceros en el llano.

Los caimanes están divididos en tres clases: la baba, o caimán pequeño, el propio caimán y el gigante cocodrilo.

La baba tiene desde media a dos yardas y media de largo. Vive la mayoría del tiempo en los esteros. Allí permanece todo el año debido a su tamaño, siempre que el estero no se seque enteramente. Cuando esto sucede, la baba se mueve a otro charco en busca de alimento. La baba se alimenta de pescados. Es muy pequeña para maniobrar en sus cuatro patas, aunque ocasionalmente goza masticando un chigüire, roedor acuático, suerte de conejo ordinario, negro y peludo, que habita en las sabanas cerca de los esteros, y que es generalmente clasificado por los llaneros como un pescado más que como un mamífero, probablemente porque puede permanecer debajo del agua por cierto tiempo.

Los llaneros huyen de las babas cuando las encuentran a través del campo en busca de frescos esteros. Es cuando son peligrosas y atacan ferozmente a los caballos mordiendo sus patas con sus poderosas mandíbulas.

Una de las peculiaridades comunes en toda la variedad de los caimanes es que, a pesar de ser lentos caminadores, pueden correr como demonios en una línea recta.

Entonces tumban a un hombre o a un caballo con una batida de su cola, arrastrando a la víctima hasta el río donde lo ahogan y lo devoran.

El caimán es como la baba, color de aceituna. Comúnmente posee de quince a veinte pies de largo, aunque excepcionalmente alcanza veintitrés pies. El caimán vive generalmente en los ríos y lodazales, y en los esteros o en las charcas llaneras, sólo cuando hay suficiente agua para esconderse bajo su su-

perficie.

La más grande variedad de nuestros caimanes pertenece al cocodrilo. Es de color amarillento. A veces alcanza el increíble tamaño de veinticinco a veintiocho pies. El cocodrilo es un animal muy raro. Lo llaman el *rey de los caimanes*. De acuerdo con el folklore, cuando está comiendo y se acercan otros caimanes, todos se retiran respetuosamente del festín, probablemente para salvarse. Su Excelencia queda solo en el banquete y también en la siesta.

La misma ceremonia se lleva a cabo, según los llaneros, con el *rey de los zamuros*, que es blanco en vez de negro y dos veces más grande que un zamuro ordinario. Es muy raro encontrar este personaje, a quien sus compañeros menores le rinden obediencia. Una vez lo vi mientras andaba a caballo por la cordillera. Lo tomé primero por un cóndor. Cuando vi el círculo de zamuros cortejadores reconocí su noble categoría del rey del espacio. Con gran respeto lo saludé con mi sombrero, mientras su negro cortejo le hacía reverencias, inclinando ante él sus cuellos arrugados.

HABITANTES DE LA SELVA

HABLANDO DE LOS DESTRONADOS REYES de la llanura y selvas de Venezuela, no es justo que se olvide al hermano jaguar.

Al jaguar le encanta cazar cochinos de monte, a veces feroces cuando viajan en manadas de veinte a cien. He pasado horas enteras sentado en la rama de un árbol, mientras rondadores chanchos arañaban al pie las raíces haciéndolas astillas.

Cuando un jaguar quiere cazar cochinos salvajes regularmente se sube a un árbol situado a orillas del pozo donde aquéllos suelen ir a beber por la noche. El jaguar los ve llegar y deja que la mayoría se vaya. Cuando queda el último le clava sus garras y salta de nuevo sobre el árbol con la presa en su boca.

A menos que lo hagan montar en cólera o haya sido herido, el jaguar de los llanos rara vez ataca al jinete. Los llaneros en algunas ocasiones los atrapan con sus sogas. A la caída del sol, cuando el jaguar, después del descanso del día, empieza a rugir a la orilla de una mata o cordón forestal, el llanero, guiándose por sus rugidos, cabalga recto hacia él con el lazo listo en su mano derecha. Tan pronto como divisa al felino lleva a su caballo lentamente a una trocha cercana mientras éste, olfateando el peligro, levanta briosamente su cabeza para impedir que el jaguar salte sobre el jinete. Estos nobles animales son muy inteligentes. Saben que el jaguar no le teme sino al hombre, que vomita fuego y hiere. Luego viene el momento crítico. El momento en que el llanero decide si está o no en el justo sitio para tirar

el lazo. He pasado por esta experiencia.

Uno no puede balancear el lazo sobre su propia cabeza, sino que tiene que lanzarlo de un solo golpe giratorio de mano, dando vueltas al mismo tiempo en el caballo, luego a galope tendido correrá para salvar la vida, ignorando si el tigre ha quedado enlazado.

Si la soga lo atrapa, el jaguar se detendrá por algunos segundos, mientras trata de desenrollarse o de morder el lazo. En todo caso es tiempo suficiente para ajustárselo, tras lo cual el jaguar será lanzado como un cohete al aire y batido fuertemente contra el suelo hasta que queda inconsciente. Entonces el llanero baja de su caballo y su afilado cuchillo se afinsa entre los omóplatos de la fiera.

El jaguar rara vez ataca más de una vaca a un mismo tiempo. Después que ha matado a algún animal, lo arrastra hasta la próxima mata y allí lo devora a su antojo. Un llanero siempre sabe cuando un tigre tiene un banquete por la zamurada que revolotea por lo alrededores. Sólo cuando ha terminado y ya se ha ido a gozar su siesta, los zamuros se atreven a posarse en los árboles cercanos. Considerado este punto, ellos sacan conclusiones de valor, descendiendo luego a comer lo que el hermano jaguar les ha dejado.

El jaguar rara vez persigue a la carne humana, a menos que sea un comehombre, es decir, un viejo desdentado demasiado débil para atacar a una vaca o correr tras un venado.

Una vez vi uno de esos comehombres. Se refugió en una cueva y mató tres perros que habíamos enviado a perseguirlo. Uno de nuestros hombres tomó su rifle y se paró a la entrada de la cueva. Apenas lo hizo cuando el viejo tigre saltó con un rugido, le tumbó la escopeta y le clavó sus garras. Nuestro amigo alcanzó a zafarse de sus zarpazos y una interesante riña empezó. El jaguar trató de desgarrar el

estómago del hombre, pero éste saltó prodigiosamente burlando así al desgraciado destino, mientras uno del grupo disparaba a la fiera.

Algunos llaneros luchan contra el jaguar de pie. Con su bayetón, poncho o ruana, recogida alrededor del brazo izquierdo, como escudo, y el cuchillo en su mano derecha. Mi padre mató a un jaguar de este modo. La bestia llega hasta su presunta víctima a una tremenda velocidad. Nueve veces entre diez, al llegar cerca se parará en las patas traseras y tratará de abrazarla fuertemente contra su pecho, de triturarle el cráneo con sus poderosas quijadas, bregando al mismo tiempo de desgarrarle el estómago con sus uñas.

La más atrevida manera de cazar a un jaguar es esperándolo con una lanza levantada que el cazador le hunde como una bayoneta, dentro de la garganta o el pecho del animal, cuando éste trata de abrazarlo. El cazador mantiene al jaguar pataleando con la lanza dentro de su pecho hasta que le da un colapso, o llega otro hombre y le da el golpe de gracia.

A mí me tocó una vez este último papel. Como se nos informara que un gran jaguar estaba escondido en el alto espesor de la maleza, uno de mis hombres, un catire patituerto que apodaban el *Moboso*, con más cara de vendedor de camisas que de llanero revolucionario, se ofreció a cazarlo con su lanza. Creí que estaba tomándome el pelo. Sin embargo, decidí ir detrás de él en caso de un accidente. Para mi sorpresa, el hombrecito se plantó enfrente de la maleza. Esperó que el jaguar saliera al grito de los vaqueros que trataban de sacar la bestia del monte.

Después de algunos minutos de suspenso las hojas crujieron y apareció el jaguar, tan grande como un pajar y con cara de pocos amigos. Brillaban sus ojos verdosos, su cola se meneaba lentamente de

izquierda a derecha, sus quijadas se movían convulsivamente sobre sus espumosos colmillos. Mi amigo patituerto levantó la lanza e inició el duelo que el jaguar aceptó. Atravesó el aire como un relámpago y cayó con gran estallido frente a nosotros. Rugiente, echando espumarajos y dando golpes salvajes con sus quijadas, el *Mohoso* lo acorralaba hundiéndole la lanza en la garganta. Llegó mi turno de actuar, terminando la riña con un tiro. Había aprendido dos lecciones de aquel inesperado acontecimiento. Es mejor ser un cobarde con vida que un héroe muerto, y que no se debe juzgar a los hombres por las apariencias.

Otra de mis experiencias con jaguares sucedió una noche en un bosque cerca del Arauquita. Para mantener protegidos nuestros caballos de un feroz jaguar que merodeaba por los alrededores, los encerramos en una barraca abandonada, mientras con mi ordenanza subíamos por medio de una desvencijada escalera a nuestra residencia. Una cabaña bardada, levantada sobre estacas a doce pies del suelo. Nuestro anfitrión había encontrado al jaguar dos días antes sentado sobre sus ancas en medio del camino. Se salvó milagrosamente por un paraguas que llevaba. Loco de miedo lo abrió. El jaguar, aún más asustado con aquel extraño aparato que nunca había visto corrió a esconderse en el bosque. El amigo se quejaba de que su mujer lo había abandonado porque una noche ella había caído en la trampa que él le había preparado al tigre. Había pasado horas y horas en el fondo de un foso, mientras el jaguar daba vueltas alrededor, indeciso de si se la comía o no. Su cabello se volvió blanco aquella noche. La dama pudo haber abandonado a nuestro anfitrión por ésta u otra causa, pero por este relato su causa era perfectamente aceptable. Menos mal que los jaguares a menudo titubean en atacar a un hombre, si no es en defensa propia. Este era eviden-

temente un jaguar-caballero, mas, hubiera podido no serlo, del todo.

Antes de irse a acostar nuestro amigo salió a traer la silla de un burro que se le había quedado en el campo. A su retorno olvidó arrastrar la escala. Como a las tres de la mañana fuimos despertados por un terrible alboroto. Al saltar de nuestras hamacas vimos al pobre viejo parado frente a la puerta con la silla del burro sobre su cabeza. El hombre se la había lanzado al jaguar (probablemente al que estaba sentado en el camino) que ahora trataba de saltar la escala. Una de las correas de la silla se había quedado enredada alrededor de su cuello, y arras-trado por el arnés, gritaba como un desesperado. Cuando pisó el suelo de la cabaña ya el jaguar se había ido... Entendí perfectamente la súbita decisión del tigre al ver aquella aulladora humanidad con la silla de un burro tambaleando sobre su cabeza.

Uno de los más grandes jaguares que se ha cruzado en mi camino lo maté en Nicaragua, arriba del río Tuma, durante la revolución de Sacasa. Habíamos pasado diferentes rancherías, cuyos propietarios estaban muy deprimidos porque la langosta había terminado con sus cosechas. Uno de ellos, nos ofreció un racimo de bananos si lo librábamos de un gran jaguar que causaba estragos entre sus aves de corral y su rebaño de flacas y desalentadas reses. Acepté su ofrecimiento sin titubear. Aquella noche me acomodé confortablemente con mi escopeta, en la cima de una alta ceiba, debajo de la cual aún se veían los desechos de un novillo que el jaguar había matado la noche anterior.

Me puse a oír detenidamente los lúgubres sonidos que subían de la durmiente selva. Los captaba ahora de la línea del horizonte occidental donde, silenciosas y oscuras, los zigzagueantes bosquejos de la cordillera Matagalpa sobresalían bajo la pali-

dez cadavérica del cielo estrellado, escuchándose voces distantes que llenaban el aire nocturno de un grito de muerte.

Finalmente, a medianoche, pude distinguir que algo se movía en la senda cercana cubierta de gramalote. No estaba equivocado. La alfombra de yerba crujió de nuevo, casi imperceptiblemente, como si un flexible cuerpo estuviera caminando sobre ella. Después de algunos minutos, que me parecieron años, observé la causa de aquella sutil conmoción: la sombra morena de un enorme jaguar caminaba cautelosamente hacia mí. Con mi escopeta levantada iba siguiendo todos los movimientos del hábil felino, hasta que se detuvo como a cincuenta yardas husmeando los alrededores. Luego, con un ronco y profundo rugido, me enfocó con sus fosforescentes pupilas.

Fue todo lo que pudo hacer el hermano jaguar. Instantáneamente le disparé por dos veces seguidas a la cabeza. Cayó con un feroz rugido permaneciendo para siempre inmóvil.

La falta de materiales apropiados para la construcción de puentes, el largo número de ríos, pantanos y enormes lodazales que cruzan nuestras praderas, hacen que el transporte sea muy difícil, especialmente durante la estación de lluvia, que se torna en diluvio y los viajes se hacen casi imposibles aun a caballo.

Esto ha hecho que los llanos formen el ambiente propicio para todos los revolucionarios. La caballería puede allí maniobrar sin ser molestada. Se vive en una extensión rica en ganado, donde se pierden, sin ser notadas, algunas cabezas. No sería de ningún efecto tratar de acorralar las guerrillas rebeldes colocando guarniciones o barcos armados en el cruce de los ríos. Estos pueden ser pasados en canoa desde cualquier punto. Si el gobierno de Venezuela tratara de organizar un ejército auxiliar de

tropas de caballería, especialmente para perseguir a los revolucionarios en el llano, sería como pasarse un cuchillo por su garganta, ya que muchos llaneros estarían listos a ir de voluntarios contra estas tropas para entregar sus equipos a las fuerzas rebeldes. Los indios de las fronteras del Apure y del Arauca están divididos en dos grupos: los racionales o civilizados y los indios bravos, salvajes. Las armas favoritas de estos últimos son unos arcos de cinco pies, dotados de lancetas o flechas envenenadas con curare y una pesada cachiporra llamada macana. Muy pocos llevan pistolas. En el verano no andan a caballo, sino a pie, a través de los bosques. En la época de lluvia reman sobre las inundadas sabanas, inquietando a los pobladores con sus pillajes.

He pasado por algunas experiencias para dar una idea justa de lo que son los llanos y las faldas de nuestra cordillera. En este ambiente viajé, luché y cacé tal vez más que en cualquier otra región del mundo. Es mi terruño. Estoy familiarizado con sus costumbres desde mi infancia. Ahora en esta oportunidad de mi vida voy a rescatar a Valentín Pérez, por su imprudencia al cruzar la frontera venezolana en contra de mis instrucciones.

Después de mi escapada de Bogotá y nuestra escaramuza con los indios goajibos, cerca de Caribabare, llegué por fin a Rancho Tigre, al este de Tame, donde Campo Elías y tres de nuestros hombres me esperaban. Habían sido enviados por Valentín Pérez para conducirme a su escondrijo sobre las playas del Capanaparo. Tenían todo listo para nuestro viaje a las regiones interiores del Arauca, habitadas sólo por jaguares e indios salvajes. Ningún camino conducía a esos sitios. Las únicas señales por las que podíamos guiarnos eran las huellas de los últimos viajeros que se habían atrevido a seguir ese rumbo. Los rastros estaban casi borrados por la lluvia y las flotantes arenas.

Los más bravos llaneros no se aventuraban a cruzar dichas sabanas en grupos menores de seis u ocho, y fuertemente armados. Los indios que allí se encontraban eran considerados entre los peores. Además de bravos eran malvados. Lanzaban flechas envenenadas durante el día y rondaban durante la noche como jaguares el sueño de los llaneros listos para despedazar sus cráneos con sus mortales macanas.

Los jaguares que transitan por aquellas sabanas son también extremadamente peligrosos. Algunos son rayados, aunque nunca vi uno. Pero los llaneros aseguran que existen.

El único jaguar que encontramos en nuestro viaje fue un gran camarada que sorprendí cuando iba a caballo, a quinientas yardas de mis hombres. Estaba tratando de consumir los restos de una vaca o de un venado. No me hubiese fijado en él si no levanta su mirada indiferente por un momento, considerando tal vez más prudente retirarse al más cercano pantano. Campo Elías y el resto de los compañeros galoparon de prisa al verlo, gritando y desenrollando sus lazos.

Corrí tras el animal para dispararle. No tenía tiempo de usar mi lazo. Cinta de Oro, mi jaca color durazno, llamada así a causa de una franja de oro que cubría parte de su pelambre, se mantenía galopando velozmente, guardando cierta cautela con el jaguar. A tiempo que levantaba la pistola mi jaca dio un salto vertiginoso en el aire, aterrizando en sus cuatro patas. Al mirar hacia atrás, sentí pasar a una velocidad fantástica por mi rostro, al jaguar que me atacaba, fallando por una pulgada. Cayó violentamente en un tremedal, salpicándonos a todos de pantano. Mientras yo daba vueltas alrededor y me devolvía hasta la orilla del charco, el soberbio jaguar ya lo había cruzado con cierto aire marcial. Como si caminara sobre estacas nos miraba desde la opuesta

orilla moviendo su cola mojada. Campo Elías le disparó y falló. El jaguar se detuvo y nos miró con tal aire de desprecio que le ordené a Campo no disparar de nuevo. Su altivez nos había avergonzado.

A lo largo de la llanura teníamos que ser precavidos con nuestros caballos, especialmente por la noche. Cada vez que sentían el peculiar olor a jaguar o a indios, trataban de escapar. El olor de los indios salvajes y de los jaguares es inconfundible para los caballos y los perros. Por regla general es el olor de los cuerpos que no ponen sal en sus comidas. Por esta razón los caballos y perros de los llanos pueden distinguir por el olfato a los indios salvajes de los civilizados, que sí comen sal. A cualquier precio, teníamos que ponerle trabas a nuestros caballos cada noche, anudándoles el lazo alrededor de sus cuellos y amarrándolos en montes bajos.

Una de aquellas noches el jaguar se vengó con una visita infernal haciendo estragos en los nervios de nuestras jacas. De madrugada entró valerosamente a hurtadillas en nuestro campo, a través del pantano. Lo escuché lentamente a través del tremedal. Esperé hasta ver sus ojos fosforescentes en la borrosa oscuridad para dispararle. Cuando salté de mi hamaca tropecé con el cuerpo de un hombre desnudo, de la cintura para arriba. Me agarré con él sin preguntar quién era. Rodamos por el suelo, mientras las jacas, asustadas con mi disparo, coceaban y bufaban, y mis hombres se aproximaban con sus escopetas montadas. Una punzada en mi costilla me hizo maldecir en español, por lo que mi enemigo detuvo la lucha, retrocediendo con otro cúmulo de maldiciones también en español. Era Campo Elías. Debido a la oscuridad y a nuestra exaltación, nos habíamos tomado el uno al otro por indios. De milagro no nos eliminamos.

Durante el día teníamos que estar pendientes de las columnas de humo que se levantaban de la

cima de los árboles o detrás del horizonte, donde los indios habían instalado una ranchería. A menudo escuchábamos el rítmico y fantástico batir de sus tambores y los alaridos frenéticos de los guerreros danzantes, acompañados de la desgarradora música del caramillo, como una flauta de Pan.

Por lo menos íbamos seguros, a medida que pasábamos los campos mirando en diferente dirección, de que nadie nos perseguía. Los goajibos no son caníbales, de modo que no estábamos destinados a ser sopa. Era constante el peligro de ser alcanzados por una de esas enormes flechas de los goajibos, cuyas puntas de pie y medio, fabricadas con hierro y madera templada al fuego, estaban además, envenenadas con curare. Cuando se emplean para la caza no tienen veneno naturalmente, pero como no íbamos a servirles de comida, tratarían de disparar sus envenenados dardos.

Cierta día, mientras explorábamos la orilla del bosque, uno de nuestros hombres resultó herido en el hueso de la cadera con una lanceta puntiaguda de hierro. Como en el espacio de diez minutos no se volvió morado para morir inmediatamente, nos dimos cuenta que había sido herido con una flecha de caza. Siguiendo el vuelo del proyectil, descubrí al indio amigo escondido en la alta rama de una poderosa ceiba. Cayó como a más de cien pies sobre la madre tierra con una bala en una pierna. Luego procedí a mis cuidados médicos. Me tomó media hora, con el esfuerzo de todos mis compañeros, extraer la flecha. Tuvimos que usar unas viejas tenazas de caballo, nuestro único instrumental quirúrgico. El pobre tipo chillaba y pataleaba como un potro cerril, mientras cinco hombres lo mantenían sujeto.

Durante la tercera y última noche de nuestra excursión, una alarma terrible sumió a nuestro campamento en confusión. Como no teníamos alimento

sino para aquella noche y no me agradaba la idea de iniciar el siguiente día con el estómago vacío, cogí una gran tortuga de los llanos, como del tamaño de un sombrero y la escondí al lado de nuestra fogata, asegurándola para que no huyera. Muy temprano los indios empezaron a molestarnos, probablemente porque temían que se les iba a escapar la presa. Habían estado maniobrando ágilmente a través del pantano y tuvimos que disparar algunos tiros para asustarlos. Pero estábamos muertos de cansados y necesitábamos echar un sueño. Apostamos un centinela, colgamos nuestras hamacas y mosquiteros. Nos dormimos. Alrededor de las tres de la mañana, hora favorita de los indios para hacer sus ataques sorpresa, un grito de muerte sacudió el aire. Con seguridad los indios estaban ya sobre nosotros. Lo primero que pensamos fue ir a sacudir a nuestro centinela, temiendo que lo hubiesen matado.

Nos armamos de escopetas y machetes, preparados a cambiarlos por todas las pieles de indio posibles... Pero, no había ninguno por los alrededores. Los gritos escalofriantes venían de Manolo, el centinela. Cansado de estar de pie, se había sentado sobre la cabeza de la tortuga que se había volteado. Ni corta ni pererezosa lo mordió fuertemente en una nalga.

Después de mucho vagar alrededor de las sabanas del Estado Apure, por fin dimos con el sitio donde estaba escondido Valentín Pérez en la selva, cerca de las playas del Arauca. Pero surgió la pregunta: ¿cómo podíamos traer a nuestros hombres sanos y salvos del territorio colombiano? Gómez mantenía patrullas montadas alrededor del país y nos quedaban muy pocas municiones. El encontrar alguna patrulla a campo abierto hubiera significado un terrible desastre. Decidí, siendo el mejor de nuestros planes dudosos, abandonar las sabanas del

Arauca y reencontrarlas cruzando el campo desde la llanura, incendiando las praderas detrás de nosotros para mantener tan lejos como fuera posible a la caballería de Gómez y a varios otros miserables gusanos que se habían unido para perseguirme.

Teníamos que cruzar el río Yly, pesadamente rodeado de bosques por ambos lados. Siguiendo la línea de un alambrado —el único que vi en aquella región— penetraríamos en un caminito que nos llevaría a través del río al cordón forestal de la selva, suficientemente ancho como para que los caballos pasaran en una sola línea. Cuando llegó la noche empezamos a seguir el rumbo del alambrado. Después de dos horas de camino llegamos. Allí dejé a dos de mis hombres y seguí adelante con Campo Elías para explorar la senda, armados de dos velas prendidas, que hubieran podido resultar inútiles por los tremedales. Después de caminar unos minutos encontramos el río, muy estrecho y llano en aquel punto. Estábamos discutiendo nuestros planes, cuando un pesado cuerpo cayó del árbol bajo el cual nos guarecíamos. Olía a hombre que comía carne sin sal. Cuando se asentó en sus pies resultó ser un gigante guerrero indio. Llevaba en una mano un gran arco con un puñado de lancetas, en la otra la terrible macana. Era el jefe de una de las bandas de numerosos indios que pagaba el gobierno de Gómez. Se dirigió a nosotros en guturales acentos, mezclados con español defectuoso, más o menos en estos términos:

Jau, já, soy cacique Oahu. ¿No ha visto Nogales-El Tigre? Lo esperamos aquí desde la puesta del sol.

Habíamos caído en una emboscada. El más pequeño desatino hubiera significado que docenas de ponzoñosas flechas salieran disparadas en la obscuridad. Contesté en un tono de investigador can-

sado e indiferente, mientras prendía un cigarrillo con mi vela:

¿Nogales-El Tigre, dice usted? Hemos estado persiguiéndole todo el día y vimos que se escondió en la selva. No puede estar muy lejos.

Volteándome hacia Campo Elías, que aguantaba la risa gozando el espectáculo, ordené alcanzar nuestro escuadrón mientras sostenía una pequeña charla con el cacique. Campo Elías caminó lentamente, fingiéndose cansado de perseguir al tal Nogales por falsos caminos y por tantos días.

Habría caminado apenas algunos minutos cuando todas las ramas empezaron a mecerse a mi alrededor, descubriendo rostros de indios listos a la pelea. No había tiempo que perder.

Procediendo rápidamente coloqué la punta de mi revólver en las costillas del cacique, luego levanté la vela bien alto y grité:

¡Tan pronto como una flecha me hiera, disparo...! Dispararé si hay necesidad de disparar y cuando me dé la gana. ¡Yo soy el Tigre Nogales!

No olvidaré nunca los dos o tres minutos que pasaron antes del crujido del matorral aproximando a mis hombres. Durante aquellos lentos acompasados segundos experimenté lo que tal vez fuera la verdadera y única aventura de mi vida.

Era como una satisfacción profunda sentir levantados sobre mí una lluvia de dardos envenenados, apuntados con nerviosos dedos desde el cordel ondulante de los arcos. Y sin embargo, poderme reír en las propias barbas de aquel gigantesco cacique.

A la vista de mis hombres los indios se atemorizaron desvaneciéndose como sombras silenciosas en el follaje. Apenas se escuchaba el susurro de las hojas. Nos llevamos al cacique. Después que cruzamos el río y alcanzamos la sabana abierta, pedí prestadas a mis compañeros una docena de cajas de cigarrillos y se las ofrecí al asombrado cacique, en

compensación por la molestia que le había dado. Tras un cálido apretón de manos lo solté. Es buena política en territorio indígena, *no matar*, a menos que sea en defensa propia. Las noticias de asesinato vuelan más pronto por esos lugares que las de un *Knockout* en un boxeo en Estados Unidos. Bastantes inconvenientes ya tenía tratando de alcanzar sano y salvo la frontera de Colombia.

Todo terminó finalmente prendiéndole fuego a las sabanas por cien millas alrededor y manteniéndonos en los borrosos caminos.

Pocos días después fue publicada mi desaparición en la prensa de Caracas, incluyendo *El Universal*, entonces órgano oficial del gobierno, que lamentaba *la trágica muerte del general de Nogales, el más bravo entre los bravos, etc., que había perecido a causa de una flecha envenenada, luchando con los indios goajibos, cuando intentaba fundar un imperio por su cuenta.*

Lo que resultó ser más trágico que mi muerte —aunque con su acento humorístico— fue que al desbandar a mis hombres en el territorio colombiano, despidiéndome con un caluroso ¡hasta luego! o ¡hasta el año próximo! me encontré con una de las numerosas y bien armadas patrullas colombianas que exploraban el campo detrás de mí. En San Rafael de los Llanos pude oír sus silbantes pitos llamando a otras patrullas en su ayuda, para que formasen un círculo a mi alrededor. Para escapar tuve que devolverme por dónde vine. Solo en mi caballo, con una jaca de reserva galopando a mi lado, por los mismos caminos de jaguares, infestados de indios, que había atravesado semanas atrás con Campo Elías y el resto de mi escolta. Corrí sin detenerme, desde la aurora hasta el ocaso, cambiando cabalgadura cada media hora, trotando y galopando alternativamente. Manejándome de ese modo pude deslizarme a través de los indios y llegar

por la noche a Rancho Tigre, cerca de Tame, desde donde habíamos emprendido nuestra búsqueda en torno a Valentín Pérez.

Cuando Nieto y sus vaqueros me vieron llegar sin compañía, creyeron que veían mi fantasma. No hubieran creído nunca que había emprendido solo mi viaje en un día. Una semana después se convencieron cuando vieron llegar a mis hombres que habían seguido mi rastro.

Estando ya el campo libre de patrullajes me devolví hacia la cordillera y siguiendo rutas más seguras llegué a Bogotá, donde fui muy bien recibido. Allí cada quien, haciendo muy pocas preguntas, se hacía el desentendido. Los colombianos son caballeros que conocen la honorabilidad de pasar disimuladamente por ciertas violaciones de la ley.

RASTROS EN LA SELVA

MUCHA GENTE SE EQUIVOCA al juzgar a los caimanes por los raquícos especímenes que son regularmente exhibidos en los circos o en los jardines zoológicos. La mayoría de ellos pertenecen a la categoría de los caimanes enanos, típicas criaturas de los terrenos pantanosos de Florida y los ríos del sur de Cuba, cuyos climas semitropicales no permiten que los saurios alcancen las tremendas proporciones a que llegan en las fortalezas selváticas de Suramérica.

Una de mis más interesantes experiencias la tuve en la orilla derecha del Capanaparo en las llanuras del Arauca en Venezuela. Dos llaneros, vaqueros del llano, andaban rondando en una piragua un herboso caño llevando las sillas de nuestros caballos que habíamos perdido en cierta escaramuza con las tropas del gobierno. Al tomar una curva nos encontramos con un amarillento y gigantesco cocodrilo, único espécimen que había visto en mi vida. Estaba roncando tranquilamente a la orilla del río, con sus atrapadoras quijadas sobresaliendo hacia la playa. Instantáneamente tomé mi escopeta e hice blanco en la boca del monstruo. Emitió un terrible bramido y al saltar al río me dio un coletazo y caí al agua, perdiendo el conocimiento. La única cosa que recuerdo de lo que pasó inmediatamente fue la horrible y gigantesca halitosis de la respiración del cocodrilo. Los llaneros me contaron después que me habían arrancado de una raíz donde había quedado atrapado, sosteniéndome debajo del agua ya para ahogarme, a despecho de sus esfuerzos. Afortuna-

damente los llaneros pudieron prevenir mi inconsciente intento de suicidio.

Un año después fui atacado por otro enorme caimán. Andaba en balsa por el río Magdalena en Colombia, en una gira de cacería. Un loco ingeniero inglés que trabajaba en las minas Mariquita me retó a pasar con él los rápidos de la Dorada durante el gran diluvio de 1912. Nos encontramos engolfados en un mundo de silbadores remolinos espumosos que envolvían nuestra piragua. El fantasma de las aguas nos abofeteó hasta que finalmente nos hundió en la corriente principal, desguarneciéndonos de todo, salvo nuestras armas y equipos de campamento, que estaban amarrados a la balsa. Mi amigo británico se conmovió tanto con la experiencia que tomó el primer barco que encontramos, mientras yo continué en la balsa hasta Puerto Berríos, con los muchachos que me acompañaban. Allí de milagro no fuimos impelidos por otro remolino y apabullados por la corriente entre tres barcos fluviales. Por diez días flotamos en el Magdalena, entre toda suerte de maderas flotantes e islotes de húmeda vegetación, viviendo exclusivamente de la caza que hacíamos. No tenía más ropa sobre mí que las piezas interiores y mis dos compañeros estaban casi desnudos. Por las noches acampábamos en los bajíos arenosos del río para huir de los mosquitos.

Una noche, mientras dormía bajo el abierto techo bardado de la popa, que había sido empujado hacia un banco de arena, me desperté sobresaltado al mirar la cabeza de un enorme caimán descansando casi sobre mi estómago. El saurio había confundido nuestra balsa por un trozo de madera flotante y había tratado de saltar a bordo. Mi única defensa era en extremo desagradable. Di tal agudo grito, que debo haber asustado al caimán hasta el paroxismo, porque abandonó rápidamente su des-

canso y saltó al agua, casi arrastrando con él la piragua.

Este incidente sucedió en la parte opuesta de las montañas Opon, que comprenden la región central de Colombia que se vanagloria de poseer todavía auténticas tribus de indios salvajes. Son similares a los que vagan por las fuertes selvas del Arauca y Casanare, al pie de las inclinadas laderas de la cordillera del este, en la línea fronteriza entre Colombia y Venezuela.

En cierta ocasión, mientras cruzaba aquellas profundas selvas escuché un terrible alboroto. Al aproximarse cautelosamente a ver qué pasaba, observé a una boa constrictora sostenida por su cola al tronco de un árbol, mientras sus dientes trataban de agarrar al hocico de un novillo de gran tamaño. Cada vez que el infeliz trataba de soltarse, la boa lo recogía de nuevo estirando su cuerpo como una cinta de goma para luego apretarlo en el momento de la relajación. Tan pronto me recobré de mi sorpresa, bajé de mi caballo y con mi afilado cuchillo corté en dos la serpiente. Mientras tanto el ingrato desventurado se vino contra mí, teniendo que refugiarme en el copo de un árbol, con mi único par de pantalones destrozados. Los novillos se parecen a las mujeres en su ingratitud.

Me alegré de que el novillo se salvara, pues siento un profundo asco por las serpientes desde que me vi obligado a comerme una, o parte de una. Pasó en Santo Domingo, mientras avanzaba hacia Dabajón en el tiempo que fui capturado por los haitianos a través de la traidora borrachera de champaña del coronel Marchand. Descansaba en mi hamaca cuando una delgada y verde serpiente empezó a subir por uno de los cordones. Le dije a uno de mis soldados que la espantara; estaba muy enfermo para levantarme. Se negaron, tal vez por superstición. Tuve que saltar, coger la culebra por la cola,

tirlarla contra un árbol, quebrándole el cuello. De una manera u otra la bestia hirió mi muñeca cuando la lancé al fuego del campamento. En corto tiempo empezó a asarse y a dorarse. Parecía un *Wienerwurst* frito. Por divertirme cometí el desatino de invitar a mis compañeros a comer serpiente, invitación que rechazaron, a menos que yo empezara. Esto en América Latina sienta un mal precedente. Si no apuraba el cáliz hasta el final, me hubieran perdido el respeto. Así que me decidí a cortar una rebanada delgada del lomo de la serpiente. Tenía un gusto agradable, parecido al de la anguila. De todas maneras no pude olvidar nunca el reino de las serpientes por la ración que me dieron a cuenta.

Me entrego ahora a los recuerdos de aquellos dieciocho terribles días de la primavera de 1914 (durante mi segunda insurrección contra Gómez, el dictador de Venezuela) abriendo nuestro camino con machetes a través de las húmedas selvas vírgenes de El Sarae, medio desnudo, casi agotado de hambre, acribillado por los mosquitos... El único alivio que experimentamos fue oír una vez más los agudos alaridos de los indios goajibos en su grito de guerra cuando nos aproximábamos a los límites bajos del cordón forestal. Como viejos amigos nos saludaron con salvas de lancetas emplumadas que retribuimos con igual cortesía agotando nuestras pobres municiones.

Una interesante riña se llevó a cabo. Los indios empezaron a gritar y cargaron sus grandes arcos con lanzas cubiertas de plumas de guacamayo. Amarillas, verdes y encarnadas. Iban apenas cubiertos de un ligero taparrabos y una bufanda de algodón, negra o roja, atada a sus cuellos bronceados. Era ciertamente un grupo espléndido de musculosos, robustos y hermosos salvajes, mientras los dioses nos miraban como un adefesio, golpeados por la fiebre, descalzos, vestidos con harapos, con armas

estropeadas y casi sin municiones... Uno de mis hombres fue herido mortalmente, otro, debido a una raya tenía el pie descomunadamente hinchado. Mis piernas estaban ulceradas de picadas. Llevaba un mes sin afeitarme. Parecíamos salidos del infierno. Nos sentíamos dentro de un infierno. Pero allí estábamos, como los primeros conquistadores que se encontraron con los policromáticos guerreros, listos a lo peor, pero siempre optimistas.

En Tame, a donde llegamos después de aquellos extenuantes días, encontramos a algunos de los viejos hombres del partido que esperaban impacientemente por nosotros. Allí descansamos por una semana, entre el lujo de carne salada y dormir con mosquiteros. Antes de partir para las sabanas del Arauca visitamos una tribu indígena que acampaba en una mata, cuya azulina silueta se dibujaba contra la brillante línea del firmamento de aquel bosque feérico. Ibamos en peregrinación por una medicina. Los indios son buenos médicos. Todas sus enfermedades se derivan de sus selvas y sabanas. Nuestros compañeros con pies enfermos clamaban por un tratamiento que los aliviara.

Para llegar al campamento indio teníamos que tomar un estrecho camino del bosque, que nos conducía, después de un cuarto de milla, a un gran espacio abierto donde estaba establecida la rancharía india. Varias docenas de inmensas cabañas bardadas aparecieron a nuestra vista cuando desembocamos a dicho espacio. Los indios reposaban en la sombra, algunos en parejas dentro de chinchorros hechos de fibra sedosa de palma moriche. Nos parecía que nos encontrábamos ante una de esas embriagantes fiestas de los indios que duran como quince días. Los bosques de la región los colman hasta la saciedad con la hermosa y dorada palma de vino que destila un licor parecido al champaña y embriaga como un fuerte ron. Para asegurarse una buena

cantidad de este vino durante estas largas fiestas, cientos de troncos de palmeras son cortados, tallándose en el centro unos huecos cuadrados, de seis pulgadas de profundidad, donde las ramas se extienden. Allí se recoge el vino fermentándolo todas las noches y en los días sucesivos. Los indios mantienen los huecos cubiertos de madera y absorben el vino con largos pitillos de caña. Detener una fiesta mientras el vino continúa reproduciéndose es de mal agüero, pues va contra el sentido tradicional de prosperidad indígena.

Las mujeres iban ataviadas con vestidos color canela, sin mangas, hechos de corteza de fibra hasta sus rodillas. Algunas de las indias jóvenes eran muy atractivas. La causa de la festividad era la aproximación de la estación de lluvia, donde los indios pueden viajar en toda dirección en sus ligeras piraguas sobre las inundadas sabanas, asaltando ranchos aislados y matando cientos de cabezas de ganado que se refugian en aquel tiempo en los bancos, o en las islas. En algunos de esos ranchos los llaneros han sostenido grandes luchas inútiles contra esas salvajes hordas que vagan y bogan atacando al hombre y aullando como demonios. Algunos ranchos quedan como pista para aterrorizar a los indios. No siendo hábiles jinetes, les temen a los perros, especialmente a los entrenados sabuesos.

Por un largo tiempo, antes de llegar a la rancharía indígena, sabíamos que éramos observados por centinelas apostados en el copo de los árboles. Pronto nos dimos cuenta de que habíamos sido vistos. Sus señales —especie de cuchillo de las garras asustadas— vinieron flotando en la brisa a avisarnos. Muchas veces había escuchado por las noches aquel grito agudo, cuyo eco rodaba como un fantasma sobre los caminos de la selva.

A la aproximación de un peligro los indios regularmente desbaratan el campamento y corren o

reman por la corriente para construirse uno nuevo. En cualquier parte éste puede ser levantado. Estos indios son buenos pescadores y muy hábiles cazadores. Saben cómo captar la máxima eficiencia de sus fuertes arcos y lancetas, que disparan hacia arriba, haciéndoles alcanzar una gran altura. Tal habilidad les confiere seguridad, para encararse con el *brujo chiquito*, pequeña medicina, como llaman al revólver de seis tiros. A menos que estén ebrios no se atreven a enfrentarse al cañón del *brujo grande*, como apodan al rifle. Normalmente no abandonan el campamento hasta que la selva colindante haya quedado sin posible cacería. Si desbaratan el campamento y toman sus canoas, es inútil tratar de perseguirlos a través de la selva. Para el tiempo en que ha sido borrado su rastro ya han desaparecido. Los indios a quienes habíamos venido a hacerles una visita especial estaban demasiado embriagados como para temernos. Son singularmente susceptibles a perder su valor con el licor. El cacique nos trató amablemente y nos dio la medicina que queríamos. Insistió, sin embargo, que debíamos unirnos a su fiesta y beber en honor de la estación lluviosa. Naturalmente lo objeté. No íbamos en viaje de placer sino en plan de guerra. En menos de quince minutos regresábamos camino del bosque, mientras éramos atacados a diestra y siniestra por furiosos salvajes, por haber despreciado su fiesta. Cubrí el camino sentándome al revés en mi caballo, para dispararle mejor a los aullantes goajibos, que constituían un blanco excelente con sus decoraciones rojas y amarillas. Gritaban, aullaban, sacudían sus arcos y macanas —sus pesados mazos de guerra— sobre sus emplumadas cabezas. Se mantenían en círculo saltando, pateando, prodigando inconexos gestos, mientras sus indiecitas daban gritos agudos al son de los infernales tambores que mantenían un escandaloso estruendo en el bosque.

Varias millas afuera, después de asegurarnos de que ninguno de los nuestros había sido flechado, tras vendar nuestros golpes y rasguños, nos dirigimos por el camino de una montaña virgen acompañados de un rancharo de nombre Tocaria, que había conocido años atrás, al norte de Casanare. Muchos de los peones que habían tratado de abrir camino a través de esta selva habían muerto de fiebre negra. O habían sido flechados por los venenosos dardos goajibos. Aquéllos que alcanzaban las llanuras de Tame siempre estaban enfermos a causa de las torturas de esta selva cruel. Pero teníamos que enfrentarnos a estas calamidades. Era el único sendero por el que podíamos pasar inadvertidos para llegar al Alto Arauca.

Al pie del camino nos encontramos con un cacique y su hijo, tan ocupados en aderezar la piel de un venado, que no se dieron cuenta de nosotros. Invitamos al cacique a echar una caminata, con el lazo alrededor de su cuello y sus brazos atados a su espalda, por si se le ocurría hacer mal uso de nuestra cordialidad. Al joven lo soltamos, ordenándole que informara a los otros indios de que su padre sería tratado con violencia si éramos molestados en nuestro viaje. Este método político resultó excelente. Los primeros dos días de nuestro viaje fueron un placer. Acampamos en una ranchería que los indios terminaban de abandonar, con todos sus enseres. Grandes pailas de hirviente sancocho —caldo con plátano, ñame, carne, pescado, todo revuelto. También encontramos varias calabazas de vino de palma. Olía delicioso. Dejamos que el cacique lo probara primero. Los indios son capaces de ardides dignos del alto refinamiento de los Borgia del Renacimiento. Después que el jefe comió hasta llenarse y fue confortablemente instalado en una hamaca, hicimos nosotros los honores al sancocho. Afortunadamente, como los goajibos no son caníba-

les, no nos topáramos con un pie o la mano de un hombre en el caldo, como le aconteció al general Azuaje en las montañas de Opon, al este del Magdalena.

Al día siguiente, muy temprano, encontramos una gran campana de cobre. El último vestigio, tal vez de la iglesia de los jesuitas, construida allí mismo cuando parte de este bosque formaba la orilla del cordón forestal. Estos bosques avanzan constantemente, creciendo dentro de las llanuras a través de centurias.

El escenario que nos rodeaba era hermoso. Oscuros, silenciosos y primitivos bosques vírgenes completamente inexplorados, habitados sólo por jaguares, monos, tapires, leones y toda clase de reptiles e iridiscentes insectos. Un espectáculo maravilloso. Enormes mariposas multicolores, azules, marrones, verdes, volaban libremente en el follaje entre umbrosas cascadas cubiertas de orquídeas y parrales. Cuando el sol las tocaba parecían traspasadas por alfileres de oro. Al tercer día nos dimos cuenta de que los indios nos seguían a cierta distancia. Al principio se habían mantenido silenciosos husmeando nuestras huellas, pero luego no pudieron sostenerse por más tiempo anónimos y empezaron a dar alaridos. Una o dos veces prendieron fuego a la maleza delante de nosotros, pero estaba muy mojada para hacer candela. El cacique rompió el silencio que había guardado desde su captura. Se dirigió a nosotros en un perfecto español y nos informó que los indios hacían aquel ruido porque estábamos dejando atrás sus terrenos de cacería. Me miró malévolamente mientras explicaba que en el lado opuesto del arroyo empezaríamos a cruzar el territorio de una tribu rival, que seguramente le darían muerte si retornaba solo por esas tierras. Como se había comportado correctamente, le hicimos prometernos su amistad. Le ofrecimos algunos

presentes, apretamos su mano. Lo dejamos partir. Continuamos nuestro viaje, redoblando nuestra vigilancia.

Hacia el cuarto día llegamos a las llanuras del Arauca, no sin haber tenido antes una refriega con una banda de indios que hirió a uno de mis hombres. Dejando el Amparo a nuestra izquierda, nos dirigimos hacia el este, con la intención de tomar por sorpresa el pequeño pueblo fronterizo del Viento. Viajábamos sólo de noche, durante el día nos ocultábamos en una mata o en el cordón forestal de la playa del río. Y nos apartábamos de todos los hatos, de modo que nuestro progreso no pudiese ser informado.

Una tarde, mientras descansaba bajo un gran árbol de guayabas cerca de la orilla de una isla forestal, mirando un caimán de gran tamaño en un pantano, observé a un toro de cachos color melaza, que avanzaba en mi dirección. Estaba demasiado cansado para saltar al árbol. Preferí quedarme tras el espesor de una mata de piñas silvestres, esperando retornar a mi sitio tan pronto el toro pasara. El toro pasó y olfateó el lugar donde yo descansaba. Desde el momento que captó el olor del hombre-bestia, lanzó un lento y desafiante mugido. Escarbó la tierra furiosamente con sus patas delanteras, probablemente maldiciéndome con toda suerte de calificativos... Pero, alguien se lo tomó para sí. Instantáneamente, con la velocidad de un rayo, un gran jaguar saltó del árbol, bajo el cual había estado descansando, y aterrizó en el cuello del toro.

Por un momento vi apenas como un rollo que giraba como un remolino dentro de una nube de polvo echando espumas, dando arañazos, formando tal lío que era difícil adivinar dónde estaba la cabeza o la cola. Luego, con un feroz rugido, el jaguar fue lanzado por el aire. Cuando cayó al suelo, de nuevo fue lanzado arriba por el furioso toro que lo convir-

tió en bistec con salsa tártara. Pero el toro había recibido también varias heridas en la batalla. La sangre manaba copiosamente de su cabeza. Su cuello y sus flancos habían sido desgarrados. Parecía lleno de pimienta. Lanzó otro mugido y se marchó orgullosamente. Desde mi escondite saludé con mi sombrero a este héroe sangrante de nuestras praderas. Esto sucedió en las sabanas de La Maporita, donde aquella noche cortamos el alambrado a fin de pasar a mis propias sabanas de Santa María y Mata Azul. Estas sabanas poseen setenta millas cuadradas y ocupan un largo espacio del territorio colombiano a la derecha del río Arauca. Ahora estaban vacías. La casa del rancho había sido destruida. El ganado había sido llevado al territorio venezolano, por soldados disfrazados de vaqueros, a enriquecer a Gómez y a sus secuaces.

Cerca del rancho de la capilla, donde llegamos tres días después, nos encontramos con una tribu de indios goajibos, que inmediatamente desplegó sus fuerzas para atacarnos. Nos sobrepasaban en número diez veces. Parecían estar listos a la batalla que hubiéramos aceptado en diferentes condiciones. Pero ahora teníamos que impedirlo a toda costa. El ruido de un tiroteo hubiera atraído la atención de nuestra presencia al cuartel del Viento, que intentábamos atacar al día siguiente.

Mientras mis hombres se escondían detrás de unos troncos, yo no dejaba de levantar la cabeza con mi mano levantada hacia los aguerridos guerreros, que se mantenían saltando y gritando frente a nosotros con sus flechas envenenadas y sus arcos tensos. Un indio alto, que parecía ser el cacique, tiró de pronto al suelo su arco y su macana y se plantó frente a mí saludándome cordialmente:

¡Jau, já!

Era mi viejo amigo, el jefe Oahu, el hombre que había encañonado con mi revólver por cinco

minutos una noche del año anterior, cuando él y sus indios a orillas del río Yly, me tendieron una emboscada.

Aunque su actitud era austera y fría, el modo como había apretado mi mano demostraba a las claras que estaba agradecido por haberle salvado la vida, cuando en verdad hubiera podido dispararle.

Aquel acto de clemencia nos habilitó en el último momento a cumplir nuestro propósito. Tomar el Viento por sorpresa y establecer, como explicaré después, un honesto gobierno revolucionario en los ricos estados ganaderos de Apure y Zamora que mantuvo victoriosamente su campo de batalla contra el régimen de Gómez por mes y medio, hasta que el estallido de la guerra mundial me obligó, por razones patrióticas, a suspender temporalmente las hostilidades. Por lo menos... *hasta mañana*, lo que quiere decir ¡hasta cualquier otro día!

NOCHES DE LA SELVA

EN CIERTA OCASIÓN, durante aquellos días de aventuras, un pelotón venezolano de infantería montada estuvo persiguiéndome de cerca. Me escurrí prendiéndole fuego a la sabana, dejando tras de mí una gigante barrera de retorcidas y chisporroteantes llamas que obligaron a mis perseguidores por salvar sus vidas a lanzarse a las bajas lagunas o a uno de los muchos pantanos y afluentes del río Yly.

Cuando terminé mi tarea incendiaria volví al bosque. Apresuré mi camino a través de la ancha franja de yerbas gramalote que rodea la orilla izquierda del río Arauca como una ancha cinta de esmeraldas.

Era un paraíso de serpientes, aunque también estaba habitado por caimanes de todo tamaño y color, como por los grandes jaguares moteados que eran el terror de los circundantes hatos de ganado. En Rancho Tigre, se habían matado más de ochenta jaguares durante los dos primeros años de haberse iniciado su construcción. Los jaguares habitualmente permanecen en los pantanos rodeados de yerba hasta que cae la noche, cuando el hambre los hace moverse, roncando y rugiendo en busca de matanza. También cuando la yerba es incendiada por los indios. Entonces sus robustos cuerpos manchados caen abatidos, asaeteados por cientos de envenenadas flechas.

Viajé rápidamente por dos días. Frecuentemente tuve que abrirme paso a través de la espesa maleza, cortándola con mi afilado machete. Sólo cuando el sol descendió por el oriente fue que decidí

tomarme un descanso de unas horas. Tanto mi caballo como yo estábamos extenuados. Habíamos viajado a un trote veloz. Apenas había comido, por la simple razón de que no me atrevía a disparar sobre una vaca o un venado, por temor a atraer la atención de mis perseguidores. Seguían mis huellas como una manada de sabuesos.

Para facilitar nuestra retirada, porque con mis compañeros revolucionarios seguía el predicamento de sálvese quien pueda, nos separamos en diferentes direcciones con la intención de encontrarnos algunos días después de nuestro acostumbrado *rendez vous*: Rancho Esmeralda, cerca de la laguna de Término.

Mi orientación era la estrella de la tarde, que brillaba tímidamente en el firmamento. Caminé por un estrecho sendero de la selva. Desmonté y solté mi caballo. Colgué mi hamaca y mi mosquito-ro.

Infortunadamente no podía prender el fuego a causa de mis perseguidores. Tenía que correr el riesgo de recibir una visita imprevista en la obscuridad de los rondadores nocturnos, cuando cayera rendido de sueño, bajo la sola protección de una malla de tul. Pensaba permanecer allí hasta las once, cuando la luna estuviera bien clara para otear el sendero hacia Rancho Esmeralda. Estaba seguro de que allí me darían algo de comer. El propietario, Toribio Tejera, era nuestro partidario. Además, mi amigo.

Repentinamente me desperté con la sensación de que había dormido más de la cuenta. La luna había casi alcanzado el cenit en el cielo azul marino, dándole horas de ventaja a mis perseguidores que no debían estar muy lejos.

Cuando estaba sentado a horcajadas en mi hamaca, frotándome los ojos, repentinamente levanté mi revólver, permaneciendo alerta en la profunda

oscuridad que me circundaba. Los rayos de la luna atravesaban el espeso follaje semejantes a diminutas flechas de plata, mientras se escuchaba el canto de numerosas ranas en los pantanos cercanos.

Cada nervio de mi cuerpo lo sentía tenso como la cuerda de un arco. Había sentido el temible *shei-ro*, como dicen los brasileños, o el olor del tigre, como apunta el hombre del llano. Me había llegado en la brisa nocturna aquel almizcle particular, característico en todas las salvajes criaturas carnívoras de la selva, especialmente de la familia felina.

Mientras permanecía sentado en la hamaca, armado de mi revólver y mi machete, listo para actuar, miré a través de la transparente malla del mosquitero dos sombrías figuras que parecían complacerse en dar vueltas a mi alrededor. Se detenían aquí y allá para tornar a mirarme de un modo demoníaco. Sus ojos fosforescentes fijos en mí como dos pares de brillantes gemas. A primera vista me sentí temeroso de aquellos ojos. Luego me di cuenta de que de nada me valdría tener miedo. Alisé mi erizado cabello, mordí la piel de mis estremecidos labios, me senté inmóvil, recto en mi hamaca, siguiendo gradualmente con la mirada las sombrías e inquietas figuras, con mis ojos a derecha e izquierda, hasta que los jaguares desaparecieron poco a poco de mi vista.

Volví a captarlos, mi cabeza volteada hacia el hombro derecho. De nuevo y de nuevo los seguí con la vista, temeroso de mover mi cuerpo. Sólo mi cuello y mis pupilas se balanceaban con rítmica y monótona regularidad. ¿Cuánto tiempo permanecí así? No lo sé.

Me sentí despertar con el naciente sol caliente sobre mi rostro. Mi caballo relinchaba ante mi mosquitero, pidiendo que lo ensillara. Su redondo vientre comprobaba que había tenido una comida completa y un buen descanso. Lo envidié. Mi estómago

lo sentía tan hueco como un barril vacío. De repente recordé mi pesadilla; aquellos ojos fosforescentes sobre mí. Al solo pensamiento sentí un escalofrío, luego tuve que reír a despecho de la vecindad de mis sabuesos. Detuve mi risa cuando alcancé a ver mi revólver con el cañón montado, tirado sobre la yerba, bajo mi hamaca. ¿Por qué permanecí con el gatillo levantado?

Instintivamente salté de mi hamaca. Al caminar unos pocos pasos me quedé atónito de la sorpresa. Allí estaban marcadas las huellas de dos grandes jaguares. Me habían dado vueltas y vueltas hasta la madrugada, dejando un perfecto círculo de profundas pisadas alrededor de mi sitio de descanso.

Si mi mosquitero hubiera sido gris, o marrón, en vez de blanco, otro hubiera sido mi destino aquella noche. Lo que salvó mi vida fue el suave balanceo de la frágil cortina de punto que asustó a los dos enormes felinos y les hizo proferir roncros rugidos, como consultándose el uno al otro si consideraban prudente la oportunidad. Es decir, si debían saltar sobre el detestado hombre-bestia bajo aquel blanco anillo que se pandeaba y mecía y mecía misteriosamente en la nocturna brisa. A mi entender, cuando yo movía mi cabeza a todos lados, siguiendo con la vista las móviles sombras, mis nervios ópticos finalmente se relajaron debido a la tensión nerviosa. Mis ojos se cerraron gradualmente como en una sesión hipnótica. Caí en profundo sueño.

Di gracias a mi buena estrella. Ensillé mi caballo, cabalgué todo el día y toda la noche hasta la siguiente mañana, cuando por fin me desmonté en Rancho Esmeralda. Allí devoré dos libras de carne asada en un abrir y cerrar de ojos. La mayoría de mis hombres estaban esperándome.

Decidimos retirarnos temporalmente a Colombia cruzando el territorio salvaje de los indios en la alta margen del río Olo, donde no se atreverían a

ir las tropas venezolanas. Antes de partir tuvimos el placer de encontrar un pelotón de infantería que estuvo persiguiéndome durante tres días.

Cuando aquellos pobres diablos penetraron en aquel sitio amenazante e inseguro que les habíamos preparado, se volvieron tan cobardes como el par de gatos salvajes que me visitaron aquella noche. Cuestión de vida o muerte. Ni uno escapó. La memoria de esta escaramuza, semejante a una carnicería, quedó fija en mi retina como uno de esos crueles fantasmas que asaltan el sueño de todo soldado.

Nuestro viaje a través del territorio indio resultó más peligroso de lo que imaginábamos. Continuamente teníamos que batirnos contra numerosas bandas de indios merodeadores, excelentes luchadores. Mataron media docena de nuestros hombres antes de que pudiéramos dispersarlos, prendiéndole fuego a las sabanas circundantes.

Nuestra primera noche de descanso la pasamos a campo abierto. Estábamos tan fatigados que hasta nuestros centinelas se quedaron dormidos. En la madrugada uno de nuestros oficiales me mostró el profundo rastro de un inmenso jaguar que nos había visitado la noche anterior. Aquellas huellas cruzaban el campamento en toda dirección. Demostraba plenamente las veces que el jaguar se había detenido ante nuestros soldados dormidos, sin atacarlos.

Lo más curioso de todo era que el misterioso gato había penetrado en nuestro campamento sin asustar a nuestros caballos, que estaban amarrados muy cerca, en la vecina arboleda. ¿Por qué los caballos no habían tratado de huir, o no habían formado el infernal escándalo acostumbrado cuando sienten la proximidad del jaguar?

Las huellas estaban frescas. Además, la mayoría de mis hombres eran experimentados llaneros que podían leer en el rastro de un tigre como en un

libro. ¿Por qué, pues, aquel jaguar-fantasma había recorrido nuestro campamento como casa propia, sin que los caballos se dieran cuenta? He aquí otro misterio de la selva que siempre me ha intrigado.

Finalmente, después de tres o cuatro semanas de alimentarnos con lo que encontrábamos eludiendo las flechas envenenadas, tomamos el pie de la cordillera para llegar pronto a la más cercana ranchería a comer completo y echar un sueño. Estábamos muertos de fatiga.

DERECHO CONTRA PODER

EN DICIEMBRE DE 1913, el Mocho Hernández, cabeza del Partido Nacionalista, y yo, dueño de mi voluntad, ductor de mis buenas intenciones y jefe de cuanto hombre valiente o insatisfecho se cruzara en mi camino, habíamos concebido un plan perfecto para invadir a Venezuela a fin de derrocar la dictadura de Gómez en su quinto año de gobierno. El general Hernández entraría por la Guayana Británica mientras yo, si la suerte me ayudaba, esperaría en cierto punto imprevisto de la frontera colombiana, probablemente en las llanuras del Arauca y Casanare.

El general Hernández, por lo tanto, tendría que reclutar y luchar hacia el este. Yo tendría que dirigirme, reclutar y combatir hacia el oeste. Nos encontraríamos donde la suerte lo deparara para ver lo que se hacía. Mientras aquello debía llevarse a cabo no habría modo de vernos ni de ponernos en contacto.

Cuando me despedí aquella vez del general Hernández en un deslumbrante restaurant de Broadway, donde nos citamos, sólo Dios sabía en qué parte de la llanura de Venezuela nos veríamos de nuevo.

La frontera colombo-venezolana, a través de sus miles de millas, está saturada de exilados venezolanos que ganan a duras penas para llevar una vida honesta o pintoresca, alimentando sus defectos a tal punto, que no pueden ser distinguidos de los defectos del país. Mas, sintiéndose seguros de que tarde o temprano se volverán gobierno.

Siempre ha sucedido así. Volverse gobernante en un país como Venezuela es extremadamente importante. Lo contrario significa vivir en el infierno.

A lo largo de esta delgada línea de rebeliones, peleando con una docena de generales, mis amigos se multiplicaban cada día. El núcleo que en el mundo exterior era llamado manada de bandoleros o ejército de libertadores, esperaba que me levantara en armas en un tiempo indeterminado en un lugar desconocido. El gobierno de Colombia tenía un convenio con Venezuela de vigilar y limpiar la frontera de focos revolucionarios. Se había intentado mantenerlo en forma estricta. Pero muchos oficiales colombianos eran adictos a nuestra causa revolucionaria.

Por lo tanto me habían advertido mantenerme a cuarenta leguas de la frontera, bajo pena de arresto si forzaba la barrera. Lo que me obligaba a iniciar las operaciones solo y muy adentro del territorio colombiano. Dicha amenaza me la había comunicado un maduro coronel, entre el calor sofocante de un Café de Barranquilla, donde me había invitado a tomarme un helado. El coronel me expresó su privada opinión de Gómez, disculpándose ante mí por el obligado cumplimiento de su deber y terminando por decirme las órdenes que tenía de no perderme de vista.

Por ahora iba a dormir la siesta. Sin perder tiempo, a las dos horas estaba yo recorriendo el Magdalena en un barco maderero movido por una caldera alimentada con leña, envuelto en una inmensa nube de humo. Según pude observar, estaba bajo vigilancia de un empleadillo de consulado de Barranquilla que deliraba con traicionarme por una gran suma de dinero. Jugué dados con él. Lo cual pronto lo incitó a hablar de sí mismo como hombre importante.

Claro, uno no puede obligar a estos policías tropicales a comentar su importancia sin hablar antes mal del gobierno que los mantiene. Se creen tan imprescindibles como para asegurar que su inteligencia no ha podido ser reconocida por el gobierno actual, pero guardando siempre la reserva de que tal vez un gobierno venidero comprenda lo que valen. Y, ¿quién puede asegurar en estas regiones que en ese preciso momento no se esté conversando con el propio futuro presidente en persona?

Cuando el barco se había deslizado trescientas millas sobre el río, me di cuenta de que mi libertad estaba en sus manos, pero como le sobrevino un ataque de malaria, prefirió resguardarse en el camarote hasta que le pasara. A través del hueco de la cerradura lo vi tomando un gran vaso de ron caliente y describiéndole al doctor algo que por el movimiento de sus manos parecía ser las caderas de alguna encantadora dama. Aquella noche la pasé en uno de los numerosos depósitos de madera que rodean la playa y reaprovisionan a los barcos fluviales.

La madrugada siguiente me cogió con mi maleta en el centro del Magdalena vestido como un peón —alpargatas, calzones enrollados estilo poncho, machete y revólver en la cercana ranchería de la Gloria. La única posible sospecha sobre mi persona era una pluma-fuente, la cual había encontrado a veces mucho más útil a mi bienestar que mi revólver de seis tiros.

Como la luz del sol no era muy acogedora para mi libertad y mi salud, decidí hundirme inmediatamente en las tierras pantanosas del Magdalena. Por tres días anduve en la selva. Ascendí la meseta, crucé la sierra de Chinacotales, el escenario de las famosas marchas de Bolívar. Siempre evitando los pueblos llegué cerca de Pamplona. Cuatro de mis hombres

esperaban por mí en una hacienda cerca de la ciudad. Estaban bien equipados y pertrechados.

Este fue el primer cuerpo de mi ejército. Durante nuestras cuatro semanas de arremetida a la frontera de Venezuela, tres de ellos se volvieron miembros de mi personal y uno mi ordenanza. Conocían el país tan profundamente como yo, y podían fácilmente convertirse en buenos oficiales mientras durara la batalla en aquel bosque peculiar de regiones pantanosas, utilizando las tácticas en las cuales eran tan experimentados.

Los hombres que hacen su vida en aquella perenne línea de batalla han aprendido a reconocer el sistema administrativo de la ciudad por características exteriores, así como adivinamos las intenciones de alguien en un movimiento inconsciente o en una palabra involuntaria. Es la sabiduría del indio revolucionario a través de cien años de progreso.

Faltaban dieciocho días para sumergirnos en las sabanas del Arauca y en los grandes bosques que nos habían tratado tan rudamente. Partimos hacia el vasto mar de yerba quemada como si fuéramos salvajes que hubieran soltado de una jaula. Casi nada nos distinguía de la fauna de la selva, como no fuera nuestro ideal revolucionario y nuestra mala salud. Bajo tales circunstancias un ejército de mil hombres puede titubear, o ser llamado a consejo para debatir. Pero, ¿por cuál urgente razón pueden cinco hombres titubear? Decidimos proceder como fuera.

Al enviar un mensajero a Tame por alpargatas, tuve noticias de los compañeros que me esperaban. Era el viejo Jerónimo Domingo y sus dos hijos. Jerónimo había sido un rancharo de la frontera hasta que el gobierno conociendo su *lealtad y patriotismo* lo había tomado como cabecilla para que acampara soldados en sus tierras. Como los soldados querían ganado y lo preferían fresco, Jerónimo

optó por conducirse impatrióticamente. Naturalmente fue expulsado de la ciudad.

Jerónimo, hombre perspicaz, sólo necesitaba de la pobreza para volverse sabio. Ahora estaba convertido en el filósofo de Tame. Amable e inescrutable curandero, que había adquirido algunas pocas cabezas de ganado y que resolvía los problemas domésticos con dogmático sentido común.

Según Jerónimo, diez hombres nos esperaban en el pequeño pueblo de Cabuyare, cerca de la frontera. Ellos tendrían noticias del próximo grupo.

En Cabuyare recluté a mis diez hombres, bien equipados, pero me desalenté cuando supe que habían perdido contacto con los otros grupos. La policía colombiana había estado muy activa en esta región.

Decidí cruzar la frontera en la primera oportunidad. Levantarme en armas sobre el suelo venezolano. Dejando mis hombres a cierta distancia, fui a hacerle una desconcertante visita a mi amigo el jefe político del pueblo de Arauca en la frontera colombiana. Era un amigo, pero no un revolucionario. No se decidiría a arrestarme, pero seguramente no dejaría de hacerse agradable a sus colegas del lado venezolano del río, previniéndoles de mi presencia en las cercanías del Arauca. Se sorprendió mucho cuando me vio. Probablemente no entendió mi visita, excepto para calificarme de hombre-demonio que no temía a los riesgos, como era mi reputación.

A cualquier precio había logrado lo que quería. Salí precipitadamente al pueblo fronterizo del Viento, a cien millas del río. Cuatro días después de abandonar Arauca avanzaba lentamente bajo una noche estrellada hacia la calle principal, de aquel pueblo, entonces mitad colombiano y mitad venezolano.

Dos vaqueros, montados en caballos blancos,

para que pudieran distinguirse en la obscuridad, cabalgaban a cien pasos delante de mí. La llanura se quiebra aquí en islas forestales y sabanas pantanosas, suministrando excelente protección a una pequeña fuerza. El aire estaba lleno de fosforescentes cocuyos dando la impresión de que uno iba avanzando como un jinete mítico, sobre un paisaje de astros.

¡He aquí la ciudad!

Uno de los vaqueros retrasó su paso para anunciarla. Remolinos de arena nos impidieron observarla por unos momentos, hasta que vimos la negra silueta recortada en el filo de la madrugada.

No había tiempo de escaramuzas. La ciudad estaba tomada. Mientras galopábamos en formación abierta a las primeras casas, los cocuyos volaban por todas partes como si el cielo se hubiese roto. A los pocos segundos de dar muerte al centinela, yo golpeaba las puertas del cuartel que estaba del lado venezolano, con la culata de mi fusil.

Hubo algunos disparos desde las ventanas. La mayoría de los soldados pasaron a Colombia a través de la calle, donde fueron desarmados y encarcelados por las autoridades. No parecía importarles las implicaciones políticas de su derrota, pero se molestaron profundamente cuando supieron que habían sido vencidos con diecisiete hombres.

Pasé el día organizando el nuevo gobierno del Viento. Nombré a un revolucionario como jefe civil y otros como agentes de la aduana. Prohibí el saqueo. Me abstuve de la costumbre pomposa de establecer el gobierno de Venezuela en el acto y tener fuera de la ley a toda la república más allá del pueblo que había capturado. Ningún proyecto se pondría en práctica por ahora. El general Hernández debía estar avanzando con bastante éxito para establecer dentro del país un gobierno eficiente, por lo que me parecía absurdo un duplicado.

Cuando cayó la noche mis fuerzas habían aumentado considerablemente. Mis hombres tenían buenos caballos, pero estaban deficientemente armados, con inadecuadas municiones. Decidí atacar con ellos La Trinidad, un pueblo ganadero, treinta millas al noroeste. Como no había posibilidad de municiones en la frontera colombiana, las tomaría de los parques de Gómez.

El gobernador Mogollón, en el Estado Apure, no había demostrado ninguna actividad. Su posición en San Fernando, capital del estado, era probablemente muy fuerte como para abandonarla. Allí, supe después, contaba con dos regimientos y dos barcos fluviales armados.

Viajamos toda la noche en las abiertas sabanas alrededor de cien hombres en estrecha pero irregular formación. A su cabeza yo parecía un vigía en la proa de un barco. Hacia la madrugada, cuando nos informó un indio que no podíamos tomar La Trinidad antes de rayar el alba, seguimos el camino del bosque. Una mata a algunas millas de nuestra derecha. Después de explorar minuciosamente nuestro refugio, levantamos nuestro campamento no lejos de nuestra línea de avance. La casa de un hato podía verse en la distante neblina.

Decidí llegar hasta su patio, dispuesto a capturar o dispararle a todos los testigos que hubiere a mi paso. Me encontré allí con un viejo amigo, uno de los numerosos encubridores de la revolución de la región, en cuya discreción podía confiar. Me dio comida y doce peones, su única ayuda; ambas cosas para fortalecer mi ejército y evitar habladurías. Con mis fuerzas que llegaban hasta ciento diez hombres, me lancé a luchar en la negruzca sabana.

Aquí tuve la oportunidad de hacer grandes observaciones respecto a mis hombres. Eran peones, vaqueros y boteros. Conocía personalmente a media docena de guerrilleros inspirados e inducidos

en la interminable aventura. Ellos salían fiadores por los demás. En la lealtad de los otros confiaba empíricamente, aprovechando la oportunidad que siempre debe ser tomada en cuenta en estos casos. Una acción común para un mismo propósito. Tres o cuatro espías que encontramos entre la tropa se fueron sin chistar. Esto tenía que ser descontado de antemano. Tener los ojos muy abiertos, disparando contra los sospechosos si fuere necesario.

Ningún movimiento de tropas fue informado por mis centinelas hasta la puesta de sol. Los oficiales de Mogollón, que llenaban la ciudad, creo que estaban sufriendo de la peculiar dolencia de los soldados de Gómez: mala conciencia. Una tropa del gobierno, vista alrededor de las cinco, consistía en varios hombres a caballo galopando bajo la aurora. Mi vigía informó que parecían no sospechar nuestra presencia en la mata y que probablemente pasarían de largo. Concebí un mejor plan.

Dejando un pequeño destacamento bajo el comando del Catire, un bronceado y viejo guerrillero de pelo colorado, me fui con el resto de mis fuerzas a Caño Mojadito, que estaba a seis kilómetros de La Trinidad. Cuando llegamos al caño que teníamos que pasar a nado, fui el primero que se lanzó al agua. Ordené rudamente al comandante de seguirme. Tuve que hacer esto en forma dramática por el peligro que significa cruzar los ríos de aquella región. Están infestados de temibles *caribes*, que pululan en manadas de miles y son atraídos por el olor de la sangre fresca. Cualquier rasguño es suficiente para atraerlos. Ninguno de mis hombres tenía heridas, pero casi todos, teníamos rasguños en nuestra piel.

Sin embargo, estos hombres poco dispuestos a ser usados como botín de guerra, nunca toman un riesgo si su comandante no lo toma primero. Es el primitivo argumento de los llanos. El argumento que Bolívar conocía muy bien. El argumento que no

saben usar los bien afeitados, de relucientes zapatillas de charol y doradas charreteras, generales de Caracas. En medio minuto toda mi tropa estaba chapoteando en las fuertes corrientes, maldiciendo o riendo frente al rostro del peligro, del cual eran incapaces de protegerse. Como lo quiso nuestra buena suerte, la corriente fluyó diagonalmente a nuestro favor y nos llevó rápidamente hacia la orilla opuesta. Conté mis hombres. No faltaba uno.

Cuando tocamos tierra ordené hacer un alto, pues estábamos todavía a doscientas yardas de La Trinidad. Pude ver una patrulla del gobierno tomando posiciones a la orilla de la ciudad. Un grupo rompió la puerta de una casa, para colocar una ametralladora en la ventana. Una mujer gritó.

Entre un chisporroteo de fuego mis hombres corrieron a la colina. Sin preocuparnos del resultado, nos movimos rápidamente hacia la izquierda y entramos en La Trinidad, prácticamente en el lado opuesto más allá del flanco del gobierno. Cuando galopamos hacia ellos por detrás, a lo largo de la ancha calle de la sabana, se dispersaron y escurrieron en todas direcciones. Los atacamos en la retirada.

Algunos de ellos corrieron en forma recta y fueron muertos. Los demás parecían haberse desvanecido en el aire. Todos los oficiales y soldados del gobierno que pudimos agarrar fueron encarcelados en la jefatura. El resto se dispersó por la ciudad, otros se presentaron a solicitar trabajo en mis fuerzas, descargando así a La Trinidad del problema del desempleo. Hacia el final de la ciudad, donde se había efectuado la batalla, el suelo estaba atestado de rifles y cananas.

El Alcalde vino a ofrecerme una pequeña suma de dinero para mis hombres a nombre de la municipalidad. Nombré un jefe civil para que guardara el orden de la ciudad, entregándole diez rifles. Luego le

di a mi tropa cinco horas para que durmiera, una para emborracharse y dos para recobrar el juicio. Partimos a la caída del sol.

En el despacho telegráfico encontré informaciones vagas sobre Nogales. Se suponía que estuviera en el Alto Arauca. El aparato del telégrafo resultó inútil para mí. No teniendo la clave no podía enviar engañosos mensajes. Como no confiaba en el operador, eché abajo su maquinaria.

Estaba listo para partir con ciento quince hombres y suficientes armas. Podía dirigirme a Palmarito, hacia el norte, o hacia Uncein, al este, lo cual me hubiera puesto a corta distancia de San Fernando, que era mi objetivo. Como tenía que concebir una rápida desviación para ocultar la pequeñez de mis fuerzas, me decidí por Palmarito. Desde Palmarito, por el Apure, que cae en el Orinoco cerca de San Fernando, está bastante cerca la capital del estado. El gobernador Mogollón, al oír que estaba en Palmarito, en la ruta del río, enviaría diversas fuerzas para bloquear mi avance sobre el Apure. Mientras tanto yo trataría de estar lo más lejos posible.

Decidí avanzar sobre Palmarito desde el oeste, es decir, desde el lado más lejano de San Fernando, tocando el Apure al pie de la cordillera. Eso significaba toda una noche de marcha sobre la sabana, luego una cuidadosa aproximación a través de la selva, bordeando el río. Estaba seguro de que en aquella selva encontraría bancas de estrepitosos indios que podrían o impedir mi avance o ser mis aliados. Dependería de la calidad del licor que estaba consumiendo.

Toda la noche mis fuerzas marcharon hacia los llanos, aunque intimidadas ahora ante las noticias de que los ríos habían crecido. Cuando los ríos crecen, las llanuras se vuelven inmensos lagos donde sólo se ven las manchas de las matas, que parecen

islas, cortadas aquí y allá por lengüetas de tierra que dan la impresión de bancos de arena. Por este tiempo es cuando los indios surgen de la selva en canoas y roban ganado a su antojo. Sólo los llaneros pueden rivalizar con ellos durante esta estación. La caballería del gobierno es completamente inútil en estos llanos inundados.

Al pie de la cordillera estuve cerca de la frontera del Estado Táchira, donde nacieron con éxito las dos últimas revoluciones. Eustoquio Gómez, el primo del dictador, me estaría esperando con sus chácharos y hubiera sido tonto de mi parte ponerme a luchar frente a fuerzas superiores en la cordillera. Pronto penetré en la selva del río, manteniéndome fuera de la orilla y dirigiéndome hacia Palmarito.

Después de una marcha de dos días plantamos nuestro campamento a media milla del río. Un sitio ideal donde cuatro o cinco jinetes podían pasar de frente entre los árboles. Allí me encontraría con un enemigo posiblemente más poderoso que todos los ejércitos de Gómez: la leyenda indígena.

Las *Mancaritas* o *Patasolas* son seres que ningún hombre ha visto cuando echa su historia, pero han sido oídas por todos los que toman este camino a través de la selva oeste de Venezuela y los bosques del este de Colombia. Emiten un largo y penetrante lamento que parte el alma como una llamada del otro mundo, lo que hace pensar inmediatamente en terribles acontecimientos. Niños moribundos, vampiros hambrientos, almas del purgatorio. Los indios creen que piden oraciones. Con la falta de eterna lógica inherente en todas las leyendas primitivas, también dicen que toman la forma de seres semi-humanos, que caminan en un solo pie y cuyas mujeres tienen un solo seno.

Cuando el bosque se incendia, las *Patasolas* salen al campo a buscar pareja. Las hembras buscan varones, los varones mujeres, que nunca vuelven a

ser encontrados en la selva. La única manera de mantenerlas lejos es colocando en el suelo algo que contenga acero, con la punta hacia arriba. Creo que esta leyenda debe tener su origen en las tribus matriarcales que vagaban por el alto Amazonas en tiempos de la conquista, mezclada con la teología católica y el temor inspirado por las armas de acero de los conquistadores. Después de algunas horas de descanso y de un desayuno rápido con caimito y café, volvimos a abrir una vez más nuestro camino a través de la selva.

Los traqueteos de nuestro machete más parecían los de unos madereros en acción que los de una tropa en marcha. Nos afanábamos por cortar los árboles que impedían nuestro camino. El efecto era como el de un bosque bajo el peso de una ametralladora captada lentamente por una cámara. Estos cordones forestales son bosques oscuros, silenciosos, primitivos, con sus grandes y apretados árboles gigantes que forman un techo misterioso donde el sol entra sigilosamente.

Los jaguares rugen de cada lado. Innumerable variedad de monos nos siguen en el camino desde la copa de los árboles. Silban los turpiales y extienden sus plumas amarillas y negras como elegantes abanicos de reinas. Las serpientes dejan el encaje de sus trazos por tierra o permanecen observándonos desde la maleza. Gigantes mariposas azules, del tamaño de la oreja de un elefante, revolotean bajo los rayos del sol, brillando entre la oscura sombra verde.

Los indios goajibos de esta región merodean cuando pueden y llevan en los sitios más sofisticados lo que se llama una vida honesta fuera del río y del bosque. Era el final de la estación de calor. Los ríos empezaban a crecer con las lluvias de los andes. Pronto se inundarán las sabanas y el ganado se refugiará en los bancos o islas. Los goajibos pasarían

los llanos en canoas; inmunes a la caballería del gobierno, acorralando las bestias en los bancos.

Hacia el mediodía llegamos a uno de sus campamentos, dedicados al honesto trabajo de la pesca. Deseoso de asegurarnos de su actitud y también de obtener alguna medicina para la cortada de la *raya*, de la que sufrían varios de mis hombres, avancé con mi mano levantada sobre mi cabeza en símbolo de paz.

Tan pronto como obtuvimos las necesarias medicinas partimos, y tras algunos minutos el verde muro selvático quedó tranquilo. Murieron los sonidos en la distancia y los monos se entregaron al sueño.

Tomé a Palmarito cercándolo hacia el norte y entrando inesperadamente atacué el pequeño destacamento de la guardia, que ignoraba nuestro avance. Las tropas de defensa quedaron emboscadas a lo largo de la selva a la orilla del río. Al mismo tiempo envié parte de mis fuerzas dentro de los llanos, en la línea de retirada, de modo que pudieran también atacar desde la retaguardia a cualquier fuerza del gobierno que tratara de tenderme una emboscada.

El Catire hizo este trabajo noblemente. Era un hombre de confianza en mis filas, siempre mantenía a mis hombres luchando eficientemente y discutía minuciosamente los planes. No sé si era a cuenta de su valor, de su alma revolucionaria o de su cabeza roja. De cualquier manera, el Catire poseía como una mística personalidad semejante a la de un humilde y extraño dios. Hasta era beneficioso que fuera incomprensible a su imaginación la idea del poder político.

Burlé una persecución de los esparcidos soldados de Gómez en dirección a los andes, hacia el oeste. Dejando una pequeña guarnición en Palmarito para contrarrestar las dificultades, salí inmedia-

tamente hacia el sur, cruzando las llanuras desde el Apure hasta el Arauca, por la selva.

Desde allí procedí a andar de noche hasta Uncein, el último lugar de avanzadas antes de San Fernando, que nunca podría capturar con mis pequeñas fuerzas. Aun cuando no demostré mis fuerzas en Uncein, dejé la impresión de que estaba avanzando directamente a San Fernando.

El general Hernández (el Mocho) debía estar más arriba con algún propósito. Me preguntaba si sus fuerzas —superiores a las mías por la gran facilidad con que se importan armas de la Guayana Británica— estaban ya llegando a Ciudad Bolívar, doscientas millas al norte del Orinoco. Si eso fuera así, debíamos encontrarnos en Zaraza, como alrededor de ciento veinticinco millas de Caracas, la más populosa región de la república. Debía llegar a las puertas de la capital con siete mil llaneros y un número de regimientos regulares en cuyos coroneles confiábamos a ciegas. ¡Cómo se puede creer en tantas cosas en estas circunstancias!

Avanzamos hacia el norte y luego hacia el noroeste. Llegamos a la orilla de la selva del Apure, el punto equidistante entre Palmarito y San Fernando. De allí seguimos a toda velocidad a lo largo de la orilla de la selva hacia la capital, donde esperaba hacer una demostración de mis fuerzas y tener noticias de los movimientos del general Hernández.

Fueron enviados exploradores delante de mí para prevenirme de cualquier patrulla que estuviese rondando la región. En caso de que alguna estuviese por allí y su número valiese la pena, la atacaríamos. De otra manera, nos hundiríamos de nuevo en la jungla, con la ayuda de Dios. Era sin embargo improbable que tropas del gobierno se arriesgaran dentro de los llanos por este tiempo. Mientras más nos aproximábamos a la boca del Apure, sus aguas crecían mucho más. Cuando pisamos la selva había

subido cerca de un pie y nuestras tropas avanzaban a ciegas.

San Fernando de Apure está protegido por un *banco* bajo, que se levanta en la llanura y llega hasta el río. Es una grande y bien construida ciudad. Se parece más bien a Caracas o Valencia que a otras ciudades del interior. Bajas construcciones de mampostería, con altos techos de tejas, las calles largas y rectas, como trazadas en un bosquejo. Una plaza típica del llano, ancha y sombría, dormita al pie de la descarada catedral, custodiada por la achatada casa de gobierno de ventanas de balaustre.

Era ciertamente una metrópolis para luchadores cansados después de una turbulenta y tenebrosa campaña como la nuestra. Pero dos regimientos y dos barcos de guerra impiden que nuestros huesos allí descansen, a menos que el avance del general Hernández haya causado la incorporación de suficientes tropas como para organizar un ataque conjuntamente con mis fuerzas. Esto fue lo que me propuse saber antes de hacer una demostración al pueblo. A la caída de la noche acampamos sobre un banco a la orilla de la selva, la única franja de terreno seco que vimos hasta ese día. Entre nuestro campamento y la selva, la inundada llanura se estremecía perezosamente reflejando un cielo rojizo. El problema consistía ahora en recibir noticias de San Fernando. El hombre que voluntariamente se prestó a cruzar el río con su ropa seca atada a la cabeza, trajo noticias desalentadoras. El general Hernández no había entrado en la ciudad. Después supe que había tenido inconvenientes con las autoridades de Guayana. De nuevo me encontraba con un puñado de hombres, divididos en ese momento en dos destacamentos, organizando un lance contra varios regimientos completos, dos barcos de guerra, un plan frustrado y toda una república dormida. Vací mis

bolsillos entre las manos codiciosas de los espías. Di la orden de retirada.

Tomamos nuestro camino lo más rápidamente hacia los llanos, ahora ágitados con la tremenda crecida del Apure, dejando de un lado la selva y siguiendo directamente hacia el Viento.

Crucé la frontera y entré a Colombia, rendido de fatiga y llevando por todo capital veinticinco bolívares. Pensar que había tenido en mi poder, durante mes y medio, uno de los estados más ricos de Venezuela.

Desbandé mis fuerzas. Al trote de mi caballo fui a buscar la hospitalidad de Jerónimo Domingo, el filósofo de Tame. ¿Como un soldado derrotado? ¿Como un ídolo roto? Pensaba para mis adentros: como el humilde servidor de un país inmaturo.

RECETARIO DE COCINA DE UN SOLDADO AVENTURERO

EN TODA UNA VIDA CONSAGRADA a ver lo inesperado durante mis largas correrías que abarcan desde la región polar hasta las selvas de la América del Sur, o desde las tundras de Siberia hasta las pintorescas ciudades del Asia Menor, un soldado que aprecia tanto su vida como su espada, colecciona y a menudo se ve obligado a inventar una asombrosa variedad de recetas de cocina como para satisfacer los paladares más exigentes, aunque no los más golosos ni los más refinados. Me siento tentado de copiar unas pocas de estas extrañas fórmulas, para beneficio de cuantos se vean en los mismos trances por los cuales he pasado al recorrer remotos países, o de quienes experimenten hastío ante los monótonos platos de la vida civilizada.

Los esquimales consumen aceite de ballena en cantidades increíbles. Lo ponen a freír y luego lo engullen todavía humeante. Practican esta misma sencilla operación culinaria en la preparación del unto de ballena, con el cual mezclan a veces pedazos de pescado frito o cocido. Los esquimales también se deleitan devorando el pescado crudo. Vorazmente se lo comen con la piel, cola y ojos. Asimismo degluten cruda la morsa y crudos también los untos de ballena.

En las pequeñas aldeas del interior mexicano, los indios tientan el gusto de los viajeros con los gusanos de *maguey*. Pequeños invertebrados que se ocultan en las hojas de la planta, de la cual se extrae el *pulque*, su bebida popular. Estos gusanos los ven-

den fritos, o pasados al sol, estimándolos como un bocado exquisito.

Por las tierras tropicales de América Latina las iguanas son apreciadas como plato delicioso para comensales de excepción. Su carne sabe a pollo, aunque es más tierna y más gustosa. La iguana se fríe regularmente en manteca y suele comerse abizcochada.

Los huevos de iguana que doblan el tamaño de una nuez son muy apreciados en la selva. Se cuecen como un cereal, luego se aderezan con fuerte salsa de ají.

Otro plato que es muy popular en ciertas partes remotas de la selva latinoamericana es el de las hormigas tostadas. Los indios le explican al visitante que no todas las hormigas son buenas para su ingestión. Se trata de cierta clase de hormigas rojizas, que ellos reconocen por sus propiedades comestibles. Las tuestan en la misma forma en que se tuesta el maíz o el maní en los Estados Unidos. El gusto es picante y agrio, y resulta difícil habituarse a él, pero una vez que se ha adquirido el hábito de comerlas, se desea más. Su acre saborcillo es un poderoso estimulante del apetito.

Los huevos de iguana forman la dieta regular de quienes recorren las tierras selváticas bañadas por los grandes ríos suramericanos. Son más grandes que el huevo de gallina y por lo general se toman pasados por agua caliente. Hay que prescindir de la clara porque permanece líquida a pesar de la cocción, y comer sólo la yema que no resulta desagradable por ningún respecto. Tiene gusto semejante a la amarilla de los huevos de tortuga. Tanto los huevos de iguana como los de tortuga se pueden comer pasados al sol. El fino hollejo que los protege se endurece como pergamino y la yema adquiere la clásica consistencia de los huevos de gallina, mientras que la clara o albúmina se trueca en una especie

de aceite de leves tonos pálidos. Los indios llevan estos huevos entre su provisión de alimentos para sus largos viajes en canoa por los ríos de la selva americana.

Con la carne de caimán se puede elaborar una deliciosa ensalada. La parte central de la cola de un pequeño saurio se cuece primero en agua hervida. Cuando se torna blanca los nativos la desmenuzan, luego la guardan por algunas semanas, herméticamente cerradas en vasijas de tierra, sazonándola con hojas de laurel, cebollas, ajíes rojos y cualquier equivalente de vinagre. Pasados los días, cuando se extrae de los envases, parece ensalada de langosta, tal es el gusto que deja en el paladar. El guisado de caimán se vende en los cafés de las peonadas y en los ventorrillos del mercado de la ciudad de Guatemala, donde lo conocí. Se elabora con carne de baba secada al sol, en la misma forma clásica en que se hacen los guisos. La carne se expende en grandes sacos atados con cuerdas de yute.

Los aborígenes de Australia comen culebras. Estas gentes, que se cuentan entre los más inescrupulosos comensales del mundo, comen toda clase de serpientes, tanto las venenosas, como no venenosas. Las sancochan, las fritan, las ahúman y aun las comen crudas. También comen ranas como los franceses. Lagartos como los indios latinoamericanos. No menosprecian los gusanos. Ni desdeñan la carroña, dando igual placer a sus estómagos con la carne de vacunos y ovejas. En uno o dos lugares — cerca del Golfo de Carpentaria— comen también carne humana, pero en ocasiones especiales, aunque no sabría decir si la preparan en vinagre o en aceite.

En el interior del Africa muchas tribus se alimentan de cocodrilos, sin menospreciar la piel y los huesos. Asimismo devoran hasta el pellejo de los búfalos, rinocerontes y elefantes. Durante mis ex-

cursiones de caza por el Africa occidental portuguesa fui testigo de varios banquetes de esta clase.

Así como constituyeron la pesadilla de los indios suramericanos, los jaguares igualmente contribuyen a su dieta. Asada la porción inferior de sus zarpas vienen a ser un excelente sustituto de las patitas de cerdo. A menudo las he comido, aunque echando de menos la ensalada agria de repollo *sauerkraut* que se combina admirablemente con ellas. Los nativos de Alaska aderezan las pezuñas del oso pardo en forma similar.

Otro plato gustoso se prepara con los monos, principalmente las monas. Su carne se come asada o cocida. El mono, tal como sucede con los jabalíes, tiene un almizcle bastante desagradable. Las monas, en cambio, no lo poseen en el grado de que pueda rechazarlo el olfato. La grasa de la mona es amarilla. Aun cuando puede digerirse, siempre la he preferido para limpiar mi rifle. En mis aventuras revolucionarias a lo largo de la frontera colombo-venezolana, comí monos con mucha frecuencia. A menudo bendije en tales circunstancias la fortaleza de mi paladar, porque fue casi el único alimento que pude conseguir. En cierta oportunidad por dieciocho días consecutivos, cuando invadí la región venezolana del Arauca en 1914, mis hombres y yo no dispusimos de otra carne como no fuera la de monos asados sin sal. Sólo en dos o tres ocasiones de aquella jornada inolvidable, pudimos variar nuestra dieta a base de gallinas salvajes. Como postre nos deleitamos comiendo caimito, fruto blanco y tierno de una variedad de palma bastante común en las selvas vírgenes de la región.

En mi excursión a través de la jungla nicaragüense hace tres años, yo con los siete hombres que me acompañaban también tuvimos por alimento carne de mono sin sal. Sólo de vez en cuando alternamos nuestra dieta con jabalíes o cerdos salvajes y

guacas, una especie de loro grande de rojo plumaje, cuya carne es dura como la del búho.

Cierta tarde cuando agasajaba a una banda de indios goajibos, cerca de La Maporita en Colombia, algunos de ellos descubrieron los restos de un toro que había sido muerto esa mañana. Ya pululaban sobre él los gusanos y despedía mal olor. Los salvajes se lanzaron activamente sobre aquella carroña. Con la velocidad del rayo practicaron profundas incisiones a través de la pútrida superficie, hasta que dieron en el fondo con la carne fresca, en apariencia, no contaminada. Descubrí luego que la capa exterior de carne actúa por un tiempo como refrigerador para las capas internas. Un procedimiento que los carniceros enlatadores de Chicago posiblemente descubran dentro de algún tiempo.

No cabe la menor duda de que la carne de caballo es el clásico alimento de las poblaciones sitiadas y de los ejércitos que perdieron su línea de abastecimiento. Entre las tribus nómades del interior de Asia, la carne de potro se considera manjar suculento. La de camello figura también entre las viandas de lujo. Cuando los tribeños árabes desean honrar a un huésped, asan entero un camello joven y lo sirven en una enorme fuente de estaño, acompañado de arroz cocido en mantequilla. El plato es delicioso, en especial la parte interior de la joroba, cuya carne es en extremo tierna y jugosa.

Los huevos crudos y enterrados hasta que se tornen verdes son el equivalente chino del queso de Limburgo. Jamás los he probado y por lo tanto no puedo recomendarlos, ni bien ni mal. Me agradan mucho las ancas de rana fritas, que los chinos aderezan en la misma forma que los camarones, sirviéndolas en aceite caliente. He oído que después de quitarle las patas los chinos devuelven los animalitos a los pozos donde se crían, pues creen que a los pocos meses les crecen de nuevo. Es claro que esto

no ocurre, pero como siempre nacen ranas por centenares con sus órganos de salto y locomoción, los crédulos chinos piensan que ésas son las mismas viejas ranas con nuevas patas.

Los nidos de golondrina son otra especialidad de la mesa oriental. Estos pájaros fabrican sus nidos con una substancia gelatinosa que segregan y los cuelgan en los perpendiculares muros de altos arrecifes, sobre los acantilados de la costa. Son lavados y hervidos cuidadosamente hasta que se disuelve la materia gelatinosa que los forma, la cual es convertida en un gustoso consomé muy solicitado en París. Según parece, el destino de los manjares chinos es que tengan mucha demanda en todas partes menos en su tierra de origen.

Los llamados gimnotos o anguilas eléctricas figuran entre los platos más desagradables que haya podido degustar, forzado por el inapelable mandato del hambre. Tomé las anguilas, las corté en trozos y las puse al fuego en su propia grasa. Tuve la impresión de estar comiendo algodón mojado en alquitrán con una salsa de aceite de hígado de bacalao. En circunstancias difíciles se puede devorar la carne del tapir, que nos deja un gusto en la boca semejante al de la grasa de automóvil o pintura para calzado. Sin embargo, cuando uno se encuentra en las selvas suramericanas, empeñado en derribar un gobierno, con todos los pueblos y caseríos más próximos llenos de gente armada que nos buscan para darnos muerte o aprehendernos, y cuando no hay otro animal de caza a la mano que el tapir, es preferible comer su carne. Al menos con ello no se corre el riesgo de pasar a la otra vida.

El alimento más indigesto que haya podido comer alguna vez fue un pedazo de cuero seco de caribú en Alaska, que antes había servido de bolso a su dueño. Lo sometí a un cocimiento de diez horas hasta que se volvió tan grueso como una galleta de

perro, luego tan suave y transparente como gelatina. Después de pasar unos cuantos bocados, mi estómago protestó con tal violencia, que por instantes temí pudiera estallar. Al día siguiente, en vista de que no hallaba cómo mitigar el hambre, puse a cocer tres pares de mocasines con el mismo resultado.

Tenía por costumbre frecuentar un pequeño restaurant en Veracruz, donde la especialidad era cazón y carne asada de tiburón. Me agradaba mucho comer allí. La carne de tiburón es tan suave y deliciosa como el más fino de los lenguados.

En Islandia suelen sepultar la carne de tiburón en la arena durante varias semanas. Después de este procedimiento, la comen cruda. Los islandeses son fuertes bebedores. La carne podrida de tiburón les permite trasegar enormes cantidades de licor, sin experimentar sus consecuencias, es decir, sus malos efectos.

A lo largo de la costa del Chocó en Colombia, cerca de la frontera de Panamá, las carnicerías suelen tener siempre varias tortugas, puestas boca arriba, al lado de las puertas de la calle. El cliente elige la parte que desea, y el carnicero la corta a voluntad para complacerlo. Luego coloca sobre el animal descuartizado en esa forma la caparazón de otro quelonio, para evitar que las moscas se posen en sus despojos, hasta que llegue el nuevo cliente.

El hábito bíblico de comer langosta y miel se practica todavía en el desierto del Sahara y en la península arábiga por personas que nada tienen que ver con los libros sagrados. Es un alimento abundante y corriente en ciertos meses del año, cuando los higos maduran, y las langostas se extienden como nubes de arena sobre el oasis.

Los higos, especialmente los negros, si se dejan expuestos al cálido sol del desierto, literalmente se derriten y se convierten en un líquido tan dulce

como la miel. Los naturales de la región recogen las langostas, las asan y muelen. Luego mezclan esa especie de harina con higos frescos, dándole la forma de panes redondos. El resultado es algo delicioso. Existen pocas dudas de que los comerciantes judíos que se hallan permanentemente en contacto con las tribus nómades del interior de Arabia y del desierto de Siria, no tuvieran conocimiento de la existencia de este pan.

Etiopía fue hasta época muy reciente una tierra adversa a los vendedores de carne. Los antiguos etíopes solían obtener sus tajadas de carne para asar, del propio animal en pie. Amarraban el buey, le cortaban el pedazo que deseaban, maceraban las heridas con yerbas curativas, soltando al animal para que sanara y creara otra tajada de carne en el mismo lugar.

Algunos viajeros afirman que la carne humana figura entre las más gustosas. Por ello una vez que las bestias salvajes la han probado ya no se conforman con otras menos valiosas. Entre los seres humanos de algunas regiones de Australia, América del Sur y los mares del Sur, por razones de extrema pobreza, es posible que se practique el canibalismo; los hombres se comen a sus semejantes cuando escasea la caza. Aunque parece increíble poseo testimonios de primera mano de que la carne humana es de extraordinario buen sabor. No muy lejos de los campos petroleros de Barranca Bermeja en Colombia, habitan tribus de indios aborígenes que de vez en cuando cometen actos de canibalismo. Hace algunos años conocí a un oficial del ejército colombiano, quien me contó que por equivocación había comido carne humana, cuando despacharon un guiso indígena en el cual cada comensal tomó su ración de una gran cazuela de tierra que estaba repleta de apetitosa carne. Los salvajes que estaban preparando el sancocho, huyeron de su campamento al ser ataca-

dos por los hombres que él comandaba. Entonces el oficial y los suyos dieron cuenta del estofado, comparándolo algunos por su buen sabor, con el guiso de cordero. Por desgracia, uno de los que comía, extrajo de la olla la mano de un ser humano. El oficial se horrorizó tanto del hecho que estuvo a punto de suicidarse. Sólo los esfuerzos de sus soldados evitaron que lo hiciera. Esa historia me fue contada en Aguascalientes. Personas de la región que ya la conocían, corroboraron los hechos.

Se ha generalizado entre la gente la opinión de que un soldado aventurero debe tener, por sobre todo, un bravo corazón. Mis experiencias culinarias son suficientes para demostrar que lo que realmente necesita es un estómago de hierro.

UN CABALLERO DE LA MEDIA LUNA

MERHABA' BEYM' alté seat dir, Beym, dijo mi ordenanza, Tasim Chavush, mientras se detenía en posición firme frente a mi lecho de campaña, su nudosa mano derecha levantada al borde de su *envery* al par que con la izquierda me ofrecía una pequeña taza de café turco, sobre una bandeja de plata. *Buenos días, mi Bey; son las seis de la mañana, mi Bey.*

Otro día más desperté; sorbí la aromática infusión y volví a reclinarme en la almohada para dormir otros pocos minutos. Cada mañana me ocurría lo mismo. Me despertaba sorprendido de que Tasim estuviera allí, de que un soldado turco fuese mi ordenanza y de que yo, a mi vez, me hubiese convertido en un oficial superior de los ejércitos del Sultán, desempeñando un importante cargo militar, en la pequeña ciudad provincial de Erzyndian, corazón del Asia Menor, al pie de las montañas del Cáucaso.

La forma como esto había ocurrido no dejaba de conturbar agradablemente mi imaginación, produciéndome siempre una renovada sorpresa. Había estallado la guerra, la gran guerra mundial de 1914, la guerra que venía a ofrecer a mi espíritu militar, su primera y más hermosa oportunidad. Cuando ya no hubo manera de detener el conflicto universal partí inmediatamente con el objeto de unirme a las naciones latinas de Europa, a pelear por mi raza y por la civilización dentro de la amplia y profunda hermandad latina. Aquí me encontraba aceptando el café mañanero de manos de Tasim, al comando ahora de

fuerzas orientales, formadas por soldados de morenos rostros, bajo una bandera que llevaba por símbolo la media luna. El hecho sólo podía explicarse de esta manera. Impedido de servir a mi patria, Venezuela, ya no sentía en la sangre otro llamado más fuerte que el que me llevara a la acción y la aventura. Esa aventura había llegado para mí en el momento más crítico de la historia universal, bajo los blasones de la Media Luna, en el clamoroso cruce de las civilizaciones de Europa y Asia.

¿Cómo había acontecido esto?

Unos pocos meses antes me encontraba en la pequeña isla de Curazao, de las Antillas occidentales holandesas, no lejos de las costas de mi patria. Había desembarcado en aquella colonia, después del fracaso del Mocho Hernández, quien no pudo realizar la parte que le correspondía en los planes de mutua revolución que concretamos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Este revés me obligó a abandonar mi segundo intento, después de dos meses de firme progreso en la invasión que adelantaba a lo largo de los estados meridionales de la república.

¿Qué estaba haciendo en Curazao? En realidad mataba las horas en la muda contemplación del fuerte sol del Mar Caribe, que derramaba la riqueza de sus brillantes luces sobre los techos de las limpias casitas de Willemstad, capital de la Isla. Me dedicaba a largos paseos por los campos adyacentes, o consumía el tiempo en el club de Gezelligheid. Charlando con amigos u observadores contemplaba el verde esmeraldino de las aguas de la bahía. Cuando informé a los compañeros del club que muy pronto partiría, y no quise responder a sus nerviosas e inquisitivas preguntas en cuanto a mi destino —una investigación a la que nunca me prestaba—, la mayoría de aquellos revolucionarios venezolanos, probablemente pensó que me trasladaba a la isla de

Trinidad, de las Indias occidentales británicas, con el objeto de ponerme al habla con el general Hernández. Mis amigos no eran las únicas personas interesadas en conocer mis planes. Gómez tenía sus espías trabajando incansablemente para obtener información veraz, pues pensaban que atacaría de nuevo su gobierno.

Si el barco que esperaba tomar hacía escala en La Guaira, podría estar seguro de que allá me reservarían una desagradable sorpresa, preparada por los cómitres de Gómez. No vacilarían en capturarme, así fuese a bordo de un vapor norteamericano, a sabiendas de que su jefe iba a respaldarlos y los sacaría felizmente de cualquier dificultad diplomática en que pudieran meterse. Gómez pensaba que yo era el cerebro maestro, el hombre detrás del gatillo en todas las conspiraciones revolucionarias venezolanas.

Previniendo, pues, lo que podía ocurrir, embarqué secretamente en la goleta holandesa *Tres hermanas*, que zarpó cierto día, del puerto de Curaçao antes del alba. Con la mayor tranquilidad dejé la mesa de un bar donde se suponía que estaba bebiendo hasta embriagarme y me acerqué a los muelles con la supuesta excusa de tomar un poco de aire. Como nadie me espiaba, salté por sobre la borda de la goleta. Así me encontré iniciando un nuevo itinerario. El capitán era mi amigo. Un hombre que nunca hablaba por el placer de que le oyeran las palabras.

Después de varios días de navegación por las tormentosas aguas del Caribe llegamos una mañana a la vista de un alto monte, que se levantaba frente a nosotros, casi perpendicularmente desde el mar. Tenía la forma de un pan de azúcar. El capitán me informó que era el islote de Saba, situado a 165 kilómetros al sureste de Puerto Rico. Dicha pequeña isla que pertenece a Holanda, fue original-

mente un volcán. Aun cuando en apariencia se haya extinto desde hace muchos años, las gentes que viven en torno a su cráter, se consideran en constante peligro de despertar alguna vez entre las nubes, el día en que el volcán vuelva a entrar en actividad.

Tan pronto como la goleta ancló, el gobernador y su esposa, mujer de color, bastante entrada en carnes, que llevaba consigo un loro y un monito, a quienes se comía a caricias, abordaron desde la caleta del arrecife uno de nuestros botes, haciéndose conducir al velero en visita amistosa. El gobernador mostraba especial preferencia por los cocteles de ginebra, y por su parte el capitán se deshizo en amabilidades, dando al matrimonio todo lo que querían. El gobernador era un jovial holandés, viejo y gordo, quien desempeñaba al mismo tiempo los cargos de juez de paz, jefe de policía, médico de la ciudad, cobrador de impuestos, alcaide de la cárcel. Además se jactaba de ser consejero privado de Su Majestad la Reina Guillermina.

Después de trasegar varios cocteles, con la solemnidad de quienes realizan una importante tarea —tanto el hombre como la mujer— éste tomó la palabra para preguntarnos si ya conocíamos las noticias. Le dijimos que no. Nuestra ignorancia constituyó un incentivo para su deseo de charlar. Inmediatamente nos contó que la guerra había estallado en Europa, que el mundo entero estaba dispuesto a tomar parte en ella. Se había declarado entre Francia y Alemania. Los ejércitos rusos ya invadían la Prusia Oriental, mientras los británicos estaban transportando tropas a Francia, a través del Canal.

¡Aleluya!, me dije para mis adentros. Aquí estaba la oportunidad de mi vida. Por fin la tan esperada guerra mundial estaba en marcha. Mi divisa ha sido siempre: *Cuando veas una guerra buena, alista-*

te para combatir en ella. Di entonces gracias a mi buena estrella que me había permitido nacer no demasiado tarde ni demasiado pronto para intervenir en este conflicto universal. Tenía treinta y cuatro años, la edad justa. Mi adiestramiento y experiencia de soldado me harían aprovechar al máximo esta maravillosa oportunidad. Miranda, uno de los libertadores de Venezuela, fue general en los ejércitos de Francia durante la revolución. Yo seguiría tranquilamente una honrosa tradición venezolana al ofrecer mi espada a una potencia extranjera, sin renunciar a mi nacionalidad. Tomé esta decisión de inmediato. Iría a Bélgica, y me uniría a sus ejércitos ya que tenía descartado que las fuerzas alemanas habían ocupado gran parte de su territorio. Ofrecería mis servicios a su causa, sin otra razón que el hecho de que su Rey Leopoldo II, me había simpaticizado desde niño.

En persecución de este plan tan rápidamente concebido, abordé en Saba, una pequeña goleta que iba a St. Kitts. De allí me trasladé a otro barco de vela que seguía rumbo a Trinidad, a donde arribé pocos días después. Según las informaciones que llegaron a mi conocimiento, merodeaban por el Caribe varios cruceros alemanes que hundían todo barco mercante aliado con el cual se tropezaran. Por consiguiente las comunicaciones marítimas estaban prácticamente paralizadas. Convencido de que no tendría oportunidad de tomar vapor desde una isla británica que me llevase a Europa, logré pasaje en un pequeño pesquero que me condujo a Barbados, en donde esperaba por aquellos días el arribo de una nave holandesa, en tránsito para Rotterdam. Cuando llegué a Barbados aquella estaba levando anclas y se dirigía a alta mar. Me abandonaba mi buena estrella. No obstante, persistí en mi empeño poniendo a prueba la tenacidad que siempre me había acompañado en todas mis empresas. Tenía presen-

te que cuando una puerta se cerraba para mí, se me abrían súbitamente dos de par en par. En el caso que me llevaba a dicha isla, demostré que estaba en lo cierto, por lo que me aconteció al día siguiente, muy temprano.

Paseaba nerviosamente de arriba a abajo por el muelle tratando de pensar la mejor manera de ir a la guerra, cuando de improviso un sujeto bien parecido, que tenía todas las trazas de ser hombre de muchas iniciativas, me abordó presentándose como un revolucionario, mostrándome las necesarias credenciales. Ofreció llevarme a la pequeña isla de Granada, al norte de Barbados, noroeste de Trinidad, donde un amigo de él me proporcionaría los medios de transporte hasta Santa Lucía, situada más al norte, al sur de Martinica. El plan no parecía claro, pero era suficiente para mí. Con ello, estaba más cerca de Europa. Por lo tanto, acepté confiado su ofrecimiento.

Dos días más tarde me hallaba en un pequeño velero de un mástil, que partía de Granada hacia Santa Lucía, con un cargamento de hielo. Esperábamos hacer el viaje en dos días para que las gentes de la isla bebieran fríos sus cocteles. Pero el viento y el mar decidieron lo contrario. Dentro de aquel cascarón de nuez pasamos diez días muy completos, en terrible batalla con los elementos y nuestra propia carga de hielo.

El mal tiempo nos persiguió tan pronto como cruzamos la barra. Las aguas verdeoscuro de la corriente del Golfo atacaron de frente la frágil embarcación, y la hicieron girar como una veleta. En esta danza loca nos mantuvimos por milagro durante dos días, al cabo de los cuales pudimos conciliar el sueño, para despertarnos en medio de una inmensa laguna cristalina de aguas azules, limitada por el imponente horizonte. El sol quemaba hasta

las vértebras; no se sentía el más leve hilillo de brisa. Nuestras velas yacían flácidas e inútiles. La goleta parecía sin movimiento, como si estuviera incrustada en un espejo. Ya por la tarde cuando los resplandores solares cayeron perpendicularmente sobre el aquietado mar, las aguas azules más bien parecían haberse vuelto de acero. Ocasionalmente esta ilusión se quebraba ante nosotros al asomar, en rápido envión vertical, un tiburón. Sus torvas aletas, al desaparecer, hendían las aguas cerca de nuestro barco. Los peces voladores saltaban como flechas de plata al espacio que se tendía entre nosotros y el horizonte. Al sumergirse en las ondas, podíamos captar el ruido peculiar que hacían en aquel deslumbrante silencio. Las mantas, especie de pez que parece un gigante murciélago, parecían aletear debajo de las aguas que rodeaban nuestro barco. Por la noche volvió a encapotarse el cielo. De nuevo el viento tormentoso chocó contra velas y jarcias, arrastrándonos a capricho. De vez en cuando surcaban el cielo los chispazos silenciosos del rayo, seguidos poco después por sordas detonaciones, más tarde por el fuerte retumbar del trueno. En la mañana retornó la quietud y serenidad. Parecía que el tiempo atmosférico se estaba divirtiendo con nosotros, castigándonos con sus furiosos latigazos durante la noche, para más tarde, pretender que la presencia de nuestra menuda embarcación le era indiferente. Esta situación continuó hasta hacerse monótona. Mientras tanto, los cañones tronaban en Europa. Ejércitos poderosos se levantaban en interminables líneas de batalla sobre los campos del viejo mundo. Aquí me encontraba yo, merced a la mar bravía, bajo este cielo tropical, sobre una carga de hielo que rápidamente se derretía.

Dando tumbos avistamos al fin la pequeña isla de Santa Lucía. El tener al alcance de nuestras miradas la metá de aquel accidentado viaje no significaba

que hubiésemos llegado a puerto seguro. Por la noche se reanudó la tormenta, arrojando nuestra embarcación de un lado para otro, llevándola a veces a unos cuantos centenares de metros de la playa. Ya en la mañana, otra vez volvió la calma, pudiendo distinguir desde el lugar donde nos encontrábamos, las tranquilas palmeras y los rojos mangos de la costa.

Para empeorar nuestra situación los bloques de hielo que se derretían, chocaban entre sí con el fuerte balanceo de la goleta. Se deslizaban de un lado a otro de la bodega, dando sobre los costados con tremenda fuerza. Aquello parecía como si una manada de carneros hubiese enloquecido, a fuerza de trompicones. Esto acrecía la posibilidad de un naufragio cuando nos hallábamos a poca distancia del puerto. Al término de la décima noche, en medio de una terrífica tempestad pasó súbitamente la crisis, no sin llevarnos un susto mayúsculo. La goleta se inclinó profundamente del lado de estribor, en tal forma que el vientre de la vela mayor quedó sumergido en las aguas. El piloto en aquel momento perdió completamente la cabeza. Consciente del peligro me arrojé sobre el timón, haciéndolo girar frenéticamente a babor, mientras trataba de convencer al marino que no debía perder el control de sus nervios, y que todo marchaba bien, lo cual no era cierto. En mi desesperación, debí manejar el timón con tino, pues el barco se deslizó velozmente hacia la costa, en uno de los momentáneos y caprichosos giros del viento, que nos había estado acosando y estuvo a punto de despedazar la nave. Luego, con otro golpe de timón, ésta se acercó más a la costa, salvándonos de milagro. Para sorpresa mía la goleta se enderezó, en seguro y lento movimiento. Pronto nos hallamos navegando sobre aguas tranquilas, mientras a poca distancia las olas parecían hervir y tronar. Aquello me dejó la impresión de que nos

habíamos arrojado desde un arrecife a un refugio de aguas tranquilas.

Como el viento hinchaba nuestras velas, aprovechamos la relativa pasividad del mar en la costa y pusimos proa a la rada de Santa Lucía, donde llegamos exhaustos, pero dando gracias al cielo, al cabo de dos horas de tempestuosa navegación. Visité al jefe del puerto, el capitán Turner, a quien había conocido en Caracas años antes. Por la tarde le hacía compañía en la azotea de su vivienda, contemplando la mar picada a distancia, mientras bebía whisky con soda. Pero sin hielo.

En los días que pasé en Santa Lucía, la población se hallaba en un estado de nervios próximo al paroxismo, con un tremendo susto que parecía originarlo la guerra muy cerca de la isla. Inspeccioné una larga trinchera que unos jóvenes milicianos cavaron en la playa, al pie de una mole de rocas. En medio del incesante redoble de tambores y sonar de clarines, me di cuenta de que el primer disparo del enemigo, que hiciera blanco en las rocas, forzaría al abandono de la trinchera por sus defensores, con la nube de polvo y piedras que levantase. Fui a la oficina de Turner para darle a conocer mis impresiones. Lo encontré muy preocupado, mientras hablaba por teléfono.

Le participaban que un crucero alemán se dirigía hacia la rada. Corrimos al extremo de la calle. Vimos al efecto un barco de guerra de delgada proa, pintado de gris, que se acercaba a la barra, protegido por una densa columna de humo. A través de ella me pareció ver flamear, del lado de estribor, una bandera alemana. El capitán Turner se dio cuenta de que estábamos perdidos. Una sola andanada de aquella hiena del mar, habría bastado para reducir a escombros la pequeña ciudad, lanzando al espacio sus despojos. Aquel era un terrible momento.

Pocos minutos más tarde cuando desapareció

la nube de humo, descubrimos, para tranquilidad nuestra, que se trataba de un crucero inglés que había sembrado el pánico entre los moradores. Vistas a través del humo las banderas de guerra de Alemania y Gran Bretaña podían confundirse. Fue lo que me ocurrió, al igual que a otros marinos avezados, en el curso de aquella tremenda guerra, a veces para su beneficio, a veces para su ruina.

Cuando un rato más tarde admiraba desde el muelle aquella hermosa y potente nave, no pasó por mi mente ni en sueños la idea de que tres meses después encontraría como enemigos otros barcos con esa misma bandera, a lo largo de las costas de Turquía. Si entonces el capitán Turner, ahora mi cordial anfitrión, se hubiese encontrado conmigo, habría procedido a arrestarme, en vez de ofrecerme su hogar y su exquisito whisky escocés.

A la siguiente semana tomé pasaje en un barco de carga norteamericano, que me llevaría a Fort de France, en la isla de Martinica. Llegué en veinticuatro horas. En esta posesión francesa las oportunidades de embarcar para Europa no eran mejores que en cualquiera otra parte del Caribe. La bahía había sido fuertemente minada. Por los alrededores merodeaba desde el día anterior un crucero alemán. El único buque que se esperaba para Europa era el vapor correo francés procedente de Cayena, el cual no recibía pasajeros, ni siquiera en tiempos de paz. Cada vez se hacía más difícil lograr lo que me había propuesto. Dificultades surgían por doquier. Sin embargo concebí el propósito de irme en esa nave, sin importarme lo que hubiera que hacer para llegar a bordo. Pensé que si abogaba con insistencia por mi causa, como correspondía hacerlo a un soldado, a la larga me saldría con la mía.

Como primera medida visité esa noche cierto cabaret, donde renové mi amistad con una bella muchacha criolla, que actuaba como bailarina en el

establecimiento. La había conocido en mi estada anterior en Martinica, ahora la encontraba más guapa que nunca. Mademoiselle Nanette era una chica de tronío, con amistades muy valiosas e influyentes en la isla. Uno de sus más ardientes admiradores era un rico comerciante franco-alsaciano, que gozaba de enorme influencia con el gobierno. Se sentó a nuestra mesa, que rebosaba de champaña. Con la ayuda de Nanette, nos hicimos íntimos amigos desde aquel instante.

A la noche siguiente volvimos a encontrarnos en el cabaret. Di gracias de todo corazón a mi nuevo amigo. Merced a él ya tenía en el bolsillo un permiso firmado por las autoridades francesas, para viajar en el vapor-correo de Cayena por especial recomendación del gobernador. Llevamos el alsaciano a dormir. Nanette que me había dado pruebas en muchas ocasiones de ser verdadera amiga, siguió a mi lado hasta el alba, cantando como despedida una linda melodía criolla, que aún hoy en día, al paso de los años, suelo musitar cuando me acosa la añoranza de la juventud.

Dos semanas más tarde el vapor francés entraba por la boca del Garona. A tiempo que esto ocurría, un transporte de guerra lleno de tropas francesas, pasaba a nuestro lado, rumbo a Marruecos. Alguien me señaló los baluartes de una vieja fortaleza, semioculta por un bosque de algodoneros, en la cual se hallaban confinados numerosos oficiales alemanes, que habían caído prisioneros en la reciente batalla del Marne. Como las autoridades francesas mostraban mucho celo por los pasaportes, aquello me preocupó largo rato. Sin embargo todo se decidió felizmente a mi favor. Los funcionarios de aduana me dejaron desembarcar sin inconveniente, como recomendado del gobernador de Martinica.

Dejé mi equipaje en el hotel más cercano y me fui al consulado de Venezuela a solicitar pasaporte.

El cónsul rehusó otorgármelo, con la excusa de que yo era un revolucionario. No obstante me trató con cierta deferencia, e intimando un poco más, me confesó que si atendía mi solicitud, perdería su cargo. Por lo tanto seguí a París, con el fin de probar suerte con el Ministro de Venezuela. Pero este diplomático y la mayor parte del personal de la Legación se habían trasladado a Madrid. Sólo quedaba un encargado de Negocios, a quien expuse mi caso, Todo lo que pudo hacer fue darme unas breves líneas de presentación en tarjeta de visita dirigida al cónsul de Venezuela en el Havre, la cual guardé en un sobre que portaba membrete de la Legación de Venezuela en París.

Cuando el tren donde viajaba se detuvo en Rouen por pocas horas, la ciudad rebosaba de reservistas, movilizados apresuradamente hacia el frente de guerra. La estación era una verdadera colmena humana. Mientras paseaba a la ventura entre la multitud, me detuve indiscretamente a contemplar una hilera de rifles que habían colocado contra un muro. Inmediatamente un personaje vestido con ropas de civil, se quitó el sombrero y me pidió con mucha cortesía los documentos de identidad. Conservando mi aplomo, pues sé que el pelotón de fusilamiento funciona con demasiada libertad en tiempos de emergencia nacional, y que un extranjero sin pasaporte, inspeccionando armas era en aquellos días un cadáver ambulante, extraje del bolsillo, con naturalidad el sobre de la Legación de Venezuela en París, y el funcionario me lo devolvió en el acto, sin tomarse la molestia de abrirlo, presentándome toda suerte de excusas.

El cónsul de Venezuela en el Havre se hallaba gravemente enfermo, o quizás había tenido conocimiento de mi presencia. No había manera de que pudiese verlo. Cansado de tantas excusas y evasivas, me dirigí al consulado británico y pedí audiencia al

vicecónsul. Corrí con la suerte de encontrarme con un perfecto caballero. Rió cordialmente cuando le conté mis aventuras desde que salí de Curazao, y luego exclamó:

Admiro su valor. Le daré un salvoconducto, que le permita ir a Londres sin ser molestado.

En el puerto de Dover todo transeúnte tenía que someterse a una exhaustiva investigación. Parecía que las autoridades pensaban que cualquier individuo podía estar introduciendo documentos de contrabando al país, ocultos dentro del propio pellejo. O que las damas podrían llevar hasta claves secretas tatuadas en las partes más bellas y recónditas de sus cuerpos. El salvoconducto que me otorgó el señor vicecónsul en el Havre, me libró de todos esos contratiempos. Los funcionarios no me sometieron a ningún escrutinio. En Londres no experimenté dificultad para obtener el pasaporte del Ministro de Venezuela, que era mi amigo personal. Como una buena medida conseguí también un documento idéntico del señor Ministro de Colombia con quien también cultivaba una antigua y buena amistad. En esos días un hombre que pretendiera viajar por el viejo continente, sin llevar documentos en regla estaba expuesto a que por la más ligera falta lo fusilasen. Las actividades de espionaje del enemigo se realizaban en grande. Todos los gobiernos tenían que mantenerse en guardia.

A la mañana siguiente, a las 11, me encontraba en la Embajada de Bélgica, provisto de monóculo, blancas guetas en el calzado y condecoración en el ojal. El embajador no estaba en su despacho. Me recibió el consejero. Se impuso del objeto de mi visita, y con ceremoniosos apretones de manos, me dijo que lamentaba no estar en condiciones de ofrecerme el cargo que solicitaba. Explicóme que sólo el Ministro de Guerra en Dunquerque tenía facultades para autorizar mi admisión en el ejército regular

belga en las condiciones que esperaba. Es decir, aceptación completa de mis servicios, sin que perdiera mi nacionalidad de origen. El consejero me sugirió viese al jefe de la misión militar de su país en Calais. Su amabilidad llegó hasta concederme unas breves líneas de presentación para dicho oficial.

Cuando me dirigí a Calais sufrí la desaparición de mi equipaje en forma inexplicable. Lamenté la pérdida del frac y del sombrero de copa que me había hecho a la medida. El viejo, el inolvidable Calais se hallaba irreconocible. Sus estrechas, sucias y malolientes calles estaban colmadas de una heterogénea multitud de refugiados, que ambulaban de un lugar para otro, llevando a cuestas grandes atados de ropas. Por doquiera se veían uniformes ingleses, franceses y belgas, todavía nuevos, mezclándose con los gastados dolmanes de los *poilus*, que regresaban después de haber participado activamente en los primeros combates de la guerra. Una línea interminable de ambulancias se movía lentamente hacia los hospitales militares. Entre los heridos pude reconocer algunos uniformes alemanes. Estaba en marcha una gran batalla al norte de Calais.

A pesar de los tambores y clarines, el aspecto general de la ciudad era realmente sombrío. Las autoridades arrestaban a muchos sospechosos en las calles y los llevaban sabe Dios dónde, probablemente para ser fusilados. Porque *la guerre c'est la guerre*. El departamento del servicio secreto alemán trabajaba a tiempo completo en aquellos trágicos días. Por las congestionadas calles desfilaban las baterías con un chirriar de ruedas y voces militares de mando. Los civiles al verlas aproximarse corrían a las aceras para darles paso.

Esa noche, en vista de que no pude lograr acomodo en ningún hotel, alquilé una mecedora en la casa de una amable señorita, quien ya había alqui-

lado su lecho a otros dos viajeros. Me había prometido alimentos y vino para compensarme por la incomodidad de la mecedora. Ella a su vez se echó a dormir, cuando ya nos habíamos cansado de beber y cantar, sobre un viejo colchón, que había extendido en la mesa de la cocina. El coronel que tenía a su cargo la misión militar belga, y a quien visité al siguiente día, resultó ser un soldado veterano, poco amigo de comprometerse, pero muy cortés, como suelen ser generalmente los belgas. Me manifestó francamente que no creía que el Ministro de la Guerra me admitiera en las filas del ejército regular si no prescindía de mi nacionalidad venezolana. Sin embargo, me aconsejó que fuera a Dunquerque de inmediato y expusiera personalmente el caso.

Una hora más tarde me hallaba en camino al citado puerto. El viaje me pareció en extremo monótono, debido a la pobre variedad del paisaje. La carretera se deslizaba por un terreno llano, agrícola, de suelos marrones, simétricamente arados bajo un triste cielo gris. Ocasionalmente este paisaje cambiaba, con la presencia de alquerías, o vastas casas de ladrillo, con techos sucios y remendados. Varias mujeres, que trataron de abordar el tren militar en el cual viajamos, con el objeto de ver a sus esposos en el frente, no lo lograron. No era permitido por las ordenanzas. En mi concepto era una buena medida. Realmente las mujeres, con excepción de aquellas que sirven como enfermeras, se convierten en verdaderos problemas para los ejércitos.

Llegamos a Dunquerque a las 8 de la noche. Advertí que el puerto se hallaba dentro de la zona de guerra, al alcance de la artillería enemiga de mediano alcance. Se sentía el fragor de los disparos traídos por la brisa de la noche que batía del norte y del oeste. Los ejércitos cañoneaban incesantemente. Aquel estruendo diabólico era un anticipo de la tragedia que se avecinaba, aunque los fuegos de la

guerra llenaban de alborozo mi corazón. *Yawash, Yawash*, como suelen decir los turcos. Me aproximaba lentamente a la meta perseguida. Nada es comparable al gozo que se siente cuando uno va teniendo cada vez más próxima la oportunidad por la cual se ha luchado tanto. Nada como buscarla y entregarse a ella, nada como asirla y aprovecharla cuando llega. Estas crudas expresiones representan los principios fundamentales en los cuales se basa el éxito militar.

En la estación tomé un viejo y destartado fiacre, del cual tiraba un flaco Pegaso, que seguramente había perdido sus alas. A duras penas se movía sobre el piso adoquinado del antiguo e histórico Dunquerque, cuyas aceras se hallaban también colmadas de refugiados y soldados. Las calles trepidaban al paso de los furgones de artillería tirados por pesados y recios caballos, junto al acompasado golpetear de innumerables pies, calzados con los peculiares suecos flamencos que hacían más resonantes los adoquines. Media hora empleó el fatigado Pegaso para llevarme hasta el mejor hotel de la ciudad. Al frente se levantaba una estatua de bronce de un viejo pirata flamenco con el símbolo de *ayúdate a ti mismo y Dios te ayudará*.

El hotel se hallaba extrañamente iluminado, lleno de gente hasta las puertas. Al llegar hice registrar mi nombre como pasajero, lo que equivalía ponerme en las manos del azar para conseguir un colchón en donde dormir. Pasé al comedor, con la intención de tomar opípara cena, pues me hallaba desfallecido de hambre. La sopa no sabía mal. Cuando me deleitaba tomándola, con simpatizante espíritu bélico, se acercó solemnemente a la mesa el mozo que me atendía, para decirme que una persona en el salón deseaba hablar conmigo. Tal interrupción me molestó, pero siguiendo mi vieja divisa *antes muerto que mal educado*, abandoné el come-

dor para ver al inoportuno visitante. Se trataba de un capitán del ejército francés, quien me pidió con cortesías pero secos modales, que le acompañara a la comandancia de armas —cuartel general militar— para que probase que no era un espía alemán.

Había ocurrido lo que temía. Un pelotón de soldados, de cuya presencia no me había dado cuenta, me rodeó con bayonetas caladas, para darme escolta hasta la comandancia. Y he de confesar que en aquel momento esperaba me despachase bien pronto para el otro mundo por dictamen de una corte marcial en medio de un redoble de tambores, después de ponerme frente a un pelotón de fusilamiento, en algún patio interno del cuartel. No era nada agradable marchar entre dos filas de soldados con sus amenazantes bayonetas caladas, a lo largo de calles que estaban repletas de gentes en pleno paroxismo nacionalista. Se sentían felices cuando alguien iba a ser fusilado. Tal como yo veía las cosas en aquel momento, lo que me reservaba el destino era ser llevado al patíbulo. En aquellos días de guerra, las autoridades militares francesas no podían ni debían perder su tiempo en el examen de los antecedentes completos de los extranjeros que por azar aparecían en poblaciones fortificadas, tan importantes como Calais y Dunquerque. Recuerdo al amable sargento que comandaba el pelotón. Me tocó ligeramente en el brazo y me dijo: *no se preocupe, hijo mío. Todo se arreglará.*

Aquello no dejó de sorprenderme, pues pensé que tal vez tuviese buena información sobre lo que ocurría. O quizás pensara que la muerte era el fin de todos los sufrimientos humanos, y que cuando uno pasaba a mejor vida ya no había nada de qué preocuparse. Le miré con curiosidad. Por mi mente cruzó el pensamiento de que tal vez él podría ser el espía alemán. Aun todavía no estoy bien seguro de que no lo fuese porque el servicio de inteligencia germano

llegó a tener miembros eficientes en todas partes, en aquellas primeras desconcertantes semanas de la guerra mundial.

La comandancia de armas estaba instalada en un sucio edificio gris, bajo la custodia de una compañía de soldados franceses en uniforme de campaña recién estrenados. Me condujeron por unas resonantes escaleras de una sala mal alumbrada con una lámpara de gas, sitio que me pareció bastante apropiado para la reunión de una corte marcial de esas que se ven en las películas. Oscuro. Melodramático. Ominoso. Lo que faltaba para hacer completa y perfecta la atmósfera de cine, era una orquesta que estuviese tocando la *Marcha fúnebre* de Chopin.

El oficial de guardia estaba sentado con otros colegas, en torno a un imponente escritorio. Aquello parecía realmente una corte marcial regular esperando su nueva víctima. Los oficiales se pusieron de pie y respondieron mi saludo militar con otro igual. Los franceses jamás abandonan las reglas de cortesía.

El mismo oficial de guardia indagó por mis documentos de identidad, con mucha afabilidad, pero también con gesto de hombre muy ocupado. Sin decirle palabra le tendí mi pasaporte diplomático, un certificado del Ministro de Colombia en Londres, en el cual me recomendaba a todos los cónsules de su país en Francia. Una carta de identificación, dos de recomendación, firmada una por el consejero de la embajada belga en Londres y la otra por el jefe de la misión belga en Calais. Todos los oficiales leyeron atentamente los documentos. Entonces el oficial de guardia me devolvió los papeles, con sus excusas muy corteses, asegurando de paso que tal error no se volvería a repetir.

Todo lo que pude responderle fue: *Merci, mon capitain*, y con toda la rapidez de que era capaz salí de aquel lugar dirigiéndome a mi hotel para termi-

nar el empezado plato de sopa. Sin embargo tuve que irme a la cama aquella noche con un hambre de buitre. El restaurant y todos los demás de la ciudad habían cerrado. Había ley marcial y el toque de queda, regía desde las 9 p.m. No obstante, me sentía muy contento del fin de esta aventura, porque los oficiales no habían considerado necesario hacer preguntas sobre mi pasado y mis relaciones. Por ellas se hubieran impuesto de que había sido educado en Alemania desde la edad de siete años, que mi cuñado era un miembro de la nobleza alemana, oficial de la Guardia Imperial, etc. Si hubieran tenido conocimiento de estos antecedentes habrían ordenado mi fusilamiento en el acto. Y sin razones de mi parte para protestar, pues yo habría procedido en la misma forma bajo circunstancias semejantes. En época de guerra no puede haber indulgencia, ni dejarse guiar las autoridades por consideraciones humanitarias cuando de sus actos depende la vida de millares de soldados, que son compañeros de armas.

El Ministro de Guerra estaba fuera. El Ministro de Estado tampoco se hallaba en Dunquerque. Los funcionarios que habían quedado en la vieja casa municipal del puerto, no podían responder a mi petición hasta que uno o ambos de los ministros se hallaran en sus despachos, pues habían sido convocados al cuartel general del ejército de Su Majestad en Furnes. Afortunadamente los ministros regresaron al día siguiente.

Cuando me dirigí a la oficina del Ministro de Guerra, vi pasar un oficial británico, bajo fuerte escolta de soldados belgas con bayonetas caladas. Se trataba de un espía que había sido capturado con papeles comprometedores. Lo conducían a la misma comandancia, de donde me pareció entonces que yo había escapado hacía dos días, merced a mi buena suerte.

El ministro me recibió con extrema cordiali-

dad, y se mostró muy amable cuando advirtió mi monóculo y la Orden del Libertador que llevaba en el ojal del paltó. Estaba lejos de saber que la condecoración me la había regalado el Presidente Castro, sin ningún motivo, cuando era apenas un niño, y que sólo era de cuarta clase. Lo cierto es que toda clase de medallas y condecoraciones son de uso obligado y común en Europa. En algunas cortes del viejo mundo aquél que no haya sido iniciado en las interioridades del protocolo, se expone a confundir un mayordomo uniformado con un alto Chambelán, pues ambos usan medias de seda, calzones a la rodilla y levitas con galones dorados. La única diferencia que puede advertir el observador avezado al trato de estas gentes, es que el mayordomo muchas veces está dotado de cerebro más brillante que Su Excelencia. El afable ministro no podía hacer nada en provecho de mis planes. Me dio el consejo de que visitase al Rey en Funes, escribiendo de su puño y letra una nota donde agradecía mi generoso ofrecimiento, en nombre del gobierno de Bélgica. Mientras Su Excelencia derramaba cortesías sobre mi persona, como suelen hacer los diplomáticos cuando quieren negarnos un favor, los cañones enemigos tronaban a unos pocos kilómetros de distancia. Yo pensaba que la guerra acabaría de un momento a otro, sin que pudieran ser utilizados mis servicios.

Esa misma tarde dos aviones militares alemanes volaron sobre Dunquerque. Las ametralladoras instaladas en la torre de la catedral no pudieron alcanzarlos con sus disparos. Toda la ciudad se mantuvo en estado de alerta y los habitantes con los nervios destrozados ante las dos silenciosas amenazas volantes que hacían círculos sobre la población.

Varios trenes cargados de soldados británicos llegaron ese día. No pude reprimir la admiración que experimentaba por esos oficiales bien vestidos y adiestrados que se lanzaban tan galantemente a la

refriega. En ellos se daban combinadas las cualidades de un soldado, de un caballero y de un deportista, las cuales hacen que el oficial británico sea estimado a dondequiera que va. Con dos de ellos trabé amistad. Por la noche nos sentamos juntos en un café a compartir algunos tragos para matar el tiempo. Mientras conversábamos hubo una conmoción en la calle. Todos tres corrimos a informarnos de lo que ocurría. Vimos que un general francés era arrestado por un sargento belga, pasadas las 9 de la noche. El general había olvidado sus papeles, con lo cual no pudo ser identificado. El furioso general y su edecán fueron obligados a marchar entre dos filas de bayonetas hacia la comandancia mientras los dos oficiales británicos y yo reíamos de buena gana por el suceso. Bebíamos a la salud del disgustado general, que aparte de las molestias del momento, nada tenía que temer. Sería reconocido, por el oficial de guardia.

Los aviones alemanes aparecieron de nuevo sobre Dunquerque al siguiente día. Ahora con el propósito de bombardear, como en efecto lo hicieron. Arrojaron dos bombas. Una de ellas atravesó el techo de un hospital militar, haciendo explosión en la planta baja, en donde resultaron lesionados varios soldados ya heridos en el campo de batalla, que justamente se encontraban allí. La otra bomba cayó en la calle y horadó el pavimento, en un lugar situado entre mi hotel y el edificio del Ayuntamiento, que había sido el blanco asignado. El impacto produjo rotura de cristales de las ventanas en varias cuadras a la redonda.

Yo dormía la siesta y desperté en medio de un diluvio de esquirlas de cristal.

Una hora después el comando militar dictó una nueva orden del día, cuyo texto fue fijado en todas las esquinas de las calles. Se decretaba que todos los extranjeros residentes en Dunquerque debían aban-

donar el puesto en el término de veinticuatro horas y que los súbditos alemanes y austro-húngaros, ya fuesen hombres o mujeres, que fueran sorprendidos dentro de los límites de la ciudad después de ese plazo, serían fusilados sin fórmula de juicio.

Estas drásticas disposiciones por lo que a mí convenía hacían imposible mi permanencia en el lugar. Había hecho arreglos para dirigirme a Furnes al siguiente día con el objeto de visitar a Su Majestad el Rey de Bélgica. En vista de esto me vi precisado a acudir a la Comandancia de Armas para lograr el visado de mis documentos. En la comandancia un coronel francés, a quien jamás había visto, pero que ya conocía los motivos de mi viaje a Europa, se me acercó mientras hablaba con mis amigos ingleses, para decirme en tono protector:

Querido amigo, ¿cómo es posible que los belgas hayan rehusado aceptar sus servicios? ¿Por qué no se une a nosotros, los franceses?

Está usted equivocado, le repliqué en el acto. Los belgas no han rechazado mis servicios. Tengo que ver al Rey, quien es la única autoridad que puede tomar decisiones en este caso y Su Majestad se halla en Furnes. Fui amigo de Leopoldo II, el padre del actual soberano, y abrigo la esperanza de que el Rey Alberto me recibiría en el ejército regular belga, sin obligarme a abandonar mi nacionalidad. Como ya no puedo ir a Furnes, con placer me uniría al ejército regular francés, si me lo exigieran en forma oficial, pero siempre con la condición de conservar mi nacionalidad venezolana.

¡Cómo! Pide usted ser admitido en nuestro ejército regular, replicó agriamente el coronel. ¡Jamais de la vie! Para caballeros como usted tenemos la Legión Extranjera.

No me tomé el trabajo de replicar a su ridícula arrogancia de museo. Sencillamente le volví la espalda. Continué conversando con mis amigos ingle-

ses, mientras el coronel, después de soltar unos cuantos juramentos como cualquier carretero, se marchaba para olvidar la torpeza en que había incurrido. Desde luego habría sido poco noble juzgar de la proverbial caballerosidad del cuerpo de oficiales del ejército regular de Francia por el comportamiento de este pelmazo de coronel. Tontos como éste se encuentran en todos los ejércitos del mundo.

No fue una senda de rosas la que recorrí para ser finalmente aceptado en los ejércitos turcos bajo las condiciones que me había propuesto. A esa nación le rendí servicios que gustosamente hubiera prestado a la causa aliada. Pero es el caso que nadie habrá experimentado como yo tantas dificultades para combatir, antes de calarme el kalpak y comandar a 12.000 bravos, bajo las banderas del Profeta.

En Montenegro escapé de milagro de ser ejecutado como espía alemán (acerca de este incidente escribí extensamente en mi libro *Cuatro Años bajo la Media Luna*). Los últimos días del año 1914, me encontraron en Sofía, Bulgaria, donde visité a mi viejo amigo el general Savoff, comandante en jefe del ejército búlgaro durante la guerra balcánica. También traté allí a Von der Goltz y a Fethi Bey, ministro de Turquía en Bulgaria. Estos dos caballeros me invitaron a unirme inmediatamente a los ejércitos de las potencias centrales, sin la pérdida de mi nacionalidad, simplemente bajo mi palabra de honor. De esta manera quedó reconocido mi derecho a batirme en esa gran guerra en los términos que había señalado.

Dos días más tarde llegaba a Constantinopla, donde fui recibido en seguida por el Mariscal Liman Von Sanders, jefe de la misión alemana en Turquía, y héroe de la campaña de los Dardanelos. Tanto él, como el general Bronsart von Schellendorf Pachá, jefe de Estado Mayor de los ejércitos turcos, me presentaron a Enver Pachá, quien me favoreció con

su amistad. Me ofreció una misión como oficial superior en el ejército regular turco bajo mi palabra de honor de caballero y soldado de que defendería y honraría la bandera de ese país, mientras estuviese a su servicio. Este juramento lo cumplí fielmente hasta el fin de la guerra mundial.

Dos semanas después era destinado a la pequeña población de Erzyndian, en el corazón del Asia Menor, la cual estaba rodeada por guerrillas kurdas y armenias, que infestaban las montañas del Cáucaso. Me hallaba adormilado, en mi lecho de campaña, a primeras horas de la mañana de este día, mientras en las manos de mi fiel ordenanza Tasim, se enfriaba la segunda taza de fuerte café turco, que tenía por hábito tomar.

En el término de pocos meses me había transformado de jefe rebelde de soldados llaneros que peleaban contra la dictadura de Gómez en Venezuela, en un oficial de la Media Luna, que ahora combatía contra los ejércitos de las mismas naciones que habían rehusado aceptar mis servicios unos días antes.

Después de todo, una causa es una causa. Puede que sea más o menos justa. Lo que se diga en su defensa, podrá ser más o menos cierto. Pero ¿quién tiene la razón? La guerra es la guerra, como dicen los franceses. Yo, como soldado profesional, naturalmente tenía que tomar parte activa en esa guerra.

EL SITIO DE LA CIUDAD DE VAN

EL SANGRIENTO ASEDIO de la ciudad de Van, capital de Armenia, llegaba rápidamente a su fin. Paseaba yo de arriba a abajo, por una de las muchas terrazas del *kalesi* o castillo, situado en la cúspide de un monte o farallón casi perpendicular, de media milla de largo, situado en las afueras de la ciudad. Este monte se asemejaba a una ola gigante a punto de romperse sobre la costa, en el presente caso, la ciudad amurallada de Van. Dentro de esas construcciones defensivas se levantaba la población, formada por una masa de edificios de techos planos, de dos o tres pisos. A la distancia se la veía yacer enclaustrada, en una especie de semicírculo al pie de la vieja roca llamada del castillo.

Mientras me movía nerviosamente de un punto a otro en la terraza principal del *kalesi* no podía dejar de pensar en la manera como el azar conforma a veces el destino de los hombres. Aquí estaba yo, guerrillero venezolano, convertido en un *giaur*, un sucio perro cristiano, apretando el cerco de acero, a la cabeza de doce mil soldados turcos, luchando contra treinta y cinco mil guerrilleros armenios, en la ciudad capital de sus antepasados. En mi fuero interno no condenaba a los armenios, por odiarme y despreciarme. No había otra manera de salir del paso. Por lo tanto, me ceñía reciamente a mi deber, dándome cuenta de que mi sino era que los acontecimientos se sucedieran de aquel modo trágico.

La ciudad y el castillo estaban rodeados por una espesa nube de humo. Habían sido zarandeados y golpeados durante veinte días consecutivos por los

obuses. Era incesante el tableteo de las ametralladoras y las descargas de fusil que se escuchaban a la distancia como el rumor atenuado de una poderosa catarata. En los encuentros cuerpo a cuerpo corría la sangre y se sucedían las matanzas. Tanto los turcos como los armenios se odiaban a muerte y se combatían al estilo oriental. El yatagán y la cimitarra trabajaban a tiempo completo. La Cruz y la Media Luna estaban peleando con desesperación, por el control de las tierras altas de Armenia, sobre las cuales se deslizaban los tres o cuatro pasos de montaña que conducían del Asia Central y Anatolia, luego a través del Bósforo, a Europa. La eterna meta de todos los conquistadores asiáticos.

Nuestra lucha feroz y aquel fuego sin tregua de la artillería pesada, habían convertido las dos terceras partes de la ciudad de Van en un amasijo de ruinas y despojos llameantes y humeantes, que parecía erupcionar lavas de odio, como un volcán en actividad. De las casas se elevaban al cielo gigantes columnas de humo. Lenguas de fuego parecían llenar el horizonte de innumerables cascadas de un resplandor purpúreo. Era en verdad una escena terrible y dantesca. Me acordaba de un antiguo adagio: *¡No existe la misericordia al este del Helesponto!* El combate se iba extendiendo a las aldeas cercanas. No podía dejar de estremecerme cada vez que contemplaba desde la cumbre de la fortaleza que habíamos tomado, las aldeas y los caseríos que habían sido pasto de las llamas. Sobre ellas aleteaban bandadas de cuervos que graznaban, mientras se disputaban con los perros hambrientos los cadáveres de los caídos, tanto turcos como armenios, que llenaban las estrechas calles de Van y los campos circundantes. Era imposible dar sepultura a esos cadáveres, en vista del mortífero fuego que nos hacían los armenios, quienes combatían como demonios encerrados en una jaula. Pero lo que más me preocupaba

en aquellos momentos era unos edificios de rojos ladrillos, que sobresalían singularmente en el suburbio de *Aiskedan*. Tales edificios estaban protegidos por la bandera americana. Se trataba de una misión evangélica, en la cual doce o veinticuatro misioneros corrían el riesgo de ser aniquilados por las baterías turcas.

Esos misioneros —debo confesarlo— se convirtieron en aquellos días en el mayor de mis dolores de cabeza. Por salvarlos pendió sobre mí, como espada de Damocles, la tremenda sentencia bíblica de muerte silente, por veneno o daga, durante los cuatro años que serví en el ejército turco. Todo sucedió así. El día que asumí la dirección del sitio de Van por orden de Enver Pachá, secretario de guerra y vicegeneralísimo del ejército otomano, advertí que dos cañones de montaña, del tipo Mantelli, apuntaban los edificios de la misión norteamericana. Los inmuebles ofrecían a la distancia magnífico y tentador blanco para cualquier artillero. Cuando llamé la atención al gobernador Djevded, el *vali* de Van, sobre el emplazamiento de aquellas piezas, le señalé que su modo de proceder era contrario a las normas del derecho internacional, porque los Estados Unidos eran una potencia neutral. Djevded me replicó en tonos de excusa: *lo siento, mon cher camarade...* E inmediatamente movió los cañones hacia otra posición. Sin embargo, a pesar de su cortés sonrisa —líbreme Dios del turco que sonríe— me di cuenta del profundo disgusto que le causaba verse sorprendido en sus tretas. Evidentemente bombardearía la misión cuando yo estuviese en otra parte. De ese modo eliminaba los misioneros norteamericanos, quienes no le simpatizaban. Como jefe del sitio la culpa sería mía. Es indudable que desde aquel momento, Djevded, temeroso de las graves consecuencias que sus designios le traerían más tarde, con el mayor sigilo, en connivencia con

su pariente, el coronel Khalil Bey, acudió a todos los medios para salir *bonitamente* de mí, como dicen los orientales. Y probablemente lo habría logrado, si por casualidad no hubiese descubierto que yo era... *de Missouri*.

No esperaba ver de nuevo combates tan furiosos como los que presencié en el sitio de Van. Nuestros 12.000 turcos mantuvieron a Aram Pachá y sus 30.000 armenios en un círculo de acero por veinte días. Se nos atribuye la hazaña de haber disparado 12.000 cañonazos sobre la ciudad en las primeras semanas del sitio. Fuera moro o cristiano, cualquiera que cayese en manos del enemigo era hombre muerto. Tratar en esos días de salvar la vida de un prisionero habría sido empresa suicida. Los bríos de nuestros hombres eran tan terribles que en numerosas ocasiones emplazamos piezas de artillería en las casas ya tomadas, con el fin de abrírnos paso a través de los muros que nos separaban del enemigo... Doquiera estallaban los proyectiles, se derrumbaban los edificios y caían los techos reducidos a escombros, levantando columnas de humo y polvo amarillento. Ambos se mezclaban con una lluvia de chispas, que al diseminarse llovían sobre los combatientes semejando un mar de lava derretida. Tan pronto como ocupábamos un edificio éste era incendiado, para impedir que el enemigo tratase de recuperarlo durante la noche. Al comienzo del sitio los armenios pretendieron inducir a mis hombres a la rebelión, gritándoles, por encima de las trincheras: *¿Por qué habéis aceptado como jefe a ese giaur? ¿No veis que sólo es un perro cristiano como nosotros?*

Con los cabellos chamuscados, las caras ennegrecidas por la pólvora, casi sordos por el tabletear de las ametralladoras y las cargas cerradas de nuestros fusileros, habíamos logrado avanzar algo. Lentamente, por obra de incontables sacrificios, nos

íbamos moviendo hacia el corazón de aquella obstinada ciudad, que los armenios defendían con la demencia de la desesperación, entre los muros de las casas que iban consumiendo las llamas de la guerra y que nuestros cañones convertían en pilas de escombros.

Con esas escenas de locura y pesadilla frente a mis ojos hundidos en atroz decaimiento, aquella mañana, estaba sentado al lado del gobernador Djeveded en una de las terrazas de la ciudadela. Desde allí veíamos a nuestros pies, convertida en una hoguera descomunal, como una fiesta de fuegos artificiales, la ciudad de Van. El gobernador era un hombre que frisaba los cuarenta años. Llevaba bigotes cuidadosamente atusados. Era de contextura delgada, de tamaño un poco más que mediano. Vestía a la última moda de París, prendido en el ojal un clavel rojo. Sus abundantes cabellos negros y sus sombríos ojos de mirada profunda, contrastaban con la intensa palidez de sus distinguidas y bien formadas facciones. Era hombre cortés y culto, como un genuino osmanlí. Además, generoso, aunque este rasgo de su carácter estaba sometido a los caprichos de su voluntad. Pese a todas estas buenas cualidades Djeveded era hombre de temer debido a sus grandes ambiciones. Cualquiera que le molestase, cualquiera que supiese más que él, incurría en su odio mortal. Buscaba la manera de apartarlo de su camino, lo más pronto, sin el menor escándalo. No tenía escrúpulos para administrar venenos ni para echarle el lazo corredizo de los estranguladores. Tenía a su disposición las balas de sus jenízaros, comandados por su capitán de policía Reshid Effen-di, generalmente el ejecutor de sus órdenes secretas. Por esa razón me hacía acompañar siempre, a todas partes, por Tasim Chavush, mi ordenanza.

En esta ocasión el fiel Tasim estaba detrás de nosotros, la mano derecha descansando en la culata

de su fusil ametralladora. Mi criado permanente, Mustafá, mi cocinero, Mr. Silverstein, se sentaban con las piernas colgantes, por sobre el borde de la terraza, aparentemente en muda contemplación del incendio de la ciudad. En realidad con un ojo fijo en el lugar donde yo me hallaba, muy conscientes de lo que entre nosotros ocurría. También ellos sospechaban que algo podía pasar. Afortunadamente para todos nada ocurrió ese día. Djevded era demasiado precavido como para no darse cuenta de que aun cuando él tuviese el comando civil, si atentaba contra mí, llevaría la peor parte, porque yo tenía la jefatura de las fuerzas militares. Por lo tanto, con sonrisa complaciente, el hermano Djevded aprobó de muy buen grado mi sugerencia de partir en seguida para la frontera persa, con el fin de detener el avance de 30.000 rusos que venían a marcha forzada a romper el cerco de Van. Durante mi ausencia, Djevded quedaría encargado de la jefatura de las fuerzas que sitiaban la capital de Armenia. Sin embargo, tal vez temerosos de que revelase más tarde en Constantinopla su intención de bombardear la misión norteamericana y contase algunas de sus bellaquerías, ordenó al comandante Burhan-Ed-Din seleccionar mi escolta entre el grupo de hombres de su confianza. Esto significaba en buen turco, que los soldados destinados a proteger mi persona, podrían asesinarme limpiamente en el viaje. Tuve conocimiento del plan una hora más tarde. Un oficial amigo me hizo la confidencia antes de partir. Con el fin de poner las cosas en su puesto, convoqué a todos los militares que servían bajo mi mando, y les dije sin ambages lo que pensaba. Mostraron tal disgusto por la mala fe del gobernador, que mis dos principales subalternos, Aghmed y Kiambulat, se ofrecieron voluntarios para acompañarme. Naturalmente, no podía permitir eso. Con mis ordenanzas y la escolta que estos oficiales seleccionaron para mí, partí al día

siguiente hacia el desfiladero de Kotur Dagh, en la frontera ruso-persa, sin que Djevded pudiera inmiscuirse en los arreglos que había hecho.

Doce horas después de mi marcha, Djevded lanzaba veintiséis bombas sobre los edificios de la misión norteamericana. Por efecto de esos disparos quedaron demolidos. Resultaron muertos y heridos varios misioneros. Era un cruel atentado que no se habría cometido, mientras yo estuviese dirigiendo el sitio.

Uno de los más agradables incidentes —siempre las malas cosas de la vida tienen su lado bueno— me ocurrió una tarde cuando me arrastraba a la cabeza de una partida de zapadores, por nuestra tierra de nadie. Esta zona de peligro era en Van el área devastada de la población. Nos deslizábamos con mil precauciones, en medio de un montón de ruinas, en la parte opuesta de algunos edificios de donde los *comitadchis* armenios hacían fuego sobre los servidores de nuestras baterías en la roca del castillo, cuando mi adicto servidor Mustafá, que me guardaba las espaldas me asió por una pierna, mostrándome con el dedo, una ventana abierta. En ella observé que alguien prendía un fósforo para encender una lámpara de kerosene. Luego se sentaba al piano para hacernos gustar por media hora algunas de las más tristes y bellas melodías que jamás oyera. Se trataba de una joven, probablemente estudiante de la misión norteamericana. Cantaba algunas canciones de ese país. Una entre ellas, *deary, oh deary*, me era bastante conocida. La había escuchado en Nevada, en la época de la fiebre del oro. El contraste entre el feliz y despreocupado Nevada Méndez, exvaquero, minero en Alaska, y Bey Nogales, comandante del sangriento sitio de Van, me impresionó tanto, que en aquel momento llegué a sentirme como en un sueño. Un sueño del cual me despertó el grito contenido a duras penas al ver que

uno de nuestros voluntarios turcos, lentamente se llevaba el fusil a la cara y apuntaba a la muchacha. Por fortuna actué a tiempo para evitar aquel asesinato a sangre fría. Nuestro pequeño ruiseñor siguió trinando sin sospechar que había estado tan cerca de la muerte.

Mientras tanto, desde las ventanas próximas los comitadchis, armenios de negras barbas, juraban y disparaban sobre nuestras cabezas. No supieron jamás que el *Sheitan Osmanli* como me apodaban, estuvo al alcance de sus rifles, disfrutando con relativa calma los bellos cantos de su pequeña hermana armenia de ojos melancólicos.

DEFENSA DEL DESFILADERO DE KOTUR DAGH

DESPUÉS DE DEJAR encargado del sitio de la desventurada ciudad de Van al gobernador Djeveded, corrí a la frontera persa, con sólo una escolta de hombres armados. Intentaba detener a los 30.000 rusos que volaban en marchas forzadas, con el objeto de rescatar la capital de Armenia.

En el desfiladero de Varak chocamos con una banda de *comitadchis*, que en los primeros momentos nos presentó dura resistencia, pero finalmente se retiró al amparo de un cañón cercano, perseguida activamente por algunos de nuestros hombres.

Al siguiente día cruzamos los picos nevados de Kotur Dagh, donde Ibrahim Effendi, comandante de las fuerzas que defendía el paso, me entregó un mensaje de Tchefik Bey, vicegobernador de Bash-Kale. Tchefik me rogaba que asumiera la defensa de Kotur Dagh, sobre la frontera persa, donde un puñado de turcos trataban de detener la avalancha rusa, cuya presión se hacía cada vez más fuerte.

Aquella unidad turca estaba formada solamente por mil voluntarios turcos y kurdos, comandados por oficiales del ejército regular y de la gendarmería. Como el objeto de mi misión era precisamente detener el avance de los rusos, que iban al rescate de la ciudad de Van, atravesé con la mayor celeridad las polvorientas llanuras de Bask-Kale.

Esa misma tarde a las 3 tomé el mando del puñado de veteranos que ya eran hostigados por la vanguardia rusa. El desfiladero de Kotur-Dagh es

un paso estrecho de los montes de Kurdistán que entonces bordeaban la línea fronteriza turco-persa.

Nuestros hombres ocupaban posiciones ventajosas a lo largo del paso. Estaban dando buena cuenta de varios *sotnias* de cascos siberianos, que iniciaban un ataque frontal. Estos cosacos eran gente muy pintoresca, encapuchados en sus kalpacks de pieles de oveja que parecían crestas de gallo sobre sus cabezas, haciendo marco curioso a sus caras quemadas por el sol y cerradas de barbas. Las sueltas extremidades de sus kaftanes azules y rojos flotaban salvajemente al aire. Daban foetazos y espoleaban sin misericordia a sus pequeños y peludos corceles, mientras gritaban y blandían frenéticamente sus anchas y deslumbrantes cimitarras sobre sus cabezas.

Cada uno de esos jinetes llevaba a la grupa un infante que saltaba a tierra, donde lo juzgaba conveniente, y corría a guarecerse detrás de una roca, para proteger el avance con el fuego de su rifle, durante las cargas de caballería. Era una combinación excepcional, bastante útil, de los métodos de guerra antiguo y moderno, que hacía que el ataque de estos cosacos fuera realmente formidable.

Resultaba interesante verlos maniobrar en derredor como enjambre de furiosos abejones. Unas veces atacaban de frente, bajo la protección de sus avezados tiradores. Otras, desaparecían al abrigo de los montes vecinos, para reaparecer súbitamente por nuestros flancos, donde nuestros ametralladoristas los esperaban, haciéndolos huir a distancia, con decenas de bestias ya sin jinetes.

Por una contraofensiva que lanzamos esa misma tarde, rechazamos y contuvimos con éxito el segundo ataque de los rusos, hecho que me produjo considerable ansiedad al principio. Pero mis kurdos seguían firmes en sus posiciones. La victoria era nuestra. Durante las luchas cuerpo a cuerpo de ese

día mi ayuda de campo Ahmed Effendi, que había sido estudiante de la Universidad de Heidelberg, estuvo a punto de caer prisionero del enemigo.

Mientras procuraba evadir un sablazo traicionero que me lanzó un cosaco, Effendi se agarraba con él. Ambos rodaron por la inclinada pendiente de un montículo. Una partida de voluntarios kurdos lo rescató y condujo sano y salvo, a la posición que ocupábamos, antes de que la caballería enemiga los rodeara e hiciera prisioneros.

Fue una hábil escapada de Ahmed Effendi de manos de los rusos, gracias al valiente comportamiento de nuestros kurdos, de los que nos sentíamos tan orgullosos. Sin embargo, a juzgar por la forma como escalaron la pendiente, ninguno parecía que deseaba gozar las delicias del paraíso, que el profeta reservaba a los caídos por la patria.

Se acercaba la hora del crepúsculo cuando vimos por última vez ese día quebrarse los rayos de un sol rojo ladrillo en los brillantes sables de los cosacos. Para alivio nuestro caía la noche sobre los montes, la luna iniciaba su ascenso en un cielo colmado de estrellas. A distancia percibíamos los fuegos del campamento ruso de donde se elevaban estrías de humo y brillaban luces que se nos antojaban misteriosas. El ominoso silencio nocturno sólo era roto ocasionalmente por el triste aullido de un solitario chacal, o el estridente grito de un ambulante leopardo, que parecía descender de los circundantes y sombreados picos montañosos.

Después de una sopa frugal, acompañada de un pedazo de pan duro y agua, hice los preparativos para la defensa de nuestras posiciones al siguiente día. Pasada la medianoche partí con mi escolta hacia la ciudad de Bash-Kale, donde me proponía esperar la llegada de los Beys Kiasim y Khalil. Debían venir al día siguiente, con dos divisiones mixtas y tres brigadas de voluntarios turcos, kurdos y circasianos.

Después de la derrota sufrida por Khalil, cerca de Shehir-Salamés, ambos generales lograron engañar a los rusos, tomando por un paso montañoso desconocido, en las proximidades de Tocaragua, al sur de Bash-Kale.

Desgraciadamente, después de alejarnos un buen trecho de nuestro campamento, tuve que regresar con el objeto de dar al capitán Fuad Effendi, algunas órdenes adicionales para la defensa del desfiladero. Por esta demora no pude reanudar la marcha antes de las cuatro de la mañana. El alba nos sorprendió a la entrada de un cañón montañoso que desembocaba en la llanura de Tchoug.

Mientras trotábamos pensando en las delicias de una buena comida, no pude evitar la muda contemplación de las hermosas planicies en aquella parte del agreste sistema montañoso del Kurdistán. Aparecía ante mis ojos, rodeado por colinas plateadas, las cuales brillaban como diamantes, al proyectarse sobre ellas los rayos del sol naciente. Dudaba de que hubiese en otra parte un paisaje más hermoso, especialmente hacia el oriente. En un mundo diáfano, ornado de marfil y oro, la torre de Ejebel emergía clara, blanca como la nieve, mientras al norte, el Ararat lanzaba resplandores, y parecía elevar sus picos hasta el luminoso astro. Cuenta la tradición que el Arca de Noé se detuvo a reposar allí cuando amanecían los tiempos.

Me había alejado al trote unos doscientos pasos de mi escolta. Olvidaba todo lo relativo a los rusos. Mi atención estaba concentrada en aquel paisaje extraordinario que nos rodeaba, cuando al tomar una curva del camino que discurría por el profundo cañón, mi caballo chocó con uno que montaba un oficial cosaco, quien venía en dirección contraria.

Nuestra sorpresa fue mutua, asaz desconcertante por lo que a mí concernía. Me di cuenta de que el capitán Schmilinsky, o cualquiera fuese su nom-

bre, trotaba a unos cien pasos de su escolta, una *sotnia* integrada por cosacos con caras de pocos amigos. Se detuvieron en seco. Me observaban en una forma que no me hacía sentir bien. Para hacer las cosas peores, el edecán del capitán, un joven de buena presencia, pero bizco, avanzaba contra mí, a sesenta kilómetros por hora, con un enorme cuchillo de caza, que llevaba atado a la muñeca.

No me tomó mucho tiempo hacerme dueño de la situación —tal vez menos de un cuarto de segundo. Mi corcel otomano golpeó con sus patas delanteras el potro del oficial cosaco en una forma tal que me impidió alzar la mano para saludar. El capitán parecía compartir conmigo la opinión de que, bajo tales circunstancias, había que prescindir del saludo habitual, porque asiéndose a la crin de su caballo con una mano, levantó la otra armada de una escopeta máuser y me hizo un disparo a quemarropa. Un comportamiento a todas luces reñido con la cultura, pensé para mis adentros.

Antes de que pudiese disparar de nuevo le había volado el máuser con un firme mandoble de mi sable, mientras su edecán, el joven de mirada bizca, golpeaba con su espada tan fuertemente mi cabeza, que me ponía a ver todas las estrellas y nebulosas de la vía láctea. Si no hubiera sido por mi *kalpak* militar que la protegía, sobre el cual resbaló la afilada hoja, no hubiera vivido para contar la historia. No recuerdo realmente lo que ocurrió después, con excepción de que instantes más tarde había vuelto grupas. Corría a todo galope a reunirme con los gendarmes de mi escolta.

Cuando me hallaba bajo la protección de sus armas y me frotaba la cabeza con ambas manos, dirigí la mirada hacia donde estaban los enemigos. Pude contemplar a mi galante adversario, el capitán de cosacos, gesticulando en forma ridícula, aunque a distancia respetable, mientras atendía a su mano

derecha, que casi le había seccionado con el mandoble de mi sable. En otras palabras, ambos nos habíamos puesto a buen recaudo, al amparo de nuestras escoltas, sin ni siquiera la excusa del sonrojo.

Después de despedirnos amistosamente a la distancia que nos separaba, cambiando unos cuantos disparos en señal de cortesía, partimos en direcciones contrarias, no sin mirar cuidadosamente por encima de los hombros a cada vuelta del camino, para cerciorarnos de que ninguno de los dos había cambiado de parecer. La piel de nuestro cuerpo no retoña. Siempre es mejor moverse en terreno seguro para no tener que lamentarlo.

LA QUEMA DE BASK-KALE

LUEGO DE NUESTRA VICTORIA en la defensa del desfiladero de Kotur-Dagh, galopaba por las polvorientas llanuras de Tchough. Mi escolta de gendarmes montados pisaba los ijares de mi corcel. La herida de mi cabeza la había envuelto en una toalla, a falta de venda más adecuada.

Todo el tiempo que había pasado desde la imprevista escaramuza con la *sotnia* de cosacos, no había dejado de pensar, cómo había hecho el oficial enemigo para atravesar las montañas kurdas, sin caer en manos de algunas de las tantas guerrillas que destacábamos en operaciones de exploración. Hallé una respuesta a este acertijo al llegar a la ciudad de Bash-Kale, donde me esperaba un parte telegráfico de guerra.

Me lo dirigía el vicegobernador de la provincia, Tchefik Bey. Me informaba que después de nuestra partida los rusos habían flanqueado el desfiladero de Bash-Kale, por una trocha de cabras, obligando al capitán Fuad Effendi y sus tropas, a retirarse hasta las estribaciones de Tchough-Dahg, donde había cavado trincheras y esperaba órdenes.

Una vez que los rusos vencieron ese obstáculo no había manera de evitar su avance hacia Bash-Kale, nuestro centro de operaciones en el corazón de las agrestes montañas del Kurdistán. Habíamos almacenado en la ciudad enormes cantidades de alimentos, municiones y otro material de guerra para las fuerzas expedicionarias de los Beys Kiasim y Khalil, a quienes se esperaba de un momento a otro.

La ciudad de Bash-Kale era también el centro de una famosa industria de alfombras. Prácticamente cada una de sus casas, grande o pequeña, se suponía debía guardar, por término medio, alrededor de quinientas libras esterlinas en legítimas alfombras persas.

En vista de la gravedad de la situación, bajo mi responsabilidad ordené la inmediata evacuación de la ciudad. Los habitantes la desalojaron casi en el acto, por su propia cuenta, en vista del terror que despertaban los cosacos. Después de la salida de la guarnición practiqué una visita a Bask-Kale. Inspeccionaba las casas en donde suponía se guardaban las más finas alfombras. Quedé asombrado, en muda contemplación de aquellos invalorable tesoros. Representaban centenares de miles de libras esterlinas. Tales riquezas hacían extraordinario contraste con la pobre Bask-Kale, llena de basura, suciedad y fango. Había para pagar el rescate del más poderoso de los soberanos cautivos.

Mientras tanto, la vanguardia del ejército moscovita avanzaba en nuestra dirección. La precedían numerosas bandas de voluntarios cosacos y armenios, a pie y a caballo. Los esperábamos con las armas listas para hacer fuego sobre ellos, el pie en los estribos de nuestros caballos. Mandaba un puñado de hombres valientes y decididos a todo. Había despachado la mayor parte de la población masculina con la guarnición, para que escoltasen un numeroso convoy de provisiones que organizamos esa mañana, después de requisar los caballos, mulas, burros, y camellos, que encontramos en la ciudad y sus inmediaciones.

Estos nobles brutos fueron cargados no sólo con las vituallas del ejército, sino también con los enfermos o heridos. Nunca fui partidario de abandonar mis hombres a su suerte, si podía evitarlo. Esa

era probablemente la razón por la cual siempre me fueron tan adictos.

Cuando los rusos llegaban a los suburbios de la ciudad les hicimos unas cuantas descargas a guisa de saludo. Después vivamente hostigados y perseguidos por sus patrullas, nos retiramos a la aldea de Sova, donde esperábamos pernoctar.

Tan pronto como quedamos instalados en el caserío, envié por mi cocinero Mr. Silberstein para que preparase nuestra cena. El hombre no estaba por ninguna parte. Su desaparición me mortificaba. Le había tomado cariño a aquel expropietario de casas de empeño en Hoboken, New Jersey. Tal vez lo habían capturado los rusos.

Mientras algunos de los soldados recorrían los parajes por donde nos habíamos retirado, en busca del cocinero, observé un grupo de vecinos que muy excitados señalaban en dirección a la entrada de la aldea. Era Mr. Silverstein que llegaba. Venía a pie, cubierto de polvo, tirando de la brida su cansado jarmelgo.

El viejo rocinante se cimbraba bajo el peso de un enorme bulto de costosas alfombras persas, que seguramente escamoteó en Bask-Kale, mientras observábamos el avance de los rusos.

Mr. Silverstein me dijo en alemán al verme: *Gott der Gerechte. ¡Qué magnífico negocio he realizado, patrón! Estas alfombras valen un millón.* Aquello me hizo estallar en carcajadas, porque Alá es todo misericordia y vela por sus soldados.

Tras una noche de sueño reparador en Sova cruzamos a nado el histórico río de Zab, que hiende las dentadas montañas del Kurdistán en dirección al sur. Algunos de sus picos estaban coronados de castillos feudales. También se veían diminutas aldeas levantadas al borde de los barrancos, por donde corrían las verdes aguas del Zab y sus afluentes.

Mientras vadeábamos el Zab, el caballo que

montaba Mustafá chocó contra una roca y dio un salto mortal. Jinete y cabalgadura ya eran arrastrados por la rápida corriente. Media docena de kurdos nadaron con el fin de rescatar a Mustafá, cuyo pie derecho se había prendido en el estribo. Tan pronto como lo zafaron, lo condujeron a la orilla. Mientras tanto, el cuerpo del caballo desaparecía entre las rugientes aguas de la catarata.

La aldea de Tocaragua, donde llegamos antes de la tarde, está situada al norte de la pequeña población de Quod-Hanis. En esta última residía el patriarca nestoriano Mar-Simoun*. Estaba reputada como el centro del agreste y salvaje Kurdistán. Las lúgubres estribaciones que forman multitud de curvas en aquella inhóspita región, conforman la frontera turco-iranesa. En aquel tiempo veíase de trecho en trecho, una serie de pequeños y brillantes oteros cubiertos de esmeraldina vegetación, que les daban apariencia de praderas primaverales.

Durante el ascenso por el camino de recuas que conducía a Tocaragua, podíamos escuchar el estruendo de las aguas al precipitarse por el profundo y pedregoso lecho del cercano cañón. Menudas aldeas parecían colgar, como nidos de águila, casi perpendicularmente de los ásperos picos. De lejos nuestra imaginación revestía de romanticismo esos parajes, a pesar de su apariencia ruda e inhospitalaria. En Tocaragua hallé al hombre que buscaba. Era el coronel Koprulu-Kiasim Bey, comandante en jefe del ala derecha de nuestro tercer ejército, o división de las fuerzas armadas turcas que operaba en Armenia.

Kiasim era albanés de nacimiento. Un hombre de intachable conducta. Un soldado eficaz y valiente. Los rusos le temían. Huían de él, como dicen que escapa el diablo del agua bendita. Al romperse las

* Uno de los seguidores de Nestorio, jefe de una secta de herejes.

hostilidades no quisieron esperar su llegada y abandonaron los distritos de Serail de Bask-Kale. Buscaron refugio a toda prisa en el norte de Persia. No me había encontrado antes con Kiasim. Medía cinco pies, cinco pulgadas. Era delgado y de temperamento más bien taciturno. Pero siempre oficial de acrisolada corrección en su trato. En Tocaragua se esperaba también al día siguiente, la llegada de Khalil Bey, con el grueso de nuestras fuerzas expedicionarias.

Como experimentaba enorme ansiedad por salvar nuestros almacenes de víveres y municiones en Bask-Kale, que ya había caído en poder de los rusos, tomé sesenta jinetes de los mejores de la escolta de Kiasim. Acompañado también por un grupo de oficiales, que se unió voluntariamente, partimos a las dos de la tarde de ese mismo día en dirección norte. A las sombras de la noche me proponía dar un golpe de mano contra los ocupantes de Bask-Kale.

Antes de la puesta del sol volvimos a vadear el río Zab. De allí continuamos la marcha con mucha cautela, debido a la proximidad de los rusos, que a primeras horas de la tarde de nuestra escapada de Bask-Kale, habían incendiado la aldea de Sova.

Unos momentos nos detuvimos en Sova para contemplar las ruinas humeantes de aquella aldea que nos había brindado generosa hospitalidad. Finalmente llegamos a nuestro destino. A las nueve en punto de la noche desplegamos nuestra pequeña fuerza en la polvorienta planicie que se extiende frente a Bask-Kale. Eramos unos 180 jinetes en total. Desde allí podíamos ver a los cosacos sentados en torno de su campamento al borde de la ciudad.

Algunos de ellos cantaban alrededor del fuego. Otros bailaban, o ejecutaban danzas de rápidos giros, como derviches en trance, esgrimiendo dagas y relucientes yataganes por encima de sus cabezas.

Asaban carneros completos, a fuego lento sobre brasas. El viento nos traía el delicioso olor de la carne. Los comensales se pasaban de mano en mano las botellas de vodka, de genuino vodka del Volga. Se nos hacía la boca agua. Hacía tiempo no teníamos el placer de disfrutar de una buena bebida.

Mr. Silverstein anticipaba con verdadero gozo el momento en que nos lanzáramos a la captura de aquellos carneros asados, lo cual le ahorraría el trabajo de hacer comida para nosotros. A decir verdad lo que selló nuestra resolución de asaltar el campamento enemigo, fue la vista de aquellos carneros sobre brasas y aquellas relucientes botellas. Tanto podía el deseo de lograr una comida completa, unos tragos de buen licor, y una siesta que necesitábamos con urgencia.

Después de cerciorarme de que se habían tomado las debidas previsiones, hice la señal convenida. Un disparo al aire. Al sonar éste nos lanzamos a la carga como jauría de lobos hambrientos, que nuestros alaridos hacían más convincente, pues metieron el miedo de Dios en los huesos de los 300 ó 400 cosacos que ocupaban la ciudad. Ante lo imprevisto del ataque cundió el pánico en el campo enemigo. Los hombres huyeron en todas direcciones, dejando tras sí los carneros asados y las tentadoras botellas. En medio de la oscuridad aquellos pobres *mujiks*, dando gritos de horror penetraron en el cuartel general. Allí contagiaron con su temor a todo el mundo, pues contaban que las furias del infierno habían caído sobre ellos, y que el grueso de nuestras fuerzas expedicionarias atacaba sorpresivamente a Bask-Kale.

Tan pronto como apaciguamos nuestra hambre y trasegamos las botellas a nuestro alcance, desataqué cuatro patrullas con la misión de que mantuviesen contacto con el enemigo, a fin de permanecer en guardia contra un contraataque. Envié tam-

bién un correo a Kiasim Bey, rogándole nos mandase algunos refuerzos para que ayudaran en la tarea de salvar nuestros abastecimientos de víveres y municiones, que los rusos ya se aprestaban a cargar cuando los echamos de la pequeña ciudad. Pasamos el resto de la noche junto a nuestros caballos, listos para entrar en acción. Por suerte para nosotros nada anormal ocurrió, aun cuando tuvimos una o dos falsas alarmas. Con excepción de dos heridos y cuatro desaparecidos, no experimentamos más bajas.

Con las luces del amanecer, cuando el sol bañaba con sus primeros rayos los blancos oteros de la frontera iranesa, avistamos a la distancia, levantando nubes de polvo en el horizonte, dos regimientos rusos de infantería, precedidos por varias *sotnias* de cosacos que avanzaban hacia Bask-Kale. Debido al fulgor de sus bayonetas, que habitualmente los soldados rusos llevan caladas, estas columnas parecían gigantescas serpientes, deslizándose en su ruta a través de la llanura polvorienta.

Como me daba cuenta de que los refuerzos que había pedido ya no llegarían a tiempo, para salvar la ciudad y nuestros valiosos depósitos de material de guerra, procedí a rociar de kerosene los principales edificios de Bask-Kale, con pieles, alfombras y todo.

Cuando los rusos llegaron otra vez sólo encontraron por doquiera montones de cenizas. Una ciudad envuelta en llamas que sus habitantes llamaron Bask-Kale. Así es la guerra.

HIENAS EN FORMA HUMANA

NUNCA HE SIDO UN FUERTE BEBEDOR. Pero debo confesar que no anhelé tanto un trago como en aquella soleada mañana del 18 de junio de 1915, cuando hicimos alto a nuestras cabalgaduras frente a las puertas de la ciudad de Sairt, la antigua capital de Kurdistán, cuyos minaretes se elevaban como agujas de resplandeciente alabastro en el cielo turquesa de Mesopotamia. Sobre un collado cercano, yacían sobre la nieve, en las faldas de los montes, millares de semidesnudos y sangrantes cadáveres de armenios. Me sugerían que también yo era sólo un esqueleto ambulante, casi listo para unirme a ellos en la muerte. Había sido sentenciado a morir por el veneno, el cuchillo o las balas. Sabía demasiado. Había tenido la desgracia de ser el único cristiano, entre los sesenta mil turcos que habían aplastado la revolución de Armenia. Había presenciado escenas de las que ningún cristiano debía ser testigo, para ostentar el privilegio de vivir y contarlas más tarde. Khalil y varios otros jefes del partido de los jóvenes turcos, quienes habían cometido estos horribles crímenes, se daban cuenta de que si yo llegaba con vida a Constantinopla, y divulgaba las informaciones que poseía, se verían en grandes dificultades para justificar su conducta. No sólo ante el sultán, sino también ante sus aliados, Alemania y Austria-Hungría, que venían haciendo todo lo posible para detener esas matanzas y deportaciones. Sin embargo, el hecho de que Khalil y Djeveded hubiesen tratado de eliminarme, no significaba en lo más mínimo que abrigaran odio personal contra mí, por

el contrario éramos los mejores amigos. Si intrigaban para quitarme la vida era por espíritu de propia conservación. Si hubiera estado en lugar de ellos probablemente habría procedido en la misma forma. Habría buscado la manera de eliminar a Bey Nogales, para luego dirigir un telegrama a Constantinopla, describiendo cómo había muerto honrosamente combatiendo por las glorias del califato y los verdes pendones del *Pegamber...* ¡Lah-Illah-Il-Lalah!

Estos sucesos me parecen ahora excitantes y divertidos mientras los voy ordenando en mis recuerdos, frente a la máquina de escribir, en la pacífica New York. Frente a mi papel de héroe para película de cine, como entonces me parecía actuar, las cosas eran diferente.

Todavía al paso del tiempo no puedo evitar el sentir la mayor amargura rememorando aquellos días del Gran Visir Talaat Pachá y sus autoridades civiles, especialmente después que ocupamos la ciudad de Sairt, y se me destinó como residencia una hermosa casa nestoriana, cuyo dueño había sido fusilado junto con el resto de la población cristiana de la ciudad. Esta casa había sido saqueada como todas las demás. No había quedado una sola pieza de mobiliario, con excepción de unas cuantas sillas rotas. Las paredes y los pisos estaban manchados de sangre. El lugar me parecía siniestro. Suerte de morgue vacía, que habría llenado de terror a cualquier veterano bandido de Chicago. Pedí a mis ordenanzas que no deshicieran mi equipaje y que tuvieran todo listo para una brusca partida.

Mi cerebro se mantenía en febril actividad. Me había propuesto escapar de aquella horrible trampa de muerte a toda costa. Quería dar a Khalil lo que se llama el portazo, escapando del lugar sin permitirle que supiera a dónde me había marchado. Si lográbamos llegar a la *kasaba* de Sok sin que nos descu-

brieran sus espías, todo marcharía bien. Pero el problema era ¿cómo llegar hasta allá sin que los perros sedientos de sangre de Khalil no nos atraparan? Este nuevo plan maduraba con rapidez en mi cerebro mientras bajaba la escalera de la casa para dirigirme al casino militar, donde un grupo de oficiales que habían peleado en Van bajo mis órdenes, esperaba mi llegada. No pude evitar una sonrisa al salir de la residencia y ver la cara que tenía mi cocinero Mr. Silverstein, quien casi se había desmayado al descubrir las manchas de sangre en las paredes. El buen hombre había reaccionado con rapidez. Sonreía gozoso, mientras me mostraba en una mano un papel que acababa de recoger del piso. La arrugada póliza de un seguro de vida que tenía con una compañía norteamericana el asesinado propietario de la casa y que los kurdos habían tirado probablemente porque no sabían leer. La sonrisa de Mr. Silverstein desapareció en el acto cuando le dije que mirase la fecha. El bendito nestoriano había olvidado renovar el seguro.

Mientras charlaba amablemente en el casino con mis antiguos subordinados no podía evitar que se me erizase la piel cada vez que me venía a la mente los pavorosos sucesos que había presenciado con la sonrisa en los labios. Eran atentados realmente aterradores que uno sentía hasta temor de describir. ¡Cuánto lamenté no haber estado lo más lejos posible de la Jehenna, de ese infierno, de esa terrible ciudad, donde había hombres que no se saciaban de derramar sangre humana!

Con el espíritu hondamente deprimido al presenciar tanta miseria, dejé el casino justamente antes de la puesta del sol. No antes de que el vicegobernador de la provincia, que era mi amigo, me advirtiera con insistencia peculiar que evitase cierto puente, llamado Akrabi Koepru, o *puente de los escorpiones*. Dicho puente estaba situado en la vía

que debía seguir para llegar a Mussul. El plan de Khalil era tenderme una emboscada, hacerme asesinar por bandidos pagados por él, que habían sido despachados antes de mi partida. Ya tenía sospechas de que algo por el estilo habría de ocurrirme si tomaba la carretera de Mussul, como lo habían anunciado en el casino. Por lo tanto tuve muy en cuenta las advertencias de mi amigo. Decidí seguir mi nuevo plan que consistía en hacer un rodeo hacia el oeste, en dirección a la *kasaba* de Sok, con sólo una oportunidad entre cien de llegar con vida a esa ciudad.

A la mañana siguiente después de la salida del sol, mi pequeña caravana se encontraba ya lejos de Sairt, atravesando las estepas infestadas de kurdos de Koshanah, sin que nadie sospechara en lo más mínimo la dirección que llevábamos.

Mientras nuestros briosos caballos mantenían un trote regular sobre la polvorienta estepa, oí que mi criado Mustafá contaba a Tasim y Mr. Silverstein una de las leyendas orientales de su inagotable repertorio. Me interesó el relato porque una historia muy parecida se halla en la mitología griega. Dice así: *Existió una vez un poderoso califa en Bagdad que tenía por nombre el de Khalil Raghman ; que Alá lo bendiga! Poseía un obediente servidor llamado Alí. Mientras residía en Damasco, Alí tuvo conocimiento de las malas y vergonzosas acciones que estaban cometiendo los favoritos del sultán en esa ciudad. Como era mudo porque le habían cortado la lengua cuando se hallaba empleado en el harem de su señor, Alí se hizo afeitar la cabeza. Pidió a un notario público que escribiese con tinta indeleble sobre su cráneo brillante la verdadera historia de tales crímenes. Luego se aplicó un poderoso específico para hacer crecer su cabello, y partió con una espesa melena que cubría su mensaje. Cuando regresó a Bagdad al cabo de un viaje lleno de contra-*

tiempos, se hizo rapar de nuevo la cabeza, e hincándose ante su señor, curvó su cuello como para permitirle que leyese el mensaje que escrito estaba sobre su cráneo. El califa quedó tan agradado del precioso mensaje, que inmediatamente hizo que le cortaran la cabeza a Alí, la que guardó para futura referencia.

Al escuchar esta historia de Alí contada por Mustafá, decidí no afeitarme la cabeza para llevar al sultán mi mensaje con la relación de los delitos que algunos de sus subalternos estaban cometiendo en Armenia. Estaba seguro de que después de leerlo el soberano, posiblemente ordenaría que me decapitasen como Alí y guardaran mi cabeza para futuras consultas. Desde aquel momento decidí cerrar mi boca como una ostra en todas las cuestiones relativas a las matanzas de Armenia, hasta que pudiese escribir sobre ellas algún día, desde un lugar donde estuviese a salvo.

Me daba la impresión de que Mustafá había contado de propósito aquella historia. Esos orientales son prudentes. En mi fuero interno le estaba agradecido porque me salvó la vida después, probablemente en más de una ocasión... En el cercano oriente las paredes tienen oídos, pero las bocas llevan candados.

Al día siguiente comenzando la tarde pasamos un río de corriente bastante ligera, para lo cual empleamos balsas construidas con infladas pieles de oveja. Nos ayudaron en esta operación algunos kurdos, que luego traidoramente intentaron asaltarnos. Por fortuna estábamos suficientemente alertas, para darnos cuenta de lo que tramaban. Nuestra primera descarga dejó a la mayoría de ellos arrastrándose por la arena. Olvidaba decir que además de mis ordenanzas y Mr. Silberstein, me había traído una escolta de ocho gendarmes, bien seleccionados, quienes me acompañaban desde Van. La vida huma-

na no valía un confite por aquellos días en el salvaje Kurdistán. Podía darse por perdido, quien, con dientes de oro lo demostrase en una sonrisa. Estos kurdos lo habrían perseguido a sol y sombra, sólo para arrancarle de su mandíbula las preciosas orificaciones.

Continuamos nuestra marcha por unas pocas horas más hasta que entramos en una espaciosa aldea llamada Socaida, donde residía un sheik kurdo sordomudo, llamado Mohammed Tchefik. Su hermano era propietario de muchas aldeas en el valle circundante. Los hombres de su tribu rehusaron recibirnos al principio, con el pretexto que Mohammed Tchefik no estaba en casa. Sin embargo, cuando le mostramos con sinceridad nuestras intenciones y yo tuve el buen acuerdo de acercarle mi pistola con determinación a su inmensa panza, Tchefik cambió de parecer. Llegó al extremo de rogarme con insistencia que compartiese su casa, pues algunos de sus hombres parecían acordarse de mí. Había peleado al lado de nosotros en Van. Desertó de nuestro bando pasándose al enemigo, porque éste lo había comprado bien. La mayoría de los sheiks kurdos y árabes del norte de Mesopotamia siempre estaban a la venta en esos días. Con ellos era cuestión de quién pagara más. Como conocía demasiado bien a los kurdos y su índole traicionera cortésmente rehusé la hospitalidad que me ofrecía en su vivienda. Decidí en cambio albergarme en un gran edificio vacío, cuyo techo se levantaba sobre las construcciones adyacentes. Hice guardar nuestros caballos en la planta baja y dispuse que tres gendarmes se encargasen de su custodia. El resto de mis hombres y yo nos instalamos en el piso superior y en el techo.

Recordaba que los kurdos y otros nativos de Mesopotamia duermen habitualmente sobre el techo de sus viviendas en los meses calurosos del

verano. Pero no podía explicarme aquella tarde por qué no eran partidarios de que hiciéramos allí nuestras camas. Sólo pude ver asomados en la platanda de sus casas unos cuantos rostros de barbas blancas, aparentemente recitando sus oraciones vespertinas, aunque en realidad nos estaban espiando. Su peculiar manera de comportarse nos hizo caer en la sospecha de que trataban de jugarnos una mala partida. Para evitar que nos sorprendieran nos atrincheramos en el techo de la casa, en espera de lo que pudiera suceder. Por desgracia nuestros presentimientos se realizaron. Poco antes de media noche escuchamos un suave silbido que venía de un inmueble cercano; probablemente se trataba de una señal convenida; sin aguardar más disparé mi pistola al aire para avisar a los hombres que se albergaban en la planta baja. Dicho disparo puso todo en movimiento. Pocos minutos más tarde todos los edificios que se hallaban alrededor del nuestro, se vieron envueltos por el humo de la pólvora, mientras las balas de los kurdos silbaban sobre nuestras cabezas, como un zumbido de abejas.

Atraídos por el ruido del combate, algo más de una docena de desertores turcos que se ocultaban en los vecinos montes, acudieron para unirse a nosotros. Mas, cuando advirtieron aquel montón de kurdos lanzándose al ataque con gritos de muerte, perdieron la cabeza, nos dieron las espaldas y corrieron de nuevo a sus colinas, perseguidos de cerca por los kurdos, que muy pronto los alcanzaban y aniquilaban.

Aprovechamos aquella intempestiva desviación, a pesar de que cuatro de nuestros hombres estaban heridos. Montamos de prisa nuestros caballos, colocando las mulas cargadas en el centro, y nos abrimos paso, con sables y pistolas, entre aquella ululante turba, corriendo al amparo de la noche.

El buen Tasim había incendiado el edificio que

nos sirviera de albergue. Como despedida hicimos dos descargas cerradas contra la resistencia de Mohammed Tchefik, donde él y su guardia personal se habían atrincherado.

Mientras galopaban nuestros caballos por la llanura levantando columnas de humo, la luna se ocultaba aumentando la oscuridad circundante, como suele suceder antes de amanecer. Apenas se distinguía una débil franja gris en el horizonte. Un cuarto de hora más tarde, el disco rojo del sol naciente empezaba a lanzar sus rayos de oro sobre las dormidas tierras del desierto. Mientras tanto los kurdos, ya recuperados de su sorpresa salían en nuestra persecución en sus magníficos corceles pero todavía se hallaban a discreta distancia.

Por fortuna la lección que ya les habíamos dado y la proximidad de la *kasaba* de Sok, cuyas casas de techos planos ya se avistaban, contribuyeron a que los kurdos lo pensaran mejor, volviendo grupas. Los vimos perderse velozmente en las vueltas del camino, en medio de columnas de densa polvoreda.

EL CAPITAN SCHUMANN

CUENTAN QUE CIERTA VEZ una muchacha dijo al capitán Schumann del ejército imperial alemán, que tenía dos años más de la edad que aparentaba. Por esa mentira tan poco corriente, el capitán Schumann tuvo que pelear como una fiera perseguida en el ejército turco. Arriesgó heroicamente su vida y murió tontamente.

Su historia me conmovió tan profundamente que en oportunidad en que viajaba por la península del Sinaí sentí pasar el fantasma de ese bizarro militar cubierto con una oscura capa. La leyenda de su tragedia me ha perseguido hasta el presente.

Un día del mes de agosto de 1915 cuando llegué a la ciudad de Aleppo, después de medio año de fiero combatir contra los rusos y armenios en el Cáucaso, me encontré de pronto con un alto y elegante joven oficial, en la terraza del casino militar alemán. Vestía como yo el uniforme turco y se mostraba ansioso de ser mi amigo. Apenas cambié con él unas pocas palabras me despedí, pues debía acudir a un compromiso previo. Me pareció que le desconcertaba mi brusca partida, después de sus amistosos cumplidos y decidí aprovechar la primera ocasión para demostrarle que mi conducta aparentemente desconsiderada se debía a cuestiones de servicio. El capitán Schumann tenía todo el porte y las maneras de un perfecto militar alemán, pero algo había en él que no lo hacía sentirse a sus anchas en Aleppo. Cierta tarde cuando pasaba las horas muertas consumiendo *bocks* de cerveza en compañía del conde Von

Wolfsburg, mayor de uno de los regimientos de caballería de ataque del Kaiser, encontré la oportunidad de mostrar mi deferencia al capitán Schumann. Cuando pasaba cerca de nuestra mesa lo saludé cordialmente y él se acercó. Siguiendo la costumbre tradicional entre oficiales alemanes, se presentó a Von Wolfsburg y pidió permiso para sentarse con nosotros. Naturalmente se lo concedí al instante.

Tan pronto como el capitán Schumann tomó asiento y se quitó el *kalpak* —como habitualmente hacíamos cuando estábamos en el casino o en el cuartel— el conde se levantó sin decir palabra. Tranquilamente fue a sentarse a otra mesa.

Schumann cambió de colores. Su rostro enrojeció. Las arterias de su frente se hincharon y se tornaron de un tinte púrpura, pero no pronunció palabra alguna. Luego charló durante un rato acerca del tópico del día, Mesopotamia, donde el coronel turco el Bey Nur-ed-Din, había rechazado en Ktesiphon al general Townshend, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias británicas, en el frente de Irak, forzándolo a refugiarse en la *kasaba* de Kut-el-Amara, situada en un meandro en forma de herradura del río Tigris. El mariscal de campo Von der Goltz Pashá era esperado de un momento a otro en Aleppo para encargarse del comando de nuestro sexto ejército, mientras que el general Aylmer, avanzaba lentamente al frente de unos 35.000 soldados británicos e hindúes, a lo largo de la margen izquierda del Tigris, para tratar de relevar a Townshend. El capitán Shumann quería aparentar una tranquilidad que no le acompañaba en aquel momento. Hacía visibles esfuerzos para retener su serenidad. Marcharía con las fuerzas de Von der Goltz, a lo largo del Tigris o quizás sería destacado a Egipto. No le importaba que lo enviaran a uno u otro sitio de combate. Pero revelaba evidentes de-

seos de volver a entrar en acción lo más pronto posible.

El capitán que hablaba un español perfecto, aprendido cuando actuaba como miembro de una misión militar alemana en Chile, me explicó el motivo que tenía Von Wolfsburg para hacerle aquel gesto de desprecio. Había sido sumariamente retirado del ejército alemán, debido a un escándalo en que estuvo envuelto con una muchacha de la alta sociedad de Berlín. La chica le había dicho que contaba diez y ocho años, cuando en realidad sólo tenía diez y seis. Esa pequeña diferencia de edad le había acarreado inmensa dificultad con sus oficiales superiores. Una cosa era tener un lío amoroso con una mujer mayor de edad, y otra muy diferente aprovecharse de una inocente menor. Los alemanes profesan ideas muy rígidas sobre moralidad. Schumann resultó por ello grandemente perjudicado en su carrera.

Había corrido con la suerte de que la guerra acababa de estallar en el momento de su desgracia. Se le permitió entrar en el ejército como simple soldado. No le habían enviado al frente, pues con su habilidad y su conocimiento del arte de la guerra habría sido fácil para él llegar muy pronto de nuevo al rango que había tenido, ya que una nación cuando necesita los conocimientos de la inteligencia y del valor, ha de buscarlos en donde se encuentran. Cier to que Schumann había ofendido gravemente a los oficiales que tienen muy en alto su código de honor, por el mero hecho de creer que una muchacha tenía diez y ocho años en vez de diez y seis. Lo enviaron a prestar servicios en los campos de adiestramiento y de prisión, lo encargaron de llevar mensajes triviales, donde se anunciaba el envío de cien docenas de pares de botas o de cien libras de salchichón. Lo que era peor para él que hacer guardia frente a los edificios públicos de Berlín.

El capitán Schumann, aparte de su posición en el ejército era bien conocido en los altos círculos sociales. Contaba con influyentes amistades. Había conocido en Montecarlo o en Constantinopla a Enver Pachá, el Ministro de Guerra turco. Así, cuando Enver vio aquel rostro distinguido que le parecía conocido, haciendo guardia en la entrada principal del departamento de guerra en Berlín, se detuvo para identificarlo. Schumann que siempre había sido celoso cumplidor de sus deberes militares, permaneció firme sin demostrar que conocía a su poderoso amigo. Pero el Pachá se le acercó y pronunció su nombre con sorprendido e inquisitivo tono. Un soldado debe contestar cuando se le hacen preguntas; así, el formal capitán admitió su identidad. Enver concretó una entrevista en su residencia aquella misma tarde.

Como resultado de la entrevista, Schumann fue admitido en el ejército turco, con su propio rango. Pocas semanas después estaba peleando al lado del coronel Von Kress Bey, quien se había distinguido por su bravura y temeridad —decía Schumann— en el caballeresco comando de la gran invasión sobre el canal de Suez. Durante su campaña, Schumann fue mencionado repetidas veces en el *Tages-Befehl* del ejército expedicionario. Esto por ningún respecto lo relevaba del penoso ostracismo a que lo habían condenado todos los oficiales alemanes en el ejército turco. Ninguno de ellos respondía su saludo, ni advertía su presencia, excepto en los casos estrictamente requeridos por las necesidades del servicio.

Tal vez su conocimiento de mi origen extranjero y mis antecedentes en el servicio militar fueron los que impulsaron al capitán Schumann a hacer amistad conmigo. Era yo el único oficial que en realidad sentía interés amistoso hacia él. Se comprendía que anhelaba tener con quién hacer vida social. Por consiguiente durante las dos semanas de

mi estada en Aleppo en aquella época, estuvimos constantemente juntos y llegamos a ser muy buenos amigos.

Ambos combatimos a las órdenes de Von der Goltz Pachá en el Kut-el-Amara en donde tuve oportunidad de observar que Schumann, mientras cumplía las órdenes que se le daban con la precisión y honor de un soldado, estaba realmente buscando su tumba antes que su gloria. Peleaba temerariamente y exponía su vida aun cuando por la naturaleza del deber, su seguridad personal no fuere crucialmente importante del todo para la seguridad del ejército. Es decir, si recibía instrucciones para lanzar un ataque frontal a la cabeza de su compañía, cargaba en primera línea y no escatimaba ningún peligro hacia su persona, pero si lo enviaban en una misión delicada, donde su informe personal era esencial para el desarrollo de alguna operación, o para decidir sobre un movimiento de unidades del ejército, tomaba todas las medidas necesarias, para regresar ileso con el informe exigido.

Nunca vi en ninguna de las circunstancias en que anduvimos juntos una más clara percepción del conflicto entre el deseo personal y el honor militar, como en el comportamiento del capitán Schumann. Deseaba morir en combate. La vida le había herido en las fibras más íntimas de su pundonor militar por un accidente desgraciado. En realidad estaba harto de ella. Pero sin embargo, nunca llegó a permitir que su desesperación comprometiera el éxito de sus camaradas, aun de aquellos que tan cruelmente lo despreciaban.

Habiendo observado esta fina cualidad de su carácter y deseoso de preservar su vida, hicimos siempre todo lo posible para colocarlo en una posición donde su deber no se hallara en conflicto con la seguridad de su persona. Nunca nos falló. Era un hombre asaz inteligente y comprensivo. Entendía

perfectamente nuestras razones. Jamás vaciló en confesarlo con la franqueza que lo distinguía. Agradecía nuestras intenciones —solía decir— pero no las apreciaba.

Al final de nuestra campaña en Mesopotamia el capitán Schumann obtuvo su traslado para las fuerzas que peleaban en la península de Sinaí. Tuve que decirle adiós, lamentando mucho su ausencia, a sabiendas de que lo estaba viendo por última vez.

Poco después de la segunda batalla de Gaza fui llamado a nuestro cuartel general en Tel-Es-Sheriat, del frente de Palestina. La superioridad me confió la jefatura del *Montaka Comandane*, es decir, fui designado gobernador militar turco en la península de Sinaí. Uno de los primeros pensamientos que acudieron a mi cerebro fue que en ese cargo volvería a tener cerca de mí al capitán Schumann. Parecía que era mi destino salvar de la muerte a este bravo oficial.

Permanecí un día como huésped del coronel Von Kress, regresando a Beersheba, donde el ala izquierda de nuestro ejército se había atrincherado con el objeto de organizar la columna volante, o cuerpo del desierto, que integraban soldados montados en *bedjins* —flota de camellos de guerra— con la cual se me había ordenado traspasar las líneas británicas e invadir la península de Sinaí. Esta operación tenía por objeto frustrar una tercera batalla de Garza, para la cual hacía preparativos entonces el mariscal del ejército británico, Lord Allenby. Debido a estas circunstancias no tuve oportunidad de hacer investigaciones acerca del lugar en donde se hallaba en servicio el capitán Schumann.

Recuerdo claramente que el día de mi estada en Tel-Es-Sheriat permanecí casi todo el tiempo en la enfermería debido a la inflamación de mi oído derecho a consecuencia de la picada de uno de los innumerables insectos venenosos que infestan el

desierto de Palestina. A las seis de la tarde, cuando las calcinadas arenas del desierto empezaban a enfriarse y el sol daba sobre ellas con refulgencias violeta, llegué con mi ordenanza Tassim a la cima de aquel sistema de bajas y pesadas colinas que separa las llanuras de Wadi-Sheriat de las de Wadi-Sabah, donde está situada la pequeña aldea de Beersheba. Al llegar a ese punto fue cuando me vine a dar cuenta de que había olvidado mi látigo de montar en la tienda del mayor Mulhman. Ordené a Tassim que regresara y me lo trajese mientras alternativamente llevaba mi caballo circasiano unas veces al paso y otras al trote, bajando por la fangosa carretera que en plano inclinado conduce a la citada aldea de Beersheba.

Ya podía divisar las luces de la aldea a la distancia, limpias y brillantes en el aire de la obscurecida noche que empezaba a sombrear el paisaje. A medida que avanzaba, los surcos en la vía se hacían más profundos.

Las lluvias habían empantanado el camino. Las pesadas ruedas de los furgones de artillería habían dejado profundos canchales. En una de las vueltas hice alto para contemplar abstractamente los relieves de un campamento de artillería austríaca que apuntaba fantasmagóricamente en la nublada distancia. De repente y sin que hubiera mediado una serie de pensamientos lógicos se me aparecieron los tristes ojos del capitán Schumann cuando unos meses atrás me decía adiós, sonriendo con gratitud, pero evidentemente con el alivio de que ya nuestra inspección había cesado.

De momento, con un grito de sorpresa frené mi caballo para evitar que pasara por encima del cuerpo inerte de un soldado que yacía en medio de la carretera. Estaba vestido con el uniforme verdeoliva que ya conocía. Descansaba a lo largo, con la rigidez de la muerte en sus altas botas. Parecía mirar con

fiereza hacia adelante, mientras sus brazos le colgaban flácidos de los lados. Sobre su pálido rostro, cuidadosamente afeitado, pendía un mechón de cabello humedecido de sangre.

¿Quién anda allí? —grité. Pero antes de que terminara de pronunciar estas palabras reconocí al capitán Schumann.

Mientras así las riendas de mi caballo para detenerlo, resbaló y me lanzó en el fango, cerca del borde de la carretera. Por un rato permanecí atónito, en muda contemplación del cadáver. En seguida me serené lo suficiente para levantar mi cuerpo adolorido, apoyando ambas manos en el piso. Frente a mí estaba un madero, que luego resultó ser una rústica cruz que había sido clavada en el bajo montículo de tierra donde había caído. Dirigí la luz de mi linterna sobre ella y pude leer claramente, porque había sido elaborada con pintura negra, aunque ya desvaneciéndose, la siguiente inscripción. *Hier ruhen die sterblichen reste des hauptmen Schumann.*

Aquí yacen los restos del finado capitán Schumann.

Así, por medio del proceso físico normal, el capitán Schumann me informaba en el último momento que no obstante todas nuestras buenas intenciones para evitarle la muerte, nos había vencido. Se había salido con la suya, logrando pasar a mejor vida.

UNA CACERIA DE JABALIES EN EL JORDAN

ENTRE LAS MUCHAS EXPEDICIONES de caza en que participé, cuando servía en el ejército turco durante la primera guerra mundial, una de las más divertidas era ciertamente la cacería de jabalies en las orillas del Jordán, la cual resultaba en extremo excitante.

Muchos peregrinos habían partido ya para el viejo monasterio griego que alza sus vetustos y sacros muros en la margen derecha, cerca del lugar donde de acuerdo con la tradición, San Juan bautizó a Cristo. Está situado sólo a escasos kilómetros de Jericó. Muy pocos son los peregrinos que han visitado las marismas que se hallan al lado opuesto del monasterio, al cruzar el río en su orilla izquierda y más allá. Por el año 1916 pasé varias noches en la interesante cacería de los jabalies que viven en esas marismas.

Por esa época yo era el segundo comandante de la guarnición de Es-Salt, en Transjordania. Había ido de cacería al lugar porque algunos exploradores árabes me habían informado que podría encontrar allí lo que buscaba, sólo cruzando el río y entrando en las marismas con el ojo avizor y el fusil listo para disparar. Lo que buscaba era realmente pernil de puerco. Y no podía encontrarlo por amor o dinero. El jamón viene de los puercos y éstos son llamados por los mahometanos *pis domuslar*, lo que significa cerdos sucios. Ellos, como los judíos, los detestan.

Un cerdo para ellos es tan repulsivo por lo que concierne a los placeres de la mesa, como un perro

sarnoso para nosotros. Sólo llevado a los extremos del hambre puede un verdadero creyente resignarse a comer carne de puerco. Por lo tanto desde hacía largos meses no había podido darme un banquete de huevos con jamón, cuando los exploradores árabes me trajeron la buena nueva de que las marismas del Jordán estaban llenas de salvajes *pis domuslar*.

Aproveché la primera tregua que se me presentó en la lucha para partir en compañía de mis dos ordenanzas y lograr para mis camaradas, los oficiales alemanes, una abundante ración de chuletas de puerco, e incidentalmente disfrutar de una buena diversión. Me causó mucha gracia la salida de un mendigo árabe que se acercó a mí, mientras comía un sandwich debajo de un cactus en la carretera. Al pedirme de comer había añadido a su respetuosa súplica estas palabras:

Beym, déme un pedazo de algo... así sea un trozo de jamón. Recordé el refrán: *todo hombre es un mendigo por dentro.*

Fui espléndidamente recibido por el prior del monasterio griego. Me preguntó si pensaba pasar la noche allí, informándome que un cazador profesional de jabalíes acababa de llegar de Jerusalén y pensaba pasarse unos días en el deporte cinegético al otro lado del río. Consideré aquello una agradable coincidencia. La noticia causó gran placer a mis ordenanzas mahometanos, porque les evitaba la desgracia de tener que tocar los sucios cerdos que posiblemente mataría.

Esa tarde hice arreglos con el cazador griego para acompañarlo a las marismas. Decidimos pasar el río por la noche, pues como él me había explicado, era más fácil acercarse a los cerdos salvajes en la obscuridad, tras emitir una serie de gruñidos semejantes a los de ellos, que él producía expulsando el aire de sus pulmones vigorosamente por las narices en una forma peculiar. Rápidamente aprendí el

truco. Llegué a ejecutarlo tan a la perfección, que esa misma tarde me confundió con un puerco. Habría llenado de plomo mi pellejo si no hubiese sido yo más listo que aquellos animales en el arte de evitar las balas.

Cruzamos el río en canoa a las ocho de la noche. Después de recorrer el cinturón de vegetación que cubría la fangosa orilla izquierda del Jordán hasta su desembocadura, nos despojamos de nuestros zapatos, con el fin de aminorar en lo posible el ruido de las pisadas. Continuamos nuestra excursión en calcetines, buscando a la luz de la luna cierto intrincado sistema de charcas, en cuyo centro se suponía que los jabalíes hicieran sus madrigueras.

No podía evitar cierta crispación de mis nervios cada vez que escuchaba el quejumbroso aullido del lince-leopardo, que venía flotando misteriosamente en la brisa proveniente de la selva pantanosa del sur. O cuando alguna feroz y un tanto humorística hiena decidía asustarnos y burlarse de nosotros oculta detrás de algún cercano matorral de cactus. Lo que más me molestaba era que andaba en calcetines y los pies me dolían bárbaramente mientras caminaba sobre la arena, cubierta de punzantes guijarros.

Cuando por fin nos aproximamos al supuesto lugar de la madriguera no demoramos en encontrarnos con una gran manada de jabalíes. A juzgar por el ruido que armaban al hozar y gruñir debían ser unas varias docenas. Debo confesar que para entonces mi entusiasmo había disminuido considerablemente de sólo pensar que una de esas feroces y rabiosas bestias, provistas de agudos colmillos, al sentirse herida se abalanzara contra mí. ¿Qué podía ocurrir? ¿No eran suficientemente arriesgados los peligros que había corrido al unirme a las fuerzas combatientes de la gran guerra, para morir ahora, sin pena ni gloria, despedazado por un cerdo sal-

vaje? En verdad, creía en la posibilidad de mi muerte durante aquella extraña cacería, porque ni siquiera estaba a mi alcance un árbol protector en donde subirme y quedar a salvo. Teníamos que disparar y hacer blanco o ser destrozados por aquellos colmillos, afilados como navajas de afeitar, de seis pulgadas de longitud.

Después de arrastrarnos un enorme trecho sobre nuestros estómagos, algunas veces sumergidos hasta la cintura en las aguas viscosas, llegamos a distancia de tiro de la manada. Súbitamente apareció, surgiendo de un matorral, a no menos de seis metros del sitio donde estábamos, un magnífico ejemplar de jabalí. Bajo la luz de la luna su color era negro y sus enormes colmillos relucían como enjorados pendientes. Me pareció muy hermosa la bestia pero no me agradó ni un poquito su mirada. Mientras tanto el griego levantaba su rifle dirigiendo su puntería a otro jabalí, que estaba masticando yerbas cerca de él, entre la marisma. A sabiendas de que si disparaba después de mi compañero me hallaría en desventaja ante la inquieta y furiosa manada, me llevé el rifle a la cara y disparé. Antes de que el eco de nuestros disparos se acallara, la atemorizada manada partió en mi dirección. Los jabalíes pasaron sobre mi cuerpo como cálida ola de riesgosa vida, mientras yo me hundía hasta el cuello en la ciénaga, esperando resignadamente que las bestias patearan mi cabeza. Todavía puedo escuchar el golpe de sus cascos como los tambores de un ejército de demonios, cuando me pisotearon. A duras penas osaba respirar hasta que mi compañero vino a avisarme que todo había pasado.

A tientas tendí la mirada en torno mío para ver dónde estaba mi rifle abandonado mientras procuraba pensar lo que había de hacer en aquella emergencia. El griego me quitó las costras con un cuchillo de caza, por lo menos veinte kilogramos de negro

fango. Pasamos a averiguar los resultados de aquella escaramuza.

Cada uno había matado su jabalí. El mío yacía con la bala alojada detrás de la oreja izquierda. El del griego todavía lanzaba gruñidos y se debatía con la columna vertebral deshecha.

Mientras estaba examinando mi jabalí, ensayando inconscientemente la treta de dar gruñidos, el griego me hizo un disparo por error. La bala penetró en el estómago del puerco a escasas tres pulgadas de mi cabeza.

A primeras horas de la mañana recruzamos el Jordán para echar el sueño que tanto necesitábamos en el monasterio. Precisaba no sólo de un baño espiritual, pues había maldecido como un hereje, sino también de una limpieza física general. Por lo tanto me lancé al río y tomé un baño largo exactamente en el sitio, donde según me explicó el prior a la hora del almuerzo, había sido bautizado Cristo. Al escuchar esto me sentí culpable del pecado de irreverencia y por largo tiempo me acompañó este sentimiento.

La cacería de jabalíes había resultado para mí un episodio interesante y pleno de excitación. Sin embargo me parecía un juego de niños al compararla con otras experiencias realmente colmadas de suspenso que tuve durante mis viajes por el Africa oriental portuguesa, el año de 1900. Regresaba de una gira turística a través de la India, las islas de Sonda, en torno de Africa del sur. Desembarqué por mera casualidad en la desembocadura del río Congo, gastando las pocas libras esterlinas que me quedaban en la obtención del equipo necesario para una pequeña expedición de caza, más allá de la altiplanicie central, al oeste del río Kuango. Pocas semanas después de salir de Sao Paulo, la capital de Angola, nuestro pequeño safari recorría cuidadosamente su ruta por las altas y secas estepas del oriente de

Angola, cubiertas de paja. Nos dirigimos a los distritos de las junglas en la parte alta de Lunda, donde esperábamos encontrar alguna caza mayor.

Nuestro jefe de guías Mbaná, y Hassan, el chico mahometano que portaba mis armas de fuego, nos precedían a una distancia de doscientos metros. Los altos y secos pajares así como los bosques espinosos de mimosas, estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo amarillo. En algunos lugares, enjambres de saltarinas y reptantes langostas ocasionalmente saltaban sobre los cuerpos negros semidesnudos de nuestros conductores. Estos, al sentir el contacto de aquellos insectos soltaban inmediatamente sus pesadas cargas para frotar la piel de sus flacuchentas piernas, pues hasta la dura epidermis de un porteador africano es susceptible a la sensación de cosquilleo que producen en la piel los dientecillos en forma de sierra de una langosta del Congo. No me preocupaban en absoluto los tales insectos, salvo cuando osaban meterse por el cuello de mi camisa deportiva y resbalar por mi espalda.

En cambio me desesperaban y eran objeto de mis protestas las chinches de monte y las legiones de mosquitos que nunca nos daban un minuto de reposo. Todas estas alimañas forman parte del mundo de la selva, cuando uno se mete en su profundidad africana, con el ánimo de divertirse.

Marchábamos envueltos en una espesa nube de polvo con el sol del mediodía quemando inmisericordemente nuestras cabezas, cuando vimos a Hassan detenerse repentinamente y levantar su brazo en señal de advertencia. De inmediato hicimos alto y dirigimos nuestras miradas al sitio señalado por el brazo del muchacho. Al principio no pudimos observar nada, mas eventualmente apareció una delgada espiral humosa que parecía salir de un matorral cercano de mimosas.

Mi compañero el teniente Oliveiros y yo, con

nuestros rifles listos avanzamos cautelosamente en dirección al matorral. Dimos al fin con el lugar. El postrado cuerpo de un antílope, al cual todavía le brotaba la sangre de la rota yugular, nos despejó la incógnita. Nuestro viejo amigo, el leopardo número 3, permaneció fiel a nosotros, después de todo. Reconocimos inmediatamente sus huellas por las marcas que había dejado la garra de su pata trasera, a la cual le faltaba un dedo. Ese leopardo y una banda de ruidosos buitres nos venían siguiendo de cerca, al parecer atraídos por nuestros dos últimos burros, que hasta entonces habían sido perdonados por la mosca tsetsé. Tanto el leopardo como los buitres fueron casi nuestros inseparables compañeros durante nuestra fatigosa marcha por aquella porción de Africa.

Los buitres de nada nos servían. En cambio el leopardo N^o 3 se había hecho muy popular. Nos suministraba ocasionalmente como en este caso, alimento fresco para nuestros porteadores, que no eran muy exigentes en cuanto a la calidad de carne que se les sirviera. Cuando las bíblicas vacas flacas de Egipto llegaran al número siete, habrían devorado gustosos los intestinos de un elefante o de un caimán. Cuando se trataba de carne, entre ellos era sólo cuestión de cantidad, no de calidad.

En eso se parecían a los buitres, a las hienas, a los chacales, que limpian de carroña las tierras del desierto. Una hora antes de la puesta del sol acampamos cerca de un pozo de aguas verdosas y malolientes, el único en muchas millas a la redonda. A juzgar por la variedad de huellas que lo rodeaban aparentemente contaba con el patrocinio de toda la fauna, incluyendo una dichosa familia de leopardos.

Los innumerables esqueletos de animales que se veían diseminados sobre las colinas próximas, testimoniaban que esos leopardos habían estado monopolizando la vecindad por largo tiempo. No se

advertían huellas de leones por ninguna parte. Esto explicaba la razón de que los leopardos se creyesen los engreídos dueños de la región. Aun antes de que acumulásemos las chamizas y leños necesarios para las fogatas de nuestro campamento, miramos a tres de ellos hacer su aparición en un risco cercano, como si nos estuvieran pidiendo explicación de los motivos de nuestra intrusión en su territorio.

Esa fue al menos la impresión que captamos del altanero modo con que nos observaron hasta que les hicimos un par de tiros, con los que parecieron tornarse más razonables. Parecía que al leopardo número 3 no le había tomado mucho tiempo enseñar a sus nuevos compañeros la inclinación que sentía por nuestros dos burros, porque a la salida del sol el siguiente día, sobre las azules y lejanas montañas de Shinda, hallamos sus esqueletos, después de haber comprobado que se habían extraviado de nuestro campamento durante la noche. Su trágico fin causó profundo dolor a nuestros porteadores, porque tenían que agregar a sus ya pesadas cargas las que llevaban nuestros dos fieles asnos, aunque infortunados viejos amigos.

Después de otra semana de marcha llegamos finalmente a nuestro destino. Eran las espesas colinas boscosas, la jungla que bordeaba las estribaciones de la cordillera central, donde advertimos la presencia de huellas frescas de numerosos búfalos, rinocerontes y elefantes. También dimos con la marca de pisadas de jabalíes, cebras y varios leones, así como las de una joven jirafa. Decidimos ir tras las huellas de este último animal sin dar con ella, aunque al final, por una fracción de minuto, notamos su presencia, como observándonos por encima de un matorral de mimosas, con su pequeña leonada cabeza en forma de martillo.

Así como el cielo es el límite para el que no está habituado a la vida en las selvas, no ha de haber

limitaciones para la paciencia del cazador que busca especialmente determinada pieza. Por ejemplo, una manada de elefantes. Habíamos cruzado y recruzado por una semana la selva que nos rodeaba en busca de paquidermos, cuando Hassan, que habitualmente nos precedía en nuestra marcha, lanzó un pequeño grito, arrojó al suelo su fusil, agarró con ambas manos los extremos de la camisa que lo cubría y echó a correr como un conejo asustado a guarecerse en las ramas de un árbol vecino. Iba seguido de cerca por la cabeza negra de un furioso búfalo cimarrón, con el cual había tropezado estropeándole su siesta meridiana.

Mbana, nuestro jefe de guías, que acompañaba a Hassan, se dio también a la fuga, con la única diferencia de que como no usaba aquella especie de camisa de dormir, corría más ligero que él. Se le fue adelante en la persecución del árbol, mientras Hassan movía sus largas piernas a todo lo que le daban, gritando a pulmón herido: *no subas a ese árbol, Mbana, que es el mío.*

Aunque no podía contener la risa, hice gala de mi aplomo. Puse una rodilla en tierra y disparé a la bestia, errando, como era de suponerse, en aquella circunstancia. Pero el teniente Oliveiros que había acudido presuroso al sitio en donde nos hallábamos, atraído por los horrendos gritos de Hassan, muy pronto derribó al monstruo con un certero disparo.

Mientras tanto Hassan y Mbana que colgaban de las ramas de un árbol como un par de murciélagos, dando frenéticos pataleos en el aire para mantener sus piernas lejos del alcance de los cuernos del búfalo, saltaban al suelo e iniciaban una suerte de danza fantástica en torno del abatido enemigo, alzando triunfantes sus flacos brazos sobre las cabezas y llamando a la pobre bestia con toda clase de epítetos, cuando de repente, ésta se puso otra vez sobre sus tremendas patas e inició el ataque.

Es de imaginarse lo que ocurrió entonces. Todo lo que recuerdo de aquel lance es que sentí como si un ángel me hubiese suspendido con ambas manos por la costura central de los pantalones y me estuviera alzando cada vez más alto y más alto, como un balón hacia unas nubes doradas... Después de un tiempo descendí con un golpetazo, que debió haber sonado como el retumbar del trueno, sobre las espaldas del infeliz Hassan, quien ya trataba de escapar a gatas por el suelo, hurtando sus piernas de mi abrazo fraternal.

Después que aquella tempestad pasó, me puse de pie para cerciorarme de que todos mis huesos estaban en su sitio. Vi a Oliveiros, sin su casco de corcho ni la espalda de su camisa, oteando cuidadosamente el campo desde un bosque de cactus, mientras Mbana se pegaba como una babosa en la rama más alta del más elevado de los árboles que podía encontrarse en varios kilómetros.

Tanto el búfalo como Hassan habían desaparecido como por arte de magia. El inmenso animal lo encontramos muerto poco después en medio de unos arbustos, mientras que Hassan apareció por el campamento cuando ya era de noche, dando aullidos como un mono loco. Por lo que nos contó, cuando estuvo más sereno, supimos que se había escondido detrás de unas rocas donde no quería salir por miedo a que el búfalo sagrado retornase de nuevo a la vida. Los búfalos son traicioneros y extremadamente vengativos y tan ligeros de piernas como las cabras.

Ha habido casos en que han puesto a raya a sus perseguidores impidiéndoles por varios días bajarse del árbol donde encontraron protección. En otros, se han emboscado para cornear al cazador que los acosaba. Especialmente los búfalos cimarrones suelen ser muy fieros y llenos de mañas. Cuentan que nunca cierran los ojos cuando embisten. Por desgracia me hallaba muy apurado en aquella ocasión para

verificar la exactitud de estos asertos. Esta especie ataca al cazador desde el momento que se da cuenta de su presencia.

Pasamos la mayor parte de la noche remendando nuestros rotos vestidos, dándonos masajes en los adoloridos miembros, de cuando en cuando riendo de buena gana al recordar los lances de la cacería en la que todos nos habíamos divertido en grande. Especialmente yo, que me había parecido oír coros angélicos, y Hassan, que no cesaba de maldecir al pobre viejo Mbaná por la traición que le había hecho al intentar quitarle su árbol.

Sin embargo no íbamos realmente a la caza de búfalos. Lo que deseábamos era uno o dos leones de espesa cola y unos cuantos elefantes para cargar con el marfil. Por lo que respecta a los leones debo confesar que no llegamos a ver ninguno durante nuestra gira. Varias noches oímos sus rugidos cerca de su campamento, aunque nunca vimos sus huellas ni sentimos su almizcle. Quizás haya sido mejor. Siempre es peligroso tentar a los dioses, especialmente después de nuestra pequeña experiencia con el búfalo cimarrón que por poco me destripa.

En cuanto a los elefantes tuvimos la oportunidad de dar muerte a uno solo. Presumo que fue por casualidad. No recuerdo que tuviera la sangre fría suficiente para apuntar con todas las reglas, después de lo acontecido con el búfalo.

Las cosas pasaron de este modo. Después de explorar pacientemente una zona, al final pudimos localizar la manada más por el ruido que hacían sus estómagos que por cualquier otro detalle. Mientras mastica su alimento y durante la digestión, el estómago del paquidermo hace un ruido semejante al del agua al escapar de una botella. Este sonido puede oírse a una distancia apreciable. Fue debido a ese curioso ruido o gorgorito multiplicado ciento por ciento, que nos venía de todas direcciones, lo que

nos hizo comprender de repente que nos habíamos metido, sin sospecharlo, en el centro de una manada de elefantes.

Los descomunales paquidermos estaban durmiendo cómodamente debajo del grueso follaje de los árboles gigantes de la selva. Eramos cinco en total los del safari. Oliveiros, el muchacho que llevaba sus armas, yo, Hassan y Mbana, quienes se multiplicaban durante el día en incontables labores, pero llegada la noche dormían como dos benditos en un árbol, semejantes a un par de zamuros.

En el momento en que oímos el misterioso ruido del estómago de los elefantes, aguzamos nuestros ojos en la oscuridad. Pudimos distinguir las negras y gigantescas formas, una después de otra, que levantaban y asentaban sus gruesas y redondas patas en lento caminar a la media luz que iluminaba el bosque. Al darnos cuenta de nuestro hallazgo nos abrazamos atemorizados como los marinos de un naufragio cuando ven aproximarse un grupo de tiburones hambrientos. No me avergüenzo de confesar que mi cuerpo temblaba de miedo. Me pasó lo que al cazador de la mitología, ¿cuál era su nombre? que sorprendió a la diosa Venus en el momento en que tomaba el baño. Era muy bella, pero los dioses habían prohibido mirarla a tan corta distancia —tal como nos acontecía con la manada de elefantes. No podíamos evitar nuestra admiración. Algunas de las elefantas eran excepcionalmente corpulentas. Nos hallábamos tan próximos a ellos que resultaba explicable nuestro desconcierto.

De repente el negrito que portaba las armas de Oliveiros, quien se había vuelto color marfil a la vista de estas hermosas bestias, arrojó el fusil en su excitación. No fue mucho el ruido que hizo, pero a mí me pareció que era como el estampido de un cañón. En el mismo momento un enorme elefante que descansaba en otro sitio del bosque, sacudiendo

sus inmensas orejas, lanzó un trompetazo que puso en movimiento a todo el resto de machos y hembras de la manada, los cuales partieron en todas direcciones. Era tal el estrépito que parecía como si todos los árboles se estuviesen cayendo, azotados por un huracán. Partieron en estampida como un coro de ululantes dinosaurios, hartos asustados como para darse cuenta de nuestra presencia.

Recuerdo cómo Mbaná y un elefantito estuvieron a punto de chocar cuando ambos escapaban a todo correr, pero en sentido contrario. Tan pronto como se vieron el hombre y la bestia frente a frente, Mbaná alzó los brazos al cielo, lanzando gritos de terror que seguramente podían escucharse a varios kilómetros de distancia, evaporándose con las alas que da el miedo. Mientras el elefantito, alzando su trompa y batiendo nerviosamente sus orejas como un par de sombrillas abiertas dio un salto en torno rápidamente, como si una inmensa puerta girara sobre sus goznes. En su ágil vuelta de carnero, como si fuera una gigante pelota de goma, chillaba todo el tiempo como un cerdito cuando es llevado al altar del sacrificio.

Todo esto ocurrió con la celeridad del rayo. En ese mismo momento me hallaba listo para poner los pies en polvorosa, lo mismo que el resto del safari. No importaba en cuál dirección. El hecho es que me encontré de pronto asaltado por una tosca masa de carne y huesos, envuelta en un enorme saco de piel gris. Frente a mí una inmensa mole se curvaba, animada de un par de aleteantes orejas negras, dos poderosos blancos colmillos y un par de ojillos sanguinolentos que parecían hacerme guiños mortales.

Esta terrible visión pasó por mi cabeza en segundos, parecida al retumbar del trueno. Fue en ese momento también que hice fuego, acertando a colocar la bala en uno de los ojos del monstruo. Cayó

con un resonante estampido pocos metros más adelante del lugar donde me encontraba.

Primero y único elefante que haya matado. Esperemos que sea el último. Si alguien desea cazar elefantes puede hacerlo. A mí me bastó con éste.

PRIMEROS BOSQUEJOS TURCOS

TAL VEZ LAS BATALLAS NO SIEMPRE sean dadas por soldados eficientes. Considérese por ejemplo, nuestro ataque al Canal de Suez en enero de 1915. Ese hecho de armas, de acuerdo con la mayoría de los soldados turcos que tomaron parte en la expedición, se convirtió en un fracaso. Dos de nuestros oficiales de la reserva *Takaut* de la vieja *escuela hamidiana*, llevaban ocultos en las talegas de sus sillas de montar varias gallinas y un gallo, con el objeto de tener asegurada la provisión de huevos frescos para el desayuno. El enemigo, según nuestros *askars*, nunca sospechó nuestra presencia en la orilla oriental del canal de Suez, hasta el alba, cuando el bendito gallo sacó su cresta de la talega donde lo escondían y lanzó su soberbia clarinada o quiquiriquí, que de inmediato puso en alerta a los activos soldados británicos.

Alegan nuestros *askars* que si no hubiese sido por ese maldito *chantecler*, probablemente habríamos ganado la guerra mundial. Si logramos entonces interrumpir el tránsito por el canal de Suez, habríamos cortado las líneas de aprovisionamiento de Inglaterra con la India y Austria, así como las de Francia con sus posesiones del norte y centro de Africa. También hubiésemos podido ocupar la costa occidental de Suez, lo que indudablemente habría precipitado la revuelta en Egipto. Una revuelta general del Islam, contra la supremacía del mundo occidental.

El general Sir John Maxwell, el *salvador de Egipto* en aquella memorable ocasión, ha debido

por consiguiente llevar en su escudo de armas la imagen de un gallo lanzando su clarinada al romper el alba, para hacer perenne la memoria de ese incidente ridículo, que según los turcos, es rigurosamente histórico.

Hablando de eficiencia de soldados, la efectividad del ejército turco durante la guerra mundial (a despecho de la triste reputación que ganó en las luchas balcánicas) debería ser atribuida parcialmente a los grandes servicios del mariscal de campo Von der Goltz. Durante treinta años fue el instructor del ejército otomano en capacidad de asesor. Desde luego, no tuvo un cargo que le permitiese formar el ejército de la manera como él lo hubiese deseado. Pero dejó el terreno abonado, de suerte que cuando el mariscal Liman Von Sanders, el héroe de los Dardanelos fue nombrado director o jefe de la misión alemana en Turquía en el año 1912, con poderes ejecutivos, lo único que tuvo que hacer fue levantar la estructura sobre los fundamentos ya preparados por Von der Goltz.

Los turcos eran excelentes artilleros y ametralladoristas. En la campaña de Galípoli, en la cual algunos de los más poderosos acorazados que jamás se hayan visto fueron enviados al fondo del Mediterráneo por las minas y submarinos turcos, esas dos espléndidas armas del ejército otomano llenaron las cuarenta o cincuenta mil tumbas que nuestros galantes enemigos dejaron en las doradas costas y en los históricos campos de batalla de la antigua Troya.

Durante esa tremenda lucha Alá estuvo con nosotros. Alá llegó hasta *arrojar arena*, como dicen los árabes, a los ojos de nuestros enemigos en cierta histórica ocasión, con el objeto de evitar que Constantinopla cayese en sus manos. Esto aconteció después de una serie de extraordinarios ataques, que costaron a las flotas británicas y francesas varias de sus más formidables unidades, obligándolas a reti-

rarse de ese frente de guerra, al menos temporalmente.

Si en vez de retirarse, las flotas aliadas hubiesen aventurado otro ataque, habrían podido forzar fácilmente la entrada de los Dardanelos, porque en aquel momento estaban a punto de agotarse nuestras municiones. Entonces fue cuando Alá nos dio su ayuda, arrojando arena a los ojos de nuestros enemigos. Cuando los aliados se recuperaron del choque y se limpiaron los ojos, renovando su ataque, varios trenes cargados de proyectiles para artillería pesada, que en el interín habían llegado de Constantinopla, nos permitieron cerrar la entrada de los Dardanelos, en una forma tan hermética como cierran su bolsa los escoceses.

Sin embargo nuestros ametralladoristas y artilleros no eran los únicos bravos del ejército otomano. Aun nuestras tropas auxiliares, a saber, nuestros zapadores, estaban dotados de extraordinaria sangre fría y determinación. En el ataque contra el canal de Suez, que ocurrió para el mes de enero de 1915, uno de los acontecimientos más notables fue el voluntario sacrificio, por no decir el suicidio, de una compañía de zapadores otomanos, que después de cruzar el canal por medio de un puente de barcas aceleradamente construido, se dejó matar hasta el último hombre, antes que rendirse. Nuestra caballería estaba también formada por un cuerpo de excelentes soldados aunque no parece que estimaran sus monturas en la forma en que deberían haberlo hecho. Esto es explicable por su ascendencia tártara. No debe olvidarse que hace siglos los mongoles, como sus discípulos los cosacos, usaban sus caballos no sólo para la guerra, sino también como bestias de carga para transportar sus tropas a través de las estepas y desiertos, entre el Turquestán, la India, China y Hungría.

Cada guerrero en estas largas expediciones de

los kalmukos tenía por hábito traer consigo diez o más vigorosos y ligeros potros, a los que mantenían todo el año pastando en las praderas, sin que requiriesen los cuidados de su dueño. Sólo en esta forma podían los turcomanos efectuar jornadas diarias de setenta u ochenta kilómetros. Lo hacían día tras día, mes tras mes, sin perder sus caballos. Por esta razón la caballería otomana que se aproximaba en número al tamaño de un cuerpo de ejército, al comienzo de la guerra mundial, quedó reducida a su mínima expresión cuando terminó el conflicto.

La única mancha en el ejército turco fue la de los oficiales *Takaut*. Recuerdo todavía con consternación los meses en que tuve que vérmelas con ellos, mientras ejercía el cargo de *mufetish*, o inspector del Mamoureh-Kadme, centro de abastecimientos del ejército en el norte de Siria en 1915.

La mayor parte de estos *Takaut* pertenecía al cuerpo de oficiales retirados del régimen del exultán Abu-UI-Hamid. Lo que equivale a decir que habían sido reclutados entre los sargentos y cabos, por temor de que los oficiales graduados si se les daba comando de tropas, pudieran organizar una revolución. Estos reglamentarios u oficiales de reserva del viejo régimen, por regla general eran aborrecidos en todo el país, debido a su rapacidad e instinto de perillanes.

Se les empleaba exclusivamente en los servicios de comisaría. Representaban en mi opinión la más dañina plaga que hubiese devastado a Turquía en el período de la guerra mundial, porque la langosta aun cuando es voraz, habitualmente no destruye más nada, aparte de las cosechas y los forrajes. Mientras que estos inveterados parásitos, vendían las medicinas y las raciones del hombre y la bestia. Si hubiesen encontrado quien se las comprase, habrían vendido también las locomotoras de nuestro ferrocarril de Bagdad.

Esta es la razón por la cual el cuerpo de oficiales de los jóvenes turcos que destronó al sultán Abu-Ul-Hamid, se componía casi en su totalidad de oficiales del ejército regular, es decir, no de oficiales que hubiesen salido de las filas, sino de graduados de la Academia Militar, que en muchos casos pertenecían a las más aristocráticas familias del imperio.

El arma más eficiente estaba representada en nuestro ejército otomano por la infantería. Esos fieros *askars* que en la antigüedad colocaron las banderas de unas cien naciones conquistadas a los pies de sus poderosos sultanes.

Mientras combatía alternativamente en los varios frentes de guerra tuve la oportunidad de observar íntimamente a nuestros soldados turcos. Pocas veces osábamos ordenar un ataque a la bayoneta, porque luego no había manera de detenerlos cuando habían comenzado la carga. En acción no utilizábamos corneta sino pitos.

Tan pronto como se daba la voz de ataque partían los infantes gritando ¡*Alá, Alá!*, hasta morir el último hombre bajo el fuego concentrado de la artillería y de las ametralladoras enemigas. Estos *askars* nunca veían hacia atrás. Siempre adelante.

En la Bucovina, al norte de Rumania, tuvimos dos o tres divisiones turcas, que cooperaban en la lucha con los alemanes y austríacos para detener el avance de los rusos. Cada vez que los *mujiks* atacaban a los austríacos, nuestros turcos invariablemente tenían que salir al rescate de los soldados del emperador Francisco José y recuperar las posiciones perdidas haciendo retroceder al enemigo. Esto se repitió tantas veces que al fin el alto comando libró órdenes para que las actividades militares de los austríacos se limitaran a cavar trincheras y a la preparación de la comida para los turcos los cuales a cambio de estos trabajos de los austríacos combatirían solos al enemigo.

Un día los turcos se mostraron tan descontentos de la forma comó los austríacos habían cavado una nueva línea de trincheras, que se declararon en huelga. Sin haber recibido órdenes atacaron a los rusos y rehusaron regresar, a menos que se ordenara a los austríacos reconstruir sus trincheras en la debida forma.

Cada vez que penetraba en algunos de nuestros cuarteles y observaba a nuestros soldados arreglando sus lechos, remendando sus uniformes, descansando con las piernas cruzadas en el piso, o leyendo sus libros de oraciones, sentía como si hubiera penetrado en la jaula de domesticados leones y tigres de Bengala.

Citaré a mi ordenanza principal Tasim Chavush comó ejemplo. Había servido doce años en la caballería. Generalmente lo apodaban *el hijo de Satán*, hasta que lo traje a mi servicio y lo eduqué convenientemente. Desde entonces se convirtió en mi sombra. Solía pasar la noche envuelto en una cobija, al frente de mi tienda o del cuarto donde dormía. Siempre vestido con un uniforme de guerra y provisto de sus armas de reglamento: carabina, sable, cinturón de cartuchos, etc. Varios espías enemigos y otros elementos, asesinos a sueldo que intentaron introducirse subrepticamente en mi pieza o en mi tienda, fueron muertos y enterrados silenciosamente por Tasim sin que nada me comunicara al respecto.

Este fuerte gigante albanés de rosadas mejillas, con su corto bigote castaño y con su mirada de muchacho en los claros ojos azules, era tan silente como las tumbas. Siempre alerta a todo lo que pasara a su alrededor. Siempre listo a atender a todo el mundo en la forma debida cuando fuese necesario.

Mis escasas posesiones terrenas estaban en sus manos. Como jefe de mi servicio doméstico, lo hacía como un mayordomo de nacimiento. Cada vez que

se refería a mis vestidos, mis caballos o los hermosos lebreles que me había obsequiado un sheik kurdo, invariablemente hablaba de *nuestras* pertenencias. Me decía: *Beym, no sé qué ha pasado con aquel pequeño par de tijeras nuestras que compramos en Erzeroum hace dos años.*

Tenía las llaves de mi equipaje. Cargaba el bolso con mi dinero. Probaba mi taza de café, copa de licor o plato con alimentos antes de que me fuese servido. Porque *l'Orient c'est l'Orient.*

A pesar de la escolta de caballería que me acompañaba a todas partes, Tasim nunca me perdía de vista. Todo el tiempo se mantenía pegado a mis talones. Cada vez que el enemigo abría fuego sobre nosotros, de modo intempestivo, Tasim corría hacia mí inmediatamente, en apariencia con el propósito de recibir mis órdenes, pero en realidad para protegerme de las balas enemigas con su cuerpo. Tan pronto como habíamos pasado la línea de peligro, él volvía a su puesto, a seguirme como antes, a distancia de reglamento.

Los turcos revelan plenamente su ascendencia tártara en sus piezas teatrales, tal como ocurre entre los chinos, cuando los actores son sustituidos por actrices. También se parecen a los tártaros en sus modos de vestir. La mayoría de nuestros soldados, como el kalmuko corriente del Asia central, opinaba que los trajes pesados no sólo protegen a uno del frío sino también del calor. He visto frecuentemente a algunos de nuestros oficiales reservistas *Takaut*, despojarse de sus dolmanes luego quitarse de sus cuerpos, como si fuera la piel de una cebolla, prenda tras prenda de vestir. Primero, dos o tres jubones finos con raros dibujos, pájaros, flores, etc., después dos o tres camisas a rayas o floreadas. Finalmente hasta media docena de franelas de lana.

Entre la población civil del Asia Menor algunos de los tradicionalistas tenían por costumbre

usar aún en verano, sobre todos esos arreos descritos y mencionados, un *kaftán* de seda, o sea, una especie de bata de noche atada a la cintura por una banda de diez metros a modo de faja, luego un abrigo de pieles forrados, quedando todavía por mencionar sus grandes turbantes blancos.

Estos tradicionalistas parecían gozar inmensamente con sus guardarropas. Muchos de nuestros soldados usaban, al parecer sin que les causase ninguna incomodidad, en pleno corazón del desierto, los mismos pesados uniformes de lana que llevaban cuando estaban de guarnición en las regiones de nieves eternas del Cáucaso.

Otra de las peculiaridades de los turcos es la preferencia que revelan por el pan. Por norma comen poca carne o legumbres. En cuanto al pan, no importa sea fresco o viejo, negro o blanco, pueden comerse varios kilogramos, probablemente fieles a lo que dice el Corán, que como la Biblia, habla con emotividad del pan nuestro de cada día.

Los soldados muertos en acción eran siempre enterrados descansando el cuerpo de un costado, con sus caras mirando al sur, en dirección a La Meca y Medina, las ciudades santas del Islam. El orgullo de sus sentimientos religiosos era frecuentemente incomprendido por ignorancia de algunos de sus instructores alemanes, como ocurrió cierta vez en el campamento militar de Baalbeck, en Siria central, donde un mayor germano hizo construir paralelas una a otra, dos hileras de baños para conveniencia de sus soldados. Sin embargo, éstos, para su desconcierto, rotundamente rehusaron hacer uso de aquellas cómodas duchas. Por suerte, después de algún tiempo una persona amiga le sopló al oído: *¿No comprende usted que esos baños han sido construidos con sus entradas hacia el norte, en vez de hacia el sur, en dirección de la Meca y Medina?*

Entonces el mayor entró en razón. Natural-

mente, ningún verdadero creyente osaría volver la espalda a las ciudades santas mientras se baña. Eso sería para él un gran sacrilegio. Por lo tanto, el oficial alemán hizo reconstruir los baños con sus puertas hacia el sur. Sus *askars* dieron las gracias a Alá por haber iluminado su espíritu. Reverentemente se inclinaban hacia La Meca y Medina cada vez que tomaban el baño.

No puedo evitar el mostrar admiración por los sentimientos religiosos de nuestros soldados turcos, sentimientos que naturalmente se mantenían vivos por la presencia de numerosos derviches en nuestras filas.

¡Ven acá! le grité una vez a un soldado de negra barba y blanco turbante que se hallaba muy atareado, lavando el piso de uno de nuestros cuarteles en Jerusalén. El *askar* de piernas torcidas, en su uniforme verde oliva de paño burdo, tongoneándose ridículamente como un gordo pelícano, vino en mi dirección. Se detuvo haciendo mucho ruido con sus amarillas chinelas marroquíes. Finalmente se irguió en posición de ¡firme!

Sonreí para mi fuero interno al observar la severa mirada en la cara estólida de aquel hombre cómico, que tenía los ojos fijos en mí con cierto temor. Su mano izquierda, en vez de la derecha, fue llevada respetuosamente a la altura de la oreja, donde el pesado turbante le forzaba a hacer el saludo en un ángulo de cuarenticinco grados. Era un típico *hodcha-effendi*, o clérigo. En Turquía aun los sacerdotes tuvieron que vestir el uniforme del sultán durante la guerra mundial y combatieron por la gloria del califato. Uno de nuestros regimientos de ataque en el frente del Sinaí, era el de los *derviches aulladores*, el cual experimentó grandes bajas. Finalmente tuvieron que ser retirados de la línea de combate porque estos santos varones tenazmente rehusaban, al entrar en acción, despojarse de su

blanco fez tubular de dos pies de largo, que servía para revelar su presencia a los tiradores expertos del enemigo cada vez que se levantaban en sus trincheras.

La única diferencia entre nuestros sacerdotes guerreros era que los *seculares* u ordenados, así como también los estudiantes de los seminarios mahometanos, se clasificaban como *aspirantes a oficiales*, mientras que los laicos o hermanos de los monasterios, es decir, los *hodcha-effendis*, tenían que servir en las filas como soldados, u oficiales sin comisión. Aquel que yo había llamado era un laico, por consiguiente, un soldado raso. Siempre solía compadecerme de estos humildes hombres y generalmente buscaba la manera de darles un trabajo decente. Por lo regular como dependientes del comisariato.

Después de apreciar por un rato a este practicante de clérigo, le pregunté bruscamente:

¿Cuál era tu ocupación antes de la guerra?

Era clérigo laico, Beym —me replicó humildemente, cambiando su posición de *firme*.

¿Sabes leer y escribir? ¿Conoces algo de aritmética? Continué haciéndole preguntas, mientras atusaba nerviosamente mi recortado mostacho.

Sí, Beym, me replicó. *Solía hacer la tarea de ayudante de contabilidad en el monasterio de Konia.*

En tal caso, le dije, repórtese en seguida al capudan-effendi de nuestro servicio de intendencia. Dígale que lo ponga a trabajar en su oficina inmediatamente. ¿Me comprende? Y ahora retírese, haidi, en el acto.

A pesar de las inescrutables facciones de nuestro *hodcha-effendi*, sorprendí en sus profundos ojos una mirada de sincera gratitud, cuando daba media vuelta, y se dirigía lentamente hacia nuestro departamento de intendencia. Sus bajos y oscuros edifi-

cios debieron parecerle en aquel momento a este humilde servidor del cielo, el mismo paraíso de Mahoma.

De esta manera vine a convertirme poco a poco en el ángel protector de todo *hodcha-effendi*, que tenía la suerte de caer bajo mi mando. He de confesar que no obstante ser *giaur* —perro cristiano— como indudablemente debían llamarme los fieles musulmanes, aquellos infelices siempre me mostraron su mayor fidelidad, e implícitamente obedecieron mis órdenes, aun bajo las más difíciles circunstancias. Por medio de ellos adquirí mucha valiosa información acerca de las condiciones políticas internas en Turquía, así como también sobre la naturaleza del alma oriental que siempre permanecerá en el misterio para muchos gentiles, no importa el tiempo que hayan podido vivir en Asia.

El 1º de enero de 1917 ocurrió un accidente, que habría podido precipitar la pérdida de Palestina para Turquía, pero gracias al valor y la sangre fría de un *hodcha-effendi*, que había protegido y nombrado jefe de contabilistas en nuestro duodécimo regimiento de infantería, se evitó el desastre.

Su nombre era Suleimán Effendi. Al amanecer de ese día un verdadero ciclón se desató sobre la ciudad de Es-Salt, capital de Transjordania. Vino acompañado de torrenciales lluvias que destruyeron totalmente nuestra carretera militar hacia Jerusalén, habiéndose caído hasta los puentes. Casi simultáneamente con este desastre, vinieron las noticias de que los ingleses habían avanzado por encima de El-Arrish y estaban a las puertas de Gaza. También recibimos la información de que nuestras tropas estacionadas allá eran apenas suficientes para detener el avance del enemigo.

Una hora más tarde recibimos un mensaje del coronel von Kress Bey, comandante en jefe de nuestro ejército expedicionario en Egipto, en el cual se

ordenaba a nuestra guarnición que partiese en el acto para reforzar la línea de batalla del frente de Gaza.

Media hora después nuestros 4.000 *askars* se pusieron en marcha hacia Jerusalén, sin más equipos que sus armas, mientras yo me quedaba a retaguardia en Es-Salt con escasamente cien o menos hombres, bien escogidos entre los mejores, para guardar nuestros almacenes de armas y municiones, que si caían en manos de los árabes habrían sido suficientes para convertirlos en dueños de Palestina. Para hacer las cosas peores, parecía que el avance de los ingleses había electrizado y galvanizado dentro de una revuelta, a los veinte mil habitantes de Es-Salt. Estos se habían armado hasta los dientes, y se preparaban para sitiarnos en el viejo y macizo edificio de la iglesia católica, en el cual apresuradamente nos habíamos atrincherado, y en cuyo interior estaban apiladas hasta los techos millares de cajas con rifles, e incontables cartuchos de pólvora y dinamita.

La iglesia estaba situada en el centro de la ciudad, al pie de un empinado cañón por el cual se extendía el principal barrio de Es-Salt. Si nuestros almacenes de pólvora hubiesen volado, toda la ciudad, que se elevaba en terrazas, a ambos lados del cañón, habría quedado destruida, como si hubiese sufrido un terremoto y las casas se hubiesen derrumbado, yendo a parar al fondo del valle.

Cinco minutos después que nuestras tropas se habían marchado, los techos planos de los edificios circundantes se vieron cubiertos por millares de tribeños árabes armados que entre gritos, maldiciones y gestos, pedían nuestra rendición, o de lo contrario estábamos condenados al exterminio. Previendo lo que podría suceder, pedí a Suleiman Effendi, el *hodcha-effendi*, del duodécimo regimiento, que invitase a los tres sheiks, o jefes del clan de la

ciudad, a tomar el té conmigo, mientras discutíamos las condiciones de nuestra rendición.

Tan pronto como hubimos terminado nuestra fracasada entrevista, y los sheiks partían con mucha dignidad atravesando la puerta principal de la iglesia para salir a la calle, Suleiman Effendi los arrestó, en medio de la excitada turba del pueblo. Luego los trajo amarrados, y los arrojó dentro de nuestros almacenes de pólvora con la advertencia de que *no habría cuartel para ellos*, desde el mismo minuto en que sus partidarios disparasen un tiro contra nosotros. Entonces yo ordenaría a Suleiman que apretase el botón a fin de que estallaran pólvora y municiones, y todos volásemos, los sheiks, nosotros y la ciudad de Es-Salt, con toda alma viviente dentro.

Durante tres días y tres noches Suleiman Effendi se sentó en la cúspide de aquella montaña de explosivos, listo para apretar el botón, mientras los 20.000 habitantes de Es-Salt gritaban y juraban como condenados, amenazándonos con inferirnos la muerte más espantosa. Sin embargo no osaron dispararnos un tiro. Finalmente, durante la tarde del tercer día llegó un mensaje del coronel Von Kress, donde anunciaba la retirada definitiva del enemigo de Gaza. Al saberlo los árabes, ocultaron sus armas y empezaron a dar vivas y bendiciones a nuestra roja media luna. Después recibieron con lágrimas en los ojos a sus tres perdidas ovejas que posiblemente no habían pasado nunca por tan tremenda experiencia en toda su vida.

Después de la evacuación de Bir-Es-Sabah y el retiro de su guarnición a Jerusalén, los tres regimientos de la tercera división de lanceros imperiales, asumieron la defensa de la retaguardia de nuestras tropas, contra la caballería enemiga que no dejó un minuto de hostigarlos. En Daharie, donde la carretera militar de Bir-Es-Sabah-Hebrón, penetraba en las laderas del sur de Palestina, la tercera

división de lanceros hizo alto súbitamente. Se colocó en formación de batalla, con sus flancos protegidos por la artillería y secciones de ametralladoras, presentando lucha a los numerosos regimientos de caballería británicos y australianos que venían en su persecución.

Prudentemente los británicos se quedaron a la distancia, sospechando asombrados las intenciones de los bravos turcos. ¿Cómo era posible —se preguntarían ellos— que tres regimientos turcos de caballería cansados y hambrientos, osaran desafiarlos, ante la manifiesta superioridad de ocho, diez o más contra uno de los regimientos británicos y australianos, bien alimentados y espléndidamente equipados? ¡Era un gesto de temeridad, algo que no había ocurrido antes! Sin embargo acababa de pasar. Menos de un año habría transcurrido de aquel asombroso hecho de armas, durante la segunda batalla de Gaza, cuando esas mismas tropas de la tercera división de caballería, cansadas y hambrientas, cortaron el ala derecha del enemigo, formada por la flor y nata de la caballería británica y australiana en Egipto, forzando a los ingleses a retirarse con grandes pérdidas. Mientras los británicos permanecían en actitud de espera, tratando de averiguar lo que pasaba, uno de nuestros regimientos, el sexto de caballería, se cansó de aguardar, disponiéndose a partir al galope con las lanzas en ristre, y desafiando al regimiento enemigo en combate singular. Viendo que su desafío no era aceptado, el tercer escuadrón del sexto regimiento cargó al galope, solo, contra los ingleses, dispuestos a medirse con todo un regimiento británico o australiano.

Era demasiado para los flemáticos británicos. Un escuadrón de australianos recogió caballerosamente el guante. La Cruz y la Media Luna chocaron en medio de una nube de polvo. Cuando la batalla terminó, sólo quedaban en sus monturas unas tres

docenas de australianos y turcos. Ni un tiro de rifle, ni una ráfaga de ametralladora. Los cañones permanecieron silentes, mientras este puñado de caballeros de San Jorge y paladines de Alá, se retiraban salvos a sus respectivas líneas. *El-Handu-Ul-Ullah!*

Al hablar del soldado turco, no puedo dejar de recordar a Enver Pachá, el hombre más grande que haya producido Turquía en muchas generaciones. Era soldado, estadista y patriota. Fue una soleada mañana de junio de 1915 cuando nos conocimos. Fecha que nunca olvidaré, porque esa mañana me sentí como si hubiese descubierto América. Todo me parecía tan extraño, después de vestir mi primer uniforme turco y cruzar por la amplia escalera de mármol del departamento de guerra, para reportarme a Su Excelencia el coronel Enver Bey (más tarde Enver Pachá), secretario de guerra y vicegeneralísimo del Imperio otomano.

Cuando desmonté del automóvil a la entrada principal del enorme edificio rectangular de cuatro pisos, el Ministerio de Guerra que se levantaba solitario en el centro de una manzana rodeada por quioscos, con su alta baranda de hierro, una banda militar ataviada con tradicionales uniformes estaba tocando cierta marcha estruendosa y salvaje que los jenízaros solían tocar hacía largo tiempo, cuando sitiaban a Budapest, o cargaban contra la vieja guardia de Napoleón al pie de las pirámides.

Sentí una honda emoción mientras me paseaba por aquellos salones de recepción maravillosamente decorados, antes de que el ujier me introdujera al despacho de Enver Pachá. En lo que me vio se puso de pie. Sonrió afablemente y me dio un cordial apretón de manos. Invitóme a tomar asiento. Después que encendimos un cigarrillo, tomamos una taza de café a la turca y hablamos largamente. Nos despedimos como los mejores amigos. Frisaba en los cuarenta o cuarenta y dos años en esa época. Era

de estatura mediana, delgado, muy bien parecido. Usaba bigote a lo *Kaiser*. Poseía una fuerte y atractiva personalidad. Jamás usaba sus títulos oficiales.

Soy Enver. Mucho gusto en conocerlo, era la forma de presentación. Como era el primer edecán del Sultán, llevaba naturalmente el uniforme correspondiente a su dignidad. Pero un uniforme sencillo, como el que llevaban sus propios edecanes.

Cierto día en la primavera de 1918, uno de nuestros antiguos oficiales austríacos en el frente de Sinaí, capitán de artillería, deseaba urgentemente enrevistarse con Enver antes de regresar a su país. Había sido propuesto para la medalla militar que sólo podía conferir Enver. Por lo tanto, me rogó le solicitara una audiencia con *Seiner Exzellenz*. Naturalmente la conseguí. Sería recibido el martes en la tarde a las 2 en punto. Su audiencia duraría cinco minutos, lo que equivalía a dos minutos más de lo que se otorgaba a los oficiales subalternos.

Pocos días más tarde me vi de nuevo con el capitán. Había obtenido su condecoración, pero tenía que contarme una interesante historia. Después de ser anunciado en cuatro diferentes despachos y ser recibido por cuatro diferentes edecanes, quienes le preguntaron a quién deseaba ver, lo anunciaron a la puerta de un quinto salón, donde otro edecán vestido exactamente como los anteriores, le preguntó con mucha cortesía:

¿En qué puedo servirle, señor?

¿En qué puede servirme? —contestó ya amoscado el capitán. *Tenía que ser recibido por Enver Pachá a las 2 en punto. Debido a estas tardanzas inexplicables, he perdido ya tres de los preciosos cinco minutos de la audiencia que me otorgaron.*

En vez de disgustarse el edecán, sonrió con afabilidad y replicó:

Por favor, no se preocupe, capitán. Soy Enver.

Inmediatamente accedió a la exigencia del capitán.

A diferencia de los otros líderes del partido de los jóvenes turcos, Enver fue un hombre que se elevó por la propia fuerza de su carácter. Fue el héroe de la campaña de Trípoli, durante el conflicto ítalo-turco en 1910-11, que inclinó la balanza del triunfo en favor del ejército turco en la segunda guerra balcánica.

A raíz de la caída de Adrianópolis, el gabinete turco se hallaba reunido en el palacio de la Sublime Puerta, para firmar un armisticio, en virtud del cual Turquía no sólo cedía Adrianópolis, sino también la Tracia a Bulgaria. Pocos minutos antes de que el tratado se firmara y sellara, Enver y otros dos jóvenes oficiales del ejército turco, se presentaron intempestivamente en la sala, solicitando del gabinete que firmara su renuncia de inmediato. El secretario de guerra fue el único miembro del consejo que rehusó firmar. Por lo tanto Enver lo derribó de un disparo. En seguida asumió el comando supremo del ejército, reconquistó Adrianópolis de Bulgaria, y levantó con la ayuda de la misión militar alemana del Mariscal Limán von Sanders, el moderno ejército turco.

Ese ejército no sólo hizo frente y detuvo a los aliados durante la guerra mundial. También liberó finalmente al imperio otomano de *los humillantes derechos extraterritoriales*, o capitulaciones, en virtud de las cuales las naciones imperialistas europeas habían mantenido a Turquía en cautiverio por más de medio siglo.

Enver murió cuando el conflicto griego en 1923, mientras se dirigía a la cabeza de varios millares de turcos, en auxilio de Mustafá Kemal, quien le había rogado que acudiera a su rescate. Se abrió camino entre las tropas bolcheviques que intentaban bloquear su avance. Pero faltó de municiones

cuando cargaba de nuevo a la cabeza de sus hombres, un soldado rojo le abatió con su ametralladora a cinco metros de distancia. La ráfaga mortal despedazó su cuerpo.

Así moría Enver Pachá, el más grande de los jóvenes turcos. El verdadero fundador de la moderna turquía. El valor indomable o fanatismo guerrero —llámese como se quiera— y el tradicional arrojo de los osmanlíes, en la guerra mundial dieron ejemplos de esa entereza que desde tiempos inmemoriales ha hecho que el Imperio otomano sea uno de los más valientes y marciales del viejo continente.

En nuestra campaña del Cáucaso a menudo fui testigo de trincheras llenas de cadáveres, los helados cuerpos de nuestros *askars* que habían preferido morir antes que ceder al enemigo las posiciones que se les había ordenado defender a toda costa. Durante esos terribles meses de campaña en las tierras de nieves eternas del Cáucaso, el alto comando moscovita se vio precisado a reemplazar sus divisiones rusas por las legiones de hierro de Siberia. Hasta los mujiks rusos no podían resistir por mucho tiempo aquel terrible frío.

La mayor parte del tiempo teníamos que pelear sumergidos hasta el cuello en la nieve, en alturas que iban desde los 10.000 hasta los 12.000 pies sobre el nivel del mar. Sin embargo los turcos que habían sido precipitadamente conducidos al frente, sin mayores preparativos ni adecuados servicios de abastecimientos, refrenaron el avance del enemigo y se comportaron en la lucha valerosamente.

Estos soldados se batieron a veces sin abrigo ni adecuados zapatos. En muchas oportunidades carentes de la necesaria atención médica. La mayor parte del tiempo sin otro alimento que un pedazo de pan. Eran hombres que sabían pelear y morir sin lanzar un quejido, sin el más leve gesto de insubordinación.

Cuando la malograda ofensiva de Sari-Kamish, cerca de Erzeroum en 1915, perdimos treinta mil soldados en menos de dos días. Casi todos perecieron a causa de las nevadas. Sin embargo, a pesar de esta desgracia, nuestro tercer ejército del Cáucaso, se mantuvo peleando con los rusos y rechazándolos a punta de bayoneta con más vigor que nunca.

Mayores bajas que las balas y el frío nos produjo una terrible epidemia de tifus que estalló en Turquía casi inmediatamente después de haber comenzado la guerra. En nuestro frente del Cáucaso, donde nos hallábamos aislados del mundo por una barrera de trescientos cincuenta kilómetros de selva montañosa y helada, centenares y aun miles de nuestros askars heridos o enfermos, para los cuales no había camas en los hospitales de Erzeroum, recibieron un poco de dinero y una bolsa de provisiones a fin de que intentaran salvarse, atravesando aquella helada soledad, en busca de Erzindjan, Trebizonda o Sivas, que eran las únicas poblaciones donde había hospitales en un radio de 300 kilómetros.

Encontré a centenares de estos infelices arrastrándose con ansias de vivir por las trochas de cabras, únicas existentes en esos desiertos nevados. La mayoría de ellos ya se hallaban en camino hacia el más allá. Eran esqueletos vivientes a los que seguían bandadas de cuervos y lobos que sólo esperaban la noche para atacarlos. Recuerdo el caso de un soldado que había recibido un sablazo. Se vendó el brazo con los trapos sucios que había arrancado de las pestilentes heridas de un camarada muerto.

Menciono estos hechos en apoyo a mi aserto de que el turco es uno de los más valientes y mejor disciplinados soldados del mundo. Compadecería de todo corazón a los oficiales europeos que intentaran someter sus tropas a las fatigas y miserias por las cuales pasaron los soldados turcos durante la guerra.

Con todo ello, nuestros *arkars* jamás se quejaron de su suerte. Pasaron hambre, combatieron por la gloria de la roja Media Luna y por la causa del mundo mahometano hasta que la muerte piadosa puso fin a sus sufrimientos.

Recuerdo bien lo ocurrido una tarde cuando peleábamos contra las legiones de hierro de Siberia en el interior del salvaje Kurdistán. Mi caballo fue muerto de un tiro, y caí en la nieve hundiéndome hasta las rodillas. Mientras protegía mi cara con una mano de la fuerte ventisca, con la otra me defendía de la agresión de un cosaco. Sentí que alguien me templaba por el borde de mi largo abrigo militar. Reconocí a Ismael Effendi, uno de nuestros comandantes de escuadrón, que yacía medio sepultado bajo la nieve. Había perdido uno de los ojos a causa de un pinchazo de sable del enemigo. Sus morados y temblorosos labios murmuraban débilmente, como un sueño:

Nogales, Beym bir limonade reyaederim, lo que significa: *por favor, consígame una limonada, Bey Nogales*. En ese momento logré deshacerme del cosaco asaltante, con una buena estocada de mi sable. Levanté cuidadosamente la cabeza de Ismael y le dije al oído:

En seguida, mi hermano, en seguida.

Estiró sus fatigados miembros. Un súbito temblor sacudió su cuerpo. Luego sonrió como si se sintiera muy dichoso. A poco cruzaba el umbral del paraíso.

Para demostrar la devoción del askar turco por sus oficiales, va la anécdota siguiente:

Era el amanecer del 25 de abril de 1915, y estábamos en el sitio de Van, capital de Armenia, que yo dirigía. Nuestra artillería abrió fuego por secciones, y el fuego de la fusilería que se había aminorado durante la noche, se iniciaba ahora con más fuerza. Dondequiera caían nuestros proyecti-

les, se derrumbaban los muros y los techos. Columnas de humo y polvo, bajo un verdadero diluvio de chispas, al diseminarse en el espacio, se precipitaban como torrentes de lava sobre los combatientes. Estaba inspeccionando nuestro sector oriental cuando advertí una conmoción. Las bayonetas resplandecían en torno nuestro. Salvajes tribunos kurdos con amenazadores yataganes, brotaban por docenas de un edificio vecino, como ratas al huir de un barco que se va a pique. Una explosión sacudió el edificio, donde algunos de nuestros artilleros habían colocado una pieza de campaña con el fin de abrir un boquete a través de los muros que los separaban del enemigo. Como resultado de las repetidas descargas del cañón, el techo se hundía con un fuerte crujido sepultando bajo las ruinas y cortando la retirada a una parte de la dotación, que corría el peligro de caer en manos de las bandas de *comitadchis* armenios. Los enemigos se aprovechaban de la confusión general para invadir el edificio en llamas. Dispuesto a salvar la pieza y los artilleros que la servían, me precipité en medio de las ruinas, seguido por un sargento y un cabo que voluntariamente se unían a mi empeño.

Pronto advertí la llamarada del rojo fez de los armenios. Daban fuertes gritos y cada vez estaban más cerca de nosotros. Disparaban a quemarropa. Ocasionalmente sentíamos sobre nuestras cabezas el zumbido que hacían sus yataganes, largos, curvos y afilados como navajas. Aunque medio cegados por el relámpago de los disparos y las descargas que iluminaban fantásticamente la escena, el sargento y yo continuamos rechazando a los armenios. Estos mantenían su presión desde el frente y por ambos lados. Finalmente el cabo logró atar una cuerda a la cureña del cañón. El resto de la dotación tiraba de la pieza para sacarla con premura del lugar. El rescate del cañón nos costó cinco vidas, y un cierto número

de heridos, entre ellos el cabo que recibió un balazo en la mejilla en el último momento.

Después del sitio de Van decidimos retirarnos con nuestro ejército expedicionario, atravesando el Kurdistán, con el objeto de atrincherarnos en torno de Bitlis, en Armenia occidental. La división de gendarmería de Van formada por doce veteranos batallones, debía formar la vanguardia. Recibió órdenes de recoger algunos refuerzos en la *kasaba* de Shaghmania, para continuar en dirección de Vastán. El resto de nuestras fuerzas expedicionarias las seguiría de cerca.

Nuestra imprevista retirada no dejó de alarmar a los rusos. Inmediatamente nos persiguieron con fuerzas de artillería, y lanzaron un vigoroso ataque a la bayoneta contra nuestra retaguardia. A pesar de todo, sus esfuerzos para mantenernos inmovilizados a lo largo de la frontera turco-persa, fracasaron cuando perforamos sus líneas. Nos dirigimos a las regiones montañosas de Bervar y Nordoz, llegando a Vastán como destino.

Nuestra situación era en extremo difícil. Lo peor habría podido ocurrirnos, a no ser por la llegada de un bandido kurdo de nombre Noro, quien al conmutarle la sentencia de muerte que pesaba sobre él, nos sirvió de guía, conduciendo nuestros 30.000 soldados por trochas desconocidas a través de las estepas cubiertas de hielo y nieve de las sierras de Bothan-Su y del Monte Djahydi. El gobernador Djeveded Bey, vali de Van, me aseguró que yo era el primer extranjero que visitaba esas regiones. Era la segunda vez en mi vida que me encontraba viajando a través de tierras geográficamente inexploradas. Al comienzo la caballería enemiga nos siguió a prudente distancia. Cuando advirtieron que no les hacíamos caso, tornaron grupas, tal vez temerosos de que les estuviéramos preparando una emboscada.

Al siguiente día ascendimos por una montaña

nevada, escabrosa y pendiente. Sus plateadas cumbres se desarrollaban en arcos que iban de pico en pico, de cresta en cresta, hasta unirse con los blancos capiteles de los montes Hartosh, que parecen vecinos de las nubes.

Nos encontrábamos en medio de una tierra absolutamente desconocida. En el corazón del salvaje Kurdistán. Después de atravesar una vertiente que estaba cubierta con una capa de quince pies de dura nieve iniciamos el descenso de aquella empinada montaña, siguiendo el curso que llevaban los agrestes arroyuelos, cuyas aguas rojizas y burbujeantes se precipitaban por rocas y rompientes, arrastrando en su caída gruesos bloques de hielo. Más abajo formaban cataratas que caían con ímpetu por los hondos precipicios con ruido infernal.

Estábamos tan escasos de alimentos que durante los tres días siguientes tuvimos que subsistir casi enteramente de una especie de yerba silvestre parecida a la cebolla, que los kurdos usan en la preparación del queso. A medida que descendíamos aumentaba la vegetación, de manera que en la tarde del cuarto día nuestros treinta mil soldados ya estaban cómodamente acampando en torno a poderosas fogatas, de cuyas rojas llamas se alzaban a los aires incontables chispas. Mientras me recostaba en alguna parte al amparo de las sombras, arrebujado en mi grueso gabán militar, atento a los susurros de la noche, observaba las alturas que nos rodeaban teñidas por el resplandor de nuestros fuegos. Sólo de vez en cuando era roto aquel profundo silencio por algún aullido o lamento que parecía descender de las cimas por donde habíamos pasado.

Tan pronto como los kurdos, agachados en círculos alrededor de los fuegos de sus campamentos, percibían aquellos extraños ruidos, murmuraban versículos del Corán. De este modo creían libe-

rarse del diablo que andaba suelto por esas montañas.

Ese infernal lamento y el aullido distante de una jauría de lobos, ocasionalmente me recordaba que estábamos en la tierra de Keliehan, considerada dominio de nadie, o sea el reino exclusivo de los *djinnns*, como llaman los nativos a los espíritus que habitan en el yermo.

Después de recoger nuestros refuerzos en Shanghmanis, cerca del lugar donde acampamos durante la noche, en medio de las ruinas de un antiguo castillo, que se dice había sido habitado por Tamerlane, continuamos la marcha en dirección a Vastán. Esta *kasaba*, bastante grande y poblada, estaba situada al sur del lago Van. La hicimos ocupar la noche anterior por un destacamento de dos o trescientos *askars* con el fin de proteger nuestro flanco derecho. Yo dirigía la vanguardia. Cuando nos aproximábamos a la aldea de Kasrik, oímos el incesante ra-ta-ta de las ametralladoras, y a poco el estampido de la artillería.

Esta *kalabalik* o escaramuza, se debía al hecho de que nuestros doscientos o trescientos *askars* que habían recibido órdenes de mantener en su poder a toda costa la vertiente del Vastán, habían sido atacados por los rusos y armenios voluntarios de Van. Tales fuerzas combinadas, estaban constituidas por no menos de tres o cuatro mil infantes, y alrededor de ochocientos Cosacos siberianos, con dos o tres baterías de artillería de montaña.

Por consiguiente nuestra situación era seria. Tal vez extremadamente grave. Si el enemigo maniobraba hasta barrer el puñado de bravos que defendía la vertiente de Vastán, podría caer luego sobre nuestro flanco izquierdo, aniquilarlo y cortar las comunicaciones con nuestra fuerza principal que nos seguía a distancia de varios kilómetros. Por

consiguiente teníamos que conservar en nuestro poder el desfiladero.

Pensando esto galopé hacia Kasrik a la cabeza de la caballería de nuestra vanguardia, mientras mi edecán, corría a retaguardia con el fin de poner sobre aviso a nuestros batallones de Erzeroum y Mussul.

Corríamos sobre el polvoriento y rocoso camino del valle de Kasrik, que se va elevando gradualmente hasta que llega al desfiladero de Vastán. Los proyectiles del enemigo comenzaron a caer en torno de nosotros. El caballo de mi ordenanza cayó alcanzado por una bala. Este saltó de su montura subiendo en seguida a la grupa de la montura del soldado que le quedaba al lado. Cuando mi caballo falseó y chocó mortalmente contra una masa de roca, hice lo mismo. No había un minuto que perder.

Desde donde me encontraba podía ver a mis *askars* pegados al suelo y disparando con prisa, mientras se escudaban detrás de algunos parapetos improvisados. Algunos de ellos se movían como hormigas, cargando los heridos a sitio seguro, o acudiendo a llenar las filas que rápidamente se clareaban. Flameante al aire, contra el azul del cielo, en medio de nubes de pólvora, la roja Media Luna de nuestra bandera, nos urgía a tomar parte en el combate.

Finalmente, después de algunos minutos que parecieron una eternidad, desmontamos de nuestros caballos. Nos dirigimos a la carrera a la cúspide del desfiladero, en el momento en que los rusos y los comitadchis armenios intentaban hacer lo mismo, desde opuesta dirección.

En un segundo chocamos. Fue una lucha a muerte. No se daba ni se pedía cuartel. *L'orient c'est l'orient*. Un alto *comitadchi* de cabello gris, con la cabeza al aire, cubierto el cuerpo con un *kaftan* flotante, avanzó hacia mí, provisto de un largo y

curvado yatagán, para caer poco después como un montón de carne, al recibir entre sus ojos el disparo de uno de mis soldados.

Aun cuando el choque de los aceros, el zumbido de las balas y los gritos y aullidos con que los enemigos se daban ánimos en el ataque me mantenían muy ocupado tratando de mantener juntos el alma y el cuerpo —porque la piel no crece sino una sola vez— no podía dejar de sentir admiración por el noble desprecio de la vida que mostraban nuestros ceñudos *askars*, que incesantemente disparaban y se batían a mi lado murmurando la palabra *¡Alá!* Cuando los alcanzaba alguna bala enemiga, o les perforaba el cuerpo una bayoneta o *yatagán*, los veía lanzar apenas un leve quejido.

Parecía que estábamos condenados a un fin próximo. Ellos lo sabían. Sin embargo continuaban luchando salvajemente en forma suicida, contra la avalancha de mujiks, cubiertos de gorros de pieles. Los oficiales rusos los empujaban contra nosotros, a fuerza de latigazos, como a rebaños. Aquello me parecía semejante a lo que había ocurrido durante la batalla de las Termópilas, 400 años antes de Jesucristo.

Mientras tanto ocurrían novedades en nuestra retaguardia. El batallón de Erzeroum había avanzado en doble movimiento envolvente, y ya chocaba con el flanco derecho enemigo, mientras nuestro batallón de Mussul tomaba posesión de una serie de alturas, desde las cuales podía barrer los artilleros rusos con las bocas de fuego de sus rifles y ametralladoras. En menos de una hora volvíamos a ser los únicos dueños del desfiladero de Vastán. Poco después de transcurrida la media noche éramos también los dueños absolutos de la situación. *¡Allah akbar! Allah Kerim!*

SEGUNDOS BOSQUEJOS TURCOS

SÓLO UNAS POCAS SEMANAS gocé del verdadero descanso en Turquía durante la guerra mundial. Esto ocurrió después de haber rendido favorablemente el examen como oficial superior de estado mayor, en la Academia Militar de Kiaght-Hane en Constantinopla. Obtuve el grado de comandante-vekile del primer regimiento de lanceros imperiales, cuyo cuarto escuadrón prestaba servicio en el palacio del Sultán en Dolma-Bagtche.

El primero de lanceros era para julio de 1918 el único regimiento completo de caballería que quedaba en Turquía. Las unidades regimentales de la tercera división de caballería y otros destacamentos de servicio en varios frentes, habían reducido por bajas de guerra sus efectivos a una tercera parte o menos de su original fuerza de combate.

Nuestro regimiento estaba acuartelado en las dependencias del antiguo palacio de Yildiz-Kiosk, famoso en las novelas de Pierre Loti. En ese palacio había residido el antiguo sultán Abd-I-Hamid. Tenía por costumbre llevar el regimiento casi todos los días al campo de entrenamiento de Shishy, donde habitualmente nos quedábamos hasta la caída de la noche. Sentíame orgulloso de comandar estos muchachos, con sus botas cuidadosamente pulidas, sus brillantes espuelas, sus uniformes verdeoliva, y sus gorras de lana, haciendo marco a sus rostros varoniles y curtidos. Con sus anchas envainadas espadas colgando al lado derecho de sus sillas de montar alemanas, sus relucientes carabinas máuser en bandolera a la espalda, sus largas lanzas de acero, des-

cansando ligeramente en los estribos, saltaban a sus potros como aquellos caballeros que nacieron jinetes.

Parecían tener conciencia del secreto orgullo que experimentaba cada vez que les pasaba cuidada revista de pies a cabeza. ¿Por qué no? ¿Acaso no eran legítimos descendientes de los fieros jenízaros, comitadchis y geenelies, que por siglos llevaron doquiera en triunfo, los pendones esmeralda de Mahoma y las banderas de la roja Media Luna de los poderosos califas?

Tan pronto como mi corneta de órdenes tocaba reunión para el saludo vespertino y los diferentes escuadrones seguían el ejemplo, la grisácea llanura de Shisly se veía envuelta en una densa nube de polvo, mientras nuestros 800 lanceros partían a galope tendido desde diferentes direcciones a formar en batalla. Sus oficiales, elegantemente uniformados y deportivos, egresados de la escuela militar, genuinos *effendis* con alma de soldado, corrían a la cabeza de sus hombres, observando la distancia de los reglamentos.

Entrenados en la escuela prusiana, no usaban sin embargo el monóculo como yo que lo necesitaba. En el frente de Sinaí había sufrido una contusión en el ojo derecho.

Todos mis *effendis* eran excelentes jinetes. Algunos de ellos se habían distinguido en las competencias militares hípicas, especialmente en las pruebas de resistencia y salto. Pero su resistencia no se limitaba sólo a su habilidad para montar. Podían beber más que nuestros huéspedes bávaros sin cerrar un ojo. Su cualidad más notable era el aire de modestia y resignación que solían adoptar, cuando bebían de un tirón un enorme vaso de anisete nacional que habría dejado fuera de combate a cualquier cristiano.

En el momento en que nuestros escuadrones

hacían alto, se reunían y alineaban en formación de batalla, mientras llegaba yo y ocupaba mi lugar al frente de ellos. Allí permanecía un rato en espera de la voz del muecín que desde los cercanos minaretes de la mezquita convocaba a los fieles para la oración vespertina. Su sonoro y desentrañado *La-Ilab-Il-Lalab!* coincidía exactamente con la puesta del sol. Al escucharlo mi corneta daba el toque de atención. En ese mismo momento, con los pies firmemente asentados en los estribos, el brazo derecho levantado sobre mi cabeza, pronunciaba por tres veces sucesivas, a todo lo que me daba la voz, los rituales: *Padishamis Tchock Jashaaaa!*

Mis hombres, con sus espadas y lanzas al aire, respaldaban mi saludo: *¡Salud a vos, nuestro señor, nuestro poderoso sultán!*, con un grito estruendoso, frenético, salvaje, que parecía hacer retemblar la tierra bajo los cascos de nuestros caballos. Finalmente su eco se perdía en la distancia, como el rugido de un león herido.

Jamás olvidaré mientras viva esa terrible, sublime e inspiradora escena. Esa melodía formidable, que escuché tan a menudo en los desiertos de Arabia, Mesopotamia, y entre las eternas nieves del Cáucaso. Al toque de *reunión* decenas de caballos, dando relinchos, acudían al llamado, sin sus jinetes. Orgullosamente se ponían en formación, nada más que por la fuerza del hábito. También más de un soldado herido, sangrante, se mantenía como por milagro balanceándose en su silla, mientras trataba vanamente con sus manos crispadas de restañar la sangre, tratando al menos de gritar en un supremo esfuerzo. *¡Salud a vos, nuestro señor, nuestro poderoso sultán!*

Cada vez que recuerdo estos pasajes de valor legendario no puedo dejar de sentirme orgulloso de haber comandado esos bravos y modestos desconocidos soldados del imperio otomano en los cuatro

años de guerra mundial. Esos compañeros haraposos con sus espadas y lanzas oxidadas evidentemente sabían pelear y morir como hombres cuando la muerte tocaba a sus puertas. Por lo tanto no causa sorpresa el gesto del mariscal Izzed Pachá, cuando en el momento de las conversaciones para la firma del armisticio, rehusó indignado ofrecer la rendición de las tropas que aún permanecían en Turquía, al comandante británico de las fuerzas aliadas. Lo que hizo exclamar a éste, admirado de tanta nobleza:

¡Por Júpiter, estos turcos son evidentemente los primeros caballeros de oriente!

Si agregamos a esta opinión la de la mayoría de los oficiales británicos y coloniales que pelearon contra los turcos en Egipto, Mesopotamia y los Dardanelos, quienes unánimemente declararon que estos soldados eran honestos combatientes, ya se podrá tener una idea aproximada de lo que es el soldado turco que conocí y estudié en mis cuatro años de guerra mundial.

De acuerdo con los turcos no es una desgracia correr, siempre que uno se detenga de vez en cuando y mire hacia atrás. De este modo se comportaron durante la segunda guerra balcánica. Después de su derrota de Adrianópolis los turcos se retiran a Estambul, fuertemente acosados por el ejército búlgaro, que no les dio un minuto de reposo. Cansado finalmente de tantas marchas con el estómago vacío, uno de los soldados turcos pidió prestado un cigarrillo a su camarada. Lo encendió y se acostó detrás de una de las rocas del camino a descansar. Su ejemplo fue seguido por otros soldados, que también encendieron cigarrillos y esperaron a los búlgaros para hacerles algunos disparos.

Después de un cuarto de hora los turcos habían formado su famosa línea Tchajaltla, que se originó primero del deseo de fumar un cigarrillo. Más tarde

de la idea de atrincherarse detrás de los bordes de las rocas de la llanura circundante, con el objeto de tomar un poco de descanso durante la noche.

Así un *askar* osmanlí que había mirado un momento hacia atrás, produjo un alto en la retirada de los turcos e infirió una imprevista derrota a los victoriosos búlgaros que hubieron de abandonar de nuevo Adrianópolis a los osmanlíes.

Más de un proverbio turco explica cómo el turco, en apariencia zafio y de escasas entendederas se sale con la suya cuando toma una resolución. Uno de ellos explica que el mejor modo de cazar un conejo es perseguirlo en vehículo. Después de asustarlo se debe continuar en su persecución a paso lento. Luego de atemorizarlo más y más —alrededor de una docena de veces— se baja uno del coche y coge por las orejas al extenuado conejo.

Hay mucha filosofía en ese sistema de *yawash*, *yawash*, equivalente a *tomar las cosas con calma*; a no atolondrarse, que cuando se aplica a la política o a la guerra, representa la verdadera razón por la cual las naciones europeas, pese a sus innumerables esfuerzos no han podido acabar con el obstinado turco. Una vez que éste ha tomado su resolución es imposible derrotarlo por sus mañas.

Me agradaba observar a nuestros soldados en su vida rutinaria en el cuartel, especialmente durante las horas de comida. Desde el momento en que se tocaba a rancho acudían solamente en grupos de ocho a las cocinas de su compañía o escuadrón, donde el cocinero y sus ayudantes en delantales blancos, servían en la inmensa escudilla colectiva que portaban las ocho raciones de sopa, pan, carne, legumbres, así como también les llenaban un enorme jarro con el té humeante y azucarado. Después de darle las gracias con frases respetuosas —porque el cocinero es personaje muy importante en una unidad militar turca— los diversos grupos se senta-

ban en el suelo con las piernas cruzadas, preferiblemente debajo de un sombrío ciprés o de un naranjo en flor. Se quitaban el dolmán y extraían de los bolsillos sus preciosas cucharas de estaño, que cuidaban como el tesoro más valioso. Generalmente las guardaban en los rebordes de sus largas medias de lana, o en la parte alta de sus botas de montar. Sólo después que el cabo o el miembro más viejo del grupo tomaba el primer bocado, procedía el resto a hacer lo mismo. Los turcos son muy considerados con sus mayores.

Ningún *genuino turco* toma asiento primero, o se dirige a su superior en mando o edad — así fuese un príncipe o un simple mendigo andrajoso de barba desgredada— hasta que éste se siente y le dirija primero la palabra. Una de las razones por las cuales mis hombres me demostraron siempre el mayor afecto, debió ser por el hecho de que jamás permití que les recortasen sus raciones. También porque me preocupaba de que los heridos y enfermos recibieran la asistencia médica debida. Frecuentemente visitaba las cocinas de cada compañía o escuadrón, y examinaba con detenimiento la comida que les servían. En varias oportunidades llegué hasta desterrar al desierto a oficiales y médicos, por delincuentes. Estas medidas radicales daban muy buen resultado. Fortalecía la fe de nuestros hombres en sus superiores, y mantenían latente en aquéllos un espíritu de sacrificio que en otras circunstancias cualquier hombre de otro ejército, que no fuera el turco, jamás habría tenido.

Nunca oí a un soldado turco quejarse de hambre o de sed. Esos *askars* nuestros hacían sus largas marchas ceñudos y en silencio, a veces sin más alimento que un mendrugo de pan viejo y un puñado de aceitunas, sin lanzar una queja, sin que una sombra de desmayo surcase sus labios febriles.

Aun cuando la religión mahometana parezca

admirable e inspiradora al superficial observador, adolece de ciertas fallas que constituyen un verdadero inconveniente. Durante la guerra nos causaron muchas bajas innecesarias. Por ejemplo, su precepto: *no matarás a inofensivos animales*. ¡Cuántas veces sorprendí a mis hombres sin poderlo evitar, diseminados en torno de los fuegos del campamento, en días soleados, frente a las montañas cubiertas de nieve del Cáucaso, limpiando de chinches su ropa interior y en vez de matarlas echarlas al suelo! Así los ácaros agradecidos del buen corazón de aquellos soldados, se subían inmediatamente por las piernas del próximo compañero para seguir viviendo y multiplicándose.

Otro de los preceptos que a menudo me sacaba de mis casillas en cuanto a disciplina, porque muchas veces nos privaba de un trago de agua, es aquel que pide a todo verdadero creyente lavarse la cara, los brazos y los pies con frecuencia —lo que significa cinco veces al día— antes de recitar sus oraciones. Debido a este rito sagrado, tenía que elegir cuidadosamente los hombres de nuestra vanguardia, porque en el momento en que nuestros verdaderos creyentes daban con un pozo de agua corrían hacia él a practicar sus abluciones, con el resultado de que cuando nosotros llegáramos ni siquiera los caballos hallaran cómo saciar su sed.

Nuestros *askars* me daban la impresión de ser muchachos grandes. Eran voraces doquiera tenían la oportunidad de desquitarse de los malos tiempos pasados. Torturados durante semanas por el hambre solíamos tener algunos días viviendo de la abundancia de una región, o bien cuando el gobierno turco nos suministraba alimentos generosamente.

Si no hubiera sido por los acaparadores y especuladores griegos y armenios, que acumularon fortunas a expensas de nuestros medio hambrientos soldados habríamos tenido provisiones en forma

regular. Durante mis pocas semanas de estada en Constantinopla los alimentos que tenían la obligación de comprar cada día nuestros comisariatos militares a precios ridículamente bajos, incluían cinco kilogramos de carne, cinco kilogramos de pan blanco y diez kilogramos de pan negro.

En Beersheba, en el frente del Sinaí, se me garantizaba también a muy bajo costo, una ración mensual de tabaco, consistente en toda clase de cigarrillos, desde los más finos hasta los cigarrillos Knaster alemanes. Era natural que no pudiera consumir tan abundantes raciones de comida y alimentos. Generalmente la repartía entre todos, pues tenía a mi cargo un buen número de personas.

En mi feliz familia figuraba Tasim y Mustafá, mis dos ordenanzas y sus caballos; además de nuestra mula de carga, un burro de silla y mis cinco corceles. Por último estaba mi cocinero Mr. Silverstein. Hombres y bestias debían recibir cuidados adecuados.

Fue una fortuna que la guerra terminase pronto. A pesar del hecho de que el gobierno turco me recompensaba generosamente, para la época del armisticio sólo me quedaba un cheque de veinticinco dólares de los dos mil que había llevado conmigo a Turquía cierto lejano día lluvioso.

Uno de los rasgos más amables de la vida militar turca consistía en la leal camaradería que existía como norma entre el oficial y su ordenanza. La fidelidad de este último era generalmente recompensada con amplitud. Ningún oficial se levantaba de la mesa, sin dejar por lo menos la mitad de su comida para su ordenanza. Una innata amabilidad y generosidad son las cualidades más resaltantes de todo verdadero turco, mientras que sus más graves defectos los constituyen la desconfianza y la extrema crueldad, cuando es presa de la ira.

Probablemente, debido a que siempre respeté

sus opiniones religiosas y normas de vida en el hogar, mis camaradas, oficiales siempre, me trataron con la mayor consideración, aun cuando llevaran en sus bolsillos mi sentencia de muerte. Recuerdo, por ejemplo, cómo una tarde cuando varios nos sentábamos alrededor de una mesa en el casino militar de Estambul, discutiendo sobre el sitio de Adrianópolis, un mayor que estaba interesado especialmente en el debate, súbitamente exclamó:

Sí, fue precisamente aquel día, cuando los búlgaros atacaron nuestras posiciones que nosotros lanzamos una contraofensiva. Cuando los búlgaros nos volvieron a atacar, caímos nosotros primeros sobre ellos y no quedó vivo un solo cristiano!

Cuando modestamente protesté contra su última observación sobre los cristianos, tomando por base que yo también era cristiano, él y los otros oficiales rieron ruidosamente de buena gana, y me palmorearon en la espalda, diciéndome cordialmente:

Eso es verdad, pero tú has probado ser también un buen musulmán!

Gracias, les repliqué prontamente, hundiéndome en uno de los sillones del club a pensar. La observación del mayor, que se suponía era un ultramoderno joven turco, sin prejuicios, me recordaba el hecho de que el turco no obstante su cultura y su liberalismo seguiría siendo siempre turco, un delirante fanático si se le tocaba en lo más sensible, que era su fe religiosa.

El hecho de que los jóvenes turcos comieran carne de cerdo y bebieran *schnaps* por galones, no implicaba por ningún respecto que hubiese decidido abandonar sus tradicionales controversias religiosas. El leopardo no puede cambiar las manchas de su piel. Por esta razón siempre me he sentido un poco escéptico sobre las reformas de Mustafá Kemal. Nosotros, hombres de otro tiempo, hemos sido tes-

tigos de tales milagros, sólo en el papel. No debe olvidarse que el mundo mahometano habría podido elegir un nuevo califa, deseando que su antiguo califa regrese de nuevo al trono.

El soldado turco es hombre muy quisquilloso cuando alguien trata de vejearlo. Se cuenta el caso del yerno o del sobrino del mariscal de campo Von der Goltz, quien ejercía el cargo de instructor en un regimiento turco de Adrianópolis, justamente antes de la segunda campaña balcánica. Mientras el joven oficial trataba de explicar en genuino estilo prusiano a uno de nuestros *askars* albaneses la forma como debía llevar la gorra militar, ordenándole rudamente que fuera a ocupar su lugar, el *askars* sin decir palabra, levantó su fusil y mató al teniente.

Lord Kitchener, quien sirvió varios años como capitán o mayor en el ejército turco, y el mariscal de campo von Moltke, héroe de la guerra franco prusiana, que también estuvo en el ejército de Turquía, fueron testigos de hechos de este mismo carácter. El soldado turco no admite que se le ofenda en su dignidad, ni que se le tenga por tonto, especialmente cuando sonrío.

La primera vez que obsevé esta sonrisa irónica en un turco fue cuando llegué a Mush, población de la antigua Armenia, en marzo de 1915. Almorzaba como huésped de honor en casa del vicegobernador de la provincia, cuando otro honorable huésped, también cristiano como yo, el Senador X, quien se dirigía a Estambul, empezó a reprocharme en la forma más incivil, por qué yo, siendo cristiano, servía con los turcos. Aquello me causó un gran disgusto. Le repliqué con una sarta de vulgaridades a la usanza de los vaqueros. Lo que me causó extrema sorpresa fue que ni el vicegobernador ni sus huéspedes turcos parecieron resentirse por las vulgares e insolentes observaciones del armenio. Por el contrario le sonrieron con cortesía y le dispensaron

atenciones que hicieron a Su Excelencia hincharse como un pavo real.

A la mañana siguiente el vicegobernador y varios otros altos dignatarios acompañaron al señor a su coche y ceremoniosamente lo despidieron. Media hora más tarde la escolta de Su Excelencia, formada por gendarmes de a caballo, regresaba con el carruaje vacío. Mientras permanecí en Mush el nombre de Su Excelencia no se mencionó para nada.

En una memorable gira de Estambul al Cáucaso, disfruté en la aldea de Gumerek de uno de los peculiares almuerzos turcos, como sólo un jefe oriental es capaz de ordenar y preparar. Consistía en una tortilla nadando en manteca, rellena de almendras, uvas y maníes. Seguía un plato de salchichas fritas con ajos sobre gelatina dulce, luego el té. En seguida una ensalada de cebollas crudas, frescas frescas en crema, rebanadas de queso saturadas de aceite de oliva, helado oloroso a rosa y violeta. Por último, avena frita o *bulgur*, el plato obligado al final de todo menú en el Cercano Oriente.

Luego de comer liberalmente tan excelente almuerzo, tuve miedo de morir. Más tarde pensé que si no moría quedaría enfermo. Fui presa de los más conflictivos sentimientos hasta que mi fiel Tassim me trajo una taza de fuerte *raki*, que finalmente me puso de nuevo en pie.

Una de las varias razones por las cuales he sentido especial afecto por los oficiales británicos y coloniales, se debe a que ellos siempre hacen justicia al hombre por lo que hace, así haya sido su enemigo. De labios de esos oficiales he oído a menudo con intensa satisfacción los mayores elogios para los *askars*. Por ejemplo, cuando se referían a la captura de la ciudad de Es-Salt en Transjordania, donde las fuerzas expedicionarias británicas sufrieron fuertes pérdidas por el fuego de las ametralladoras turcas emplazadas en la colina vecina. Cuando los británi-

cos se lanzaron al asalto de la referida colina la encontraron ocupada por sólo dos ametralladoristas turcos que habían detenido más de una hora el avance del enemigo con su constante y asesino fuego. Idéntica cosa ocurrió, según estos oficiales, cerca de Tine, después de la caída de Beersheba, donde un ametralladorista turco peleó él solo contra todo el ejército británico hasta que se le agotaron las municiones. Los australianos lo encontraron después, sentado en el suelo, con un aire de contento en las facciones. Sus manos cómodamente colocadas en el estómago.

Jamás olvidaré cierta mañana friolenta en el frente del Sinaí, poco antes del alba. De una trinchera enemiga vino flotando en el aire un canto muy agradable. Tan pronto como oímos sus primeros melodiosos acordes; *Patricio querido, tú lo has oído!* cesó el fuego a lo largo de nuestra línea. Los últimos acordes de la melodía irlandesa fueron como un suspiro en la brisa matinal. Aun cuando nadie, aparte de mí, hubiese entendido una sola palabra, un murmullo de aplausos se levantó de nuestras trincheras.

Poco después de ese agradable incidente tuve que ir a Jerusalén en comisión. Mientras visitaba las ruinas del viejo monasterio en la aldea de Betania, uno de mis hombres me señaló una oscura abertura, baja y angosta en el muro, diciéndome que era la entrada al sepulcro de Lázaro. Pasé de largo, como si no me interesara. Entre orientales no debe uno mostrar sorpresa o curiosidad por nada, si aspira a que le conserven el respeto. Al día siguiente cuando regresé a Betania bajé de mi caballo a distancia de unos pocos centenares de pasos de las ruinas. Dije a mi ordenanza que me esperase. Tan pronto como calculé que nadie me veía, volví sobre mis pasos, y siguiendo el camino al borde de algunos de los muros derrumbados, llegué a la entrada de la gruta

del sepulcro de Lázaro. Entré resueltamente, tratando de orientarme en la oscuridad. Apenas había avanzado unos cuantos metros resbalé o pisé en falso. Luego de dar un par de saltos mortales en el aire, caí pesadamente sobre un montón de rocas. En el accidente sufrí la violenta torcedura del pie izquierdo, además me produjo una profunda herida en la rodilla derecha, lo cual me hizo estar fuera de servicio unos días.

Supuse que la parte superior de la escalera de piedra se había derrumbado. De todos modos, allí me hallaba arrastrando mis piernas, en el oscuro sepulcro de Lázaro, con centenares de murciélagos aleteando sobre mi rostro, sin esperanzas de poder salir de aquel horrendo lugar, debido a mis lesiones.

Recordando el viejo adagio turco *no se desespere*, me senté en la oscuridad, encendí un cigarrillo, y esperé que Alá enviase alguno en mi ayuda. Por fortuna Alá al fin se compadeció de su contusionado guerrero. Cuando encendí mi tercer cigarrillo —los anteriores los tumbaron de mi boca los murciélagos— oí una débil voz que llamaba desde la derruida escalera.

Era Tasim, mi fiel ordenanza. Después de esperar en vano mi regreso, ató de un olivo los caballos y se puso a seguir mis huellas. Si no hubiera sido por el sentido común de Tasim, probablemente estaría todavía en aquella caverna con el espíritu de Lázaro y sus murciélagos infernales.

Esa tarde cuando regresé a Jerusalén, me esperaba allí una invitación. Uno de los capellanes árabes del ejército, que había estado deambulando sin permiso por su aldea nativa y había permanecido allí, sin la más leve intención de regresar a su puesto, iba a ser fusilado públicamente como ejemplo. Se trataba de un asunto cruelmente espectacular.

Seamos breves en la historia. Pocos minutos antes de la ejecución el infeliz capellán se sentó en

una alfombra rodeado por unos 400 soldados árabes formados en cuadro, los cuales pertenecían a nuestros batallones de pico y pala. La función se iba a celebrar en beneficio de ellos para ponerlos en guardia contra cualquier intento de deserción. El crimen de deserción es algo que el recluta campesino árabe no es capaz de entender. La razón por la cual ellos nunca se pasaban a los ingleses era porque de inmediato éstos los pondrían a trabajar. Por consiguiente, preferían desertar a sus aldeas, donde las mujeres de la familia harían todo el trabajo para ellos. Además los mantendrían como es usual.

Tan pronto como el capellán se sentó en la alfombra y comenzó desprevenidamente a echar humo de su cigarrillo, como si nada estuviese ocurriendo, otro capellán que se suponía debía consolarlo en sus últimos momentos, se sentó frente a él. Pero en vez de dialogar sobre temas espirituales, se enfrascaron en una discusión filosófica, que posiblemente habría terminado en una lucha a puños, si varios músicos de la banda militar que estaban tocando la *Marcha fúnebre* de Chopin para diversión del público, no hubieran arrojado los instrumentos a fin de separar a estos dos gallos de pelea, que ya estaban a punto de arrancarse las plumas, preparándose para saltar a la garganta de su contrario.

Después que el pelotón de fusilamiento cumplió con su deber, nuestro pobre capellán dobló lentamente el cuerpo. Allí quedó inmóvil.

EL EJERCITO LIBERTADOR DEL EMIR FEIZAL

AL HABLAR DE LOS ÁRABES no puedo reprimir el deseo de referirme a cierta nota explicativa mía que apareció el año pasado en *Aventura* y en la cual doy mi opinión al respecto al interesante libro del señor T. E. Lawrence: *La revuelta en el desierto*, así como también lo que pienso a propósito del llamado *ejército libertador del Emir Feizal*, que el señor Lawrence elogia en demasía, posiblemente por razones políticas. Debo también agregar, después de un sondeo de la opinión pública en Inglaterra, que fuera de los Estados Unidos, muy pocos son los oficiales regulares del ejército que prestan demasiada atención a lo que el señor Lawrence dice sobre el *ejército libertador del Emir Feizal*, pues con excepción de una obstrucción parcial a nuestro ferrocarril militar cerca de Nerea, en la época de la retirada del general Von Liman en 1918, las actividades militares del Emir Feizal en Siria y Palestina, se confinaron enteramente a operaciones de guerrillas.

Si el avance de los tribebños del Emir Feizal a lo largo de nuestro ferrocarril a Hedjas y al norte, hacia Damasco, hubiese sido realmente una sucesión de brillantes victorias, como alega el señor Lawrence, resulta inexplicable que después del armisticio el alto comisionado británico en Constantinopla hubiese tenido que rogar a Su Majestad el sultán de Turquía, que ordenase a Faghri Pachá, comandante militar turco de Medina, que entregase esa plaza a los árabes del Emir Feizal.

Por otra parte, si la gentuza del Emir Feizal

hubiera tenido alguna apariencia de ejército, debería haber iniciado su marcha triunfal, con la conquista, en primer término, de la ciudad santa de Medina, donde se halla enterrado Mahoma, que era en aquella ocasión la estación terminal de nuestro ferrocarril de Hedjas, en el norte de Arabia. Además se dice que el ejército libertador de Feizal comenzó desde allá su *gloriosa cruzada*. El hecho de que Feizal no tuviera en su poder a Medina, demuestra que lo que se ha dicho sobre las gloriosas hazañas de Feizal, es sólo una proeza de propaganda, un *bluff* que los franceses acallaron prontamente, al expulsar de Damasco, sin mayores miramientos, al Emir Feizal, después de su autocoronación como rey de Siria. Los franceses son muy listos. No se les puede despojar por medio de la propaganda de los derechos que les otorgan los tratados, ni siquiera con el alegato de los derechos de prioridad en beneficio de una chusma árabe, como la que formaba el cantado ejército de Feizal.

Para probar la exactitud de mis asertos y demostrar qué clase de guerreros componían la mayoría del llamado *ejército libertador de Feizal*, copiaré mi descripción de la segunda batalla de Gaza, tal como aparece en mi libro *Cuatro años bajo la Media Luna*, que ha sido tomado muy en serio, aun por el estado mayor del ejército británico. De otra manera no hubieran citado con frecuencia mis testimonios en la nueva historia oficial británica de la guerra mundial. Esta descripción dice así:

Por algún tiempo antes de la segunda batalla de Gaza, estuve estacionado en Beersheba, actuando como la mano derecha del príncipe Essad Bey, comandante del ala izquierda de las fuerzas expedicionarias turcas en el frente de Sinaí. Por consiguiente me hallaba en el centro de la acción cuando comenzó la batalla. Tal como en la primera batalla de Gaza, memorable acción en la cual treinta mil

soldados turcos derrotaron a las veteranas fuerzas británicas y australianas que casi los doblaron, las fuerzas turcas estaban comandadas por el coronel von Kress. Mientras que la primera batalla de Gaza se considera generalmente como el combate más decisivo de la guerra mundial en el Cercano Oriente, la segunda batalla, en la cual volvió a resultar victoriosa la Media Luna contra el León de San Jorge, no careció de fiereza y fue una brillante acción.

Las líneas de batalla se juntaron el 19 de abril de 1917. Toda esa tarde la pasamos con un pie en el estribo. El estruendo lejano de la artillería iba gradualmente en aumento, mientras los aviones enemigos arrojaban bombas sobre nuestras posiciones. Esto era revelador de que la batalla había comenzado en la proximidad de Gaza.

Allá el ala derecha de nuestro ejército resistió con éxito el empuje de los ingleses, forzando a éstos a probar fortuna con el flanco izquierdo de nuestro centro. Es decir, contra las alturas de Abu-Hureira donde el teniente-coronel Rifet Bey se había atrincherado con la tercera y cuarta división de infantería.

Fue también terrible en ese flanco el choque entre turcos y británicos, singularizándose frente a la humeante colina de Esani-öi, desde donde el fuego turco barría sin cesar las olas de asaltantes enemigos. De esta manera, como la brisa que precede al huracán, destrozando ramas de árboles y levantando columnas de polvo en su avance, frente a nosotros, o más bien, frente al centro de nuestras fuerzas que estaban en Tel-Es-Sheriat, se iban levantando densas columnas de humo, a las que replicaba el estruendo de nuestra artillería.

Nos hallábamos en lo más denso de la segunda batalla de Gaza.

Sólo el ala derecha del enemigo, formada por el cuerpo principal de la caballería británica, mantenía

su posición, coronando como una muralla de acero, una serie de bajas colinas situadas a nuestra derecha. Estas fuerzas se extendían hasta 8 kilómetros al sur de Tel-Es-Sheriat. Formaban, cerca de un punto llamado Esmeli, un ángulo recto con las fuerzas del flanco derecho del centro del enemigo. Todo el mundo parecía darse cuenta de que la suerte de la batalla se decidiría en el encuentro entre los tres regimientos de nuestra tercera división de caballería, y los diez o más regimientos de la caballería enemiga, compuestos por ingleses y australianos, que amenazaban nuestra ala derecha.

Eran las dos de la tarde cuando un edecán montado que emergió de una columna de polvo, se precipitó en nuestra dirección. Detuvo abruptamente su caballo, y saludando al coronel Essad Bey, le entregó la orden de avance. Esta disposición equivalía a una sentencia de muerte. Todos lo sabíamos.

Al escuchar la orden miré a mis oficiales. La expresión que brillaba en sus bronceados rostros, fue la de que nada temían y estaban decididos a todo. Tal expresión quedó grabada en mi mente como uno de los recuerdos más gratos de mis cuatro años bajo la Media Luna.

El primero que inició el movimiento desde nuestra zona de trincheras fue el séptimo regimiento comandado por el teniente-coronel Cherkess Mehmed Bey. A éste lo siguió el sexto, y por último, el octavo, que inmediatamente cambió su frente, mirando hacia el sur. Luego se desplegó en formación de batalla y avanzó al trote contra el flanco derecho de la caballería enemiga. Mientras tanto el sexto y el séptimo, apoyados por nuestras baterías de campaña y destacamentos de ametralladoristas, partían al galope y en formación cerrada, redoblando su velocidad en dirección a Esmeli que como dije antes, formaba el ángulo derecho o unión entre el centro y el ala derecha enemiga.

Nuestra misión no carecía de temeridad. Resultaba para nosotros casi imposible cubrir la distancia de tres o cuatro kilómetros que nos separaba de Esmeli, sin convertirnos en fácil blanco para el grueso de la artillería británica, o sin ofrecer a la caballería enemiga una oportunidad de lanzarse contra nuestro flanco izquierdo, aplastándonos contra el centro de sus fuerzas. Por fortuna nuestro avance fue rápido e inesperado. Antes de que el enemigo pudiera darse cuenta de nuestras intenciones habíamos cruzado el Wadi-Sheriat, cerca de Esmeli, perforando las primeras posiciones británicas.

Esta maniobra, ya ejecutada, separaba el ala derecha del enemigo de su centro, como lo habíamos planeado. Sin embargo, si el comandante de la caballería británica, hubiera hecho frente con calma al fuego de la artillería de nuestra división, haciendo un movimiento oblicuo hacia la izquierda, hubiese atacado nuestra retaguardia. Sólo con una parte de sus fuerzas montadas habría aniquilado con facilidad nuestro octavo regimiento. Tal operación le hubiera permitido entrar triunfador en Tel-Es-Sheriat.

Pero no hizo nada parecido. Por el contrario, perseguido por el fuego de artillería de nuestra División, se refugió con toda su caballería detrás del centro enemigo, mientras varios heroicos destacamentos de ametralladoristas australianos, protegían su retirada, con verdadera temeridad y sangre fría.

Observando la tenaz resistencia ofrecida por esos destacamentos, que de paso cabe decir, se atrincheraron rápidamente en una lengua de tierra formada por la confluencia del Wadi-Sheriat y el Abu-Hureira, decidí atacarlos por la retaguardia con la ayuda de nuestros voluntarios árabes, a quienes podía ver por millares, bien montados y armados,

ocupando una hilera de oteros, detrás de nuestras líneas.

Con este propósito me fui en esa dirección con un escuadrón de lanceros. Rápidamente atravesamos la zona de peligro, que era barrida por el incesante fuego de las baterías enemigas. Finalmente alcanzamos el lugar desde donde nuestros árabes estaban observando la batalla, bastante lejos del alcance de las balas enemigas. Estos hombres, con la excepción de unos ochenta, rehusaron rotundamente acompañarnos. No les interesaba combatir. Sólo buscaban el saqueo.

Girando en torno y tomando ventaja del abrigo natural que nos ofrecía el paisaje circundante, nos fuimos aproximando paso a paso a los destacamentos de ametralladoristas australianos, aprovechando de vez en cuando a nuestros mejores tiradores para hacer fuego a su ala izquierda, que como un toro molesto por un avispon, de vez en cuando volvía sus armas sobre nosotros, en vano esfuerzo por alcanzarnos. Cautelosa y lentamente, con seguridad, continuamos desarrollando nuestro plan, hasta que llegados a corta distancia, detrás de la línea de fuego de los australianos, observamos varios alambres de teléfonos portátiles, que parecían mantener en comunicación esos destacamentos con sus cuarteles. Advirtiéndolo la ventaja que tendríamos con la destrucción de esos alambres, pues dejaríamos incomunicado al enemigo en su base, pero no queriendo que ello me costara el sacrificio de mis hombres, ya que tendrían que abandonar la hondonada que les servía de protección, me dirigí dörtnalda, que significa a toda velocidad, seguido sólo por mi ordenanza Tasim Chavush, y un sheik árabe de barba blanca, tocado con magnífico kaftán rojo, al lugar donde se hallaban los cables telefónicos.

Nuestra empresa era peligrosa, casi suicida, pero en esta ocasión Alá de buena gana se puso de

nuestra parte. Sin ser molestados por el enemigo, ¿cómo iban a suponer que éramos turcos? Llegamos a nuestra meta en un despabilar de ojos. Saltamos de nuestros caballos, y con nuestras espadas cortamos en pedazos los alambres. Los australianos, que aún no acababan de salir de su sorpresa, volvían en nuestra dirección casi todas sus ametralladoras. A una distancia de quinientos metros abrieron un fuego cerrado que levantaba columnas de polvo en torno nuestro.

El caballo del árabe cayó a los primeros tiros. No pude ver más al sheik. Tasim y yo saltamos en nuestras sillas, que parecían literalmente haber echado alas. Mientras tanto, el enemigo nos había cortado la retirada. Por lo tanto regresamos a nuestra propia línea de batalla, de la cual todavía nos separaban unos cuantos centenares de metros. Las balas silbaban de lado y lado. Fervish, mi favorito corcel árabe, aun cuando corría a todo lo que le daban sus bríos, me parecía que marchaba a paso de tortuga. A pesar del hecho de que aquellos segundos me parecían horas, pronto advertí detrás de la primera línea de nuestros ametralladoristas, que no disparaban para no herirnos, los cadáveres del capitán Nassis Effendi y del teniente Seki. Yaciendo detrás de sus caballos muertos parecían invitarnos con sus manos presas del frío de ultratumba, a que nos lanzáramos dentro del wadi protector, que aparecía a nuestra izquierda.

Cuando ya distábamos un par de metros de la quebrada, sentí como un latigazo, seguido de un fuerte dolor en el muslo. Esto me hizo perder el equilibrio, y rodé con mi caballo por el declive. Tasim era también víctima del impacto de una bala y caía de su montura, aunque sin mayor daño, la bala sólo destrozó el arzón de su silla.

Después de un examen cuidadoso de nuestros huesos y de nuestros caballos, vimos también la

herida de mi muslo, que era leve. Tasim detuvo la hemorragia, colocando sobre ella una mascada de tabaco. Para salir de aquella quebrada tan peligrosa, donde caían de vez en cuando las balas perdidas del enemigo, y ocasionalmente estallaban sus bombas a escasos metros de nosotros, nos escurrimos a lo largo de otras quebradas tributarias, hasta que por fin llegamos a nuestro escuadrón. Allí se nos daba por muertos.

Justamente en esos momentos volaban sobre nuestras cabezas algunos aviones, perseguidos por los proyectiles de nuestras baterías antiaéreas, mientras el batallón de infantería montada, y un batallón de líneas también nuestro, se apresuraba a ocupar posiciones avanzadas en frente de Abu Hureira. Además de la disminución del fuego de nuestros galantes enemigos cuando ya caía la tarde esto nos convenció de que los ingleses abandonaban la lucha. Se hallaban en franca retirada.

Pasamos lentamente a través de colinas y valles, dejando atrás, hacia el este, las azules montañas de Judea, que parecían opacarse a la distancia. Esani-Köi gradualmente se transformó de pira flamígera en una pirámide silente, oscurecida por las sombras del sol que ya se ponía detrás de las peladas dunas. Majestuosamente surgía el lucero de la tarde, en medio del cielo sombrío. La luna comenzaba a bañar con su pálida luz las ásperas arenas del desierto.

Tras el fragor de la batalla, el silencio parecía ahora completo. Sólo era interrumpido por el batir de la brisa a través de los secos bosques. El aullido de los chacales, los lamentos de los heridos, que vibrando misteriosamente de roca en roca, hasta morir en suspiros, me producían un estremecimiento. Aquello me hacía sentir como si sólo nosotros y el ángel de la muerte estuviéramos galopando por aquellos oscuros y silentes wadis.

A cada paso de nuestros caballos corríamos el

riesgo de trastabillar o caernos de cabeza. O de ser alcanzados por las balas de nuestros propios voluntarios árabes, que exploraban el desierto en busca de cadáveres, para despojarlos de lo que tuvieran, o en busca de soldados heridos para rematarlos, pues seguían el olor de la sangre como los buitres. Veía a estos vándalos diseminados en todas las direcciones, escabulléndose por entre las sombras de la noche, y evitando cautelosamente encontrarse con nosotros por temor de que fuésemos una patrulla inglesa. Más de una de estas humanas hienas, sorprendida en flagrante delito, levantó su cimitarra manchada de sangre. Luego, viendo por nuestras lanzas, que no éramos ingleses, sino turcos, es decir verdaderos creyentes, tranquilamente continuaban su lúgubre tarea, pues matar y mutilar cristianos, especialmente Inglis giaurs, aun cuando estuvieran heridos, representaba para nuestros árabes voluntarios —que un año más tarde formarían la mayoría del ejército libertador del Emir Feizal— un acto piadoso que les abría las puertas del paraíso.

En reiteradas ocasiones advertí en la semioscuridad montones de leves formas, que en una inspección más estrecha, reconocía con una sensación de verdadero horror cómo cuerpos desnudos y mutilados de soldados ingleses, muertos o heridos —víctimas de nuestros voluntarios ex-árabes— es decir, de aquellos mismos vampiros humanos, que después de formar parte del ejército de tribeños del Emir Feizal, el hijo del Sherif Hussein de La Meca, trataban a sus prisioneros turcos y alemanes en la misma forma...

Mientras continuaba la marcha dentro de la siniestra oscuridad poblada de sombras móviles, el cuadro presentado por estas gentes infernales, de repulsiva catadura y de diabólica expresión inclinándose sobre los quejosos heridos indefensos y sangrantes, quedó impreso indeleblemente en mi

imaginación. De repente nos detuvimos al oír la voz de un árabe que me había servido de guía el día anterior. Llevaba de la brida su caballo, el cual había cargado con el botín de rifles, uniformes manchados de sangre, cinturones, zapatos, etc. En fin, todo lo que había podido encontrar al pasar requisita a los muertos y heridos británicos durante aquella noche.

Como inexplicable culminación de su demoníaca proeza el hombre mostró un largo objeto blancuzco, que al principio no pude reconocer, pero que luego, a la luz de mi linterna eléctrica vi que era un brazo humano, cortado a la altura del codo. Estaba ricamente tatuado en colores brillantes, y a juzgar por el timón y el ancla, debió haber pertenecido a algún marino inglés. Cuando le pregunté, en mi sorpresa, por qué llevaba consigo ese horrible recuerdo me replicó que era para mostrarlo a su esposa, quien admiraba los tatuajes bien hechos. Agregó que si hubiera tenido más tiempo se habría traído toda la espalda del hombre, porque se hallaba adornada con una gran serpiente azul y roja. Para evitar que continuara aquella profanación le compré el brazo por un mechedieh de plata, e hice que uno de mis lanceros lo sepultara.

Cada vez que recuerdo esa hiena en forma humana y sus camaradas nuestros ex-voluntarios árabes, tan elogiados en el libro *La revuelta en el desierto del señor T. E. Lawrence*, me asquea pensar en las barbaridades que presencié, que nada tienen que ver con la guerra. Mientras tanto, llegamos a la carretera de Esmeli, que parecía una incierta línea a la luz de la luna, envuelta por las nubes de polvo que levantaba a su paso un convoy de soldados turcos heridos. La mayoría de estos infortunados sufría lesiones graves. Algunos agonizaban. Pero no se escuchaba ni un quejido. Sólo veía aquí y allá manos temblorosas extendidas, implorando agua, para aplacar la terrible sed que los devoraba.

Al contemplar este cuadro de sublime heroísmo —un puñado de valientes, muchos tan cerca de la muerte, sin lanzar un lamento—, no pude evitar el recuerdo de la famosa frase de Napoleón: "con soldados turcos comandados por oficiales extranjeros, habría sido capaz de conquistar el mundo".

En ese momento ordené alto a mis lanceros. Les hice presentar armas ante aquel grupo de héroes que morían.

CASTILLA DE ORO

PARA TRAER DE NUEVO la América del Sur a estas memorias, relataré otra aventura que por suerte tuvo para mí un dichoso final. Como ejemplo de las aventuras que corre un autor no deja de tener algún interés.

Durante dos años estuve oculto del mundo en las montañas Gramalote, cerca de la frontera de Venezuela escribiendo un libro. Había llegado allí, y paraba en la solitaria vivienda de un ranchero, lejos de la región maderera. Mi venida la había motivado la circunstancia de que estando en Madrid, inmediatamente después de terminada la guerra mundial, el servicio secreto militar francés me creyó todavía relacionado con los ministerios de defensa de las potencias centrales, terminando incómoda mi residencia en la capital española. El presidente Wilson, a quien los misioneros norteamericanos le habían hecho creer que yo era *el verdugo de Armenia*, medió también para que no obtuviese el visado de mis documentos con el fin de entrar en los Estados Unidos. Antes había pensado que los páramos andinos eran sólo útiles para prender la chispa de una revolución, siendo usados a menudo como el yesquero de Venezuela. Ahora veía que también podían servir para instalar mi excelente biblioteca, que sólo constaba de una biblia y de un antiguo diccionario español.

Deseaba escribir mis experiencias como oficial superior del estado mayor del ejército turco. Las montañas Gramalote me ofrecían el único lugar

aislado y suficientemente seguro y solitario para la civilizada tarea de unir en palabras mis recuerdos.

Escribí nueve veces *Cuatro años bajo la Media Luna*. Rompí los originales, ocho. Para fines de 1922 dos copias del futuro libro estaban listas para abandonar conmigo las montañas en busca de un editor.

Había sido bastante pesada la labor de escribir el libro, pero me resultó peor la empresa de llevarlo conmigo. Durante semanas me vi obligado a ocultarlo como un misterioso tesoro de un mundo fiero, duro y mezquino que rehusaba creer que yo tuviese algo más que una historia que proteger de su curiosa avaricia.

Gómez, el dictador venezolano, que había hecho todo lo que estaba a su alcance para desalojarme de mi retiro en las montañas, ahora tomaba todas las medidas para evitar que saliese de ellas. Creía, como luego me informaron fidedignamente, que estaba escribiendo un libro sobre Venezuela. Gómez, un mecenas de la literatura, gustaba de pagar bien a los hombres para que escribiesen sobre él, sintiendo fuerte antipatía por los demás libros, que no eran pagados por él.

Eso podía ser la explicación de que me viese seguido por una banda de asesinos a sueldo, poco después de abandonar con mi sirviente Antonio, las montañas Gramalote, rumbo al río Magdalena. Durante un día me tuvieron situado en un rancho ruinoso, cerca del pie de la cordillera, mientras una docena de hombres pasaban el tiempo bebiendo aguardiente o haciéndonos disparos. Por la noche logramos escabullirnos a caballo completamente sobrios, mientras nuestros perseguidores estaban borrachos. Eran a no dudarlo hombres valientes e incansables, que se volvían descuidados, al avanzarles la paga. Ya no me sorprendería por eso saber

más tarde que habían tomado el rancho por asalto varias horas después de mi partida.

Abriéndonos camino por la selva llegamos por el río Magdalena, a Magangué, una pequeña población en la parte alta de una de sus márgenes. Allí tomamos un bongo, y navegamos perezosamente hasta Barranquilla, ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, situada en el punto más angosto del delta del Magdalena, distante sólo dos horas del mar.

Barranquilla era en esa época una típica población de los trópicos en pleno auge, una población lanzada al progreso después de siglos de tranquila existencia bajo el sol. Recientemente se había descubierto petróleo en la región. Las ruidosas actividades del comercio llenaban sus estrechas y polvorientas calles, ahora colmadas de hombres comerciantes de todas las esferas, quienes heroicamente abandonaban su siesta para hacer algún negocio o terminar algún trabajo. Se levantaban altos hoteles por encima de las pequeñas y chatas casas del período colonial.

No era para mi fortuna el hallarme de repente metido en este centro de civilización tropical, el primero a que llegaba después de dos años. Inevitablemente había sido reconocido en las calles, y amigos revolucionarios de mi país —Barranquilla estaba llena de ellos— me habían alertado que estuviese en guardia porque me vigilaban. Sin embargo, más de un puñal suelto, y un revólver fácilmente disparable, estaban a la orden para mi protección. Los revolucionarios venezolanos aunque *bandoleros*, saben cómo apoyarse unos a otros en los momentos difíciles.

El gobierno de Venezuela tenía muy pocos simpatizantes entre los funcionarios oficiales y el ejército de Colombia. Por lo tanto me mantenían cuidadosamente informado de todos los movimien-

tos realizados contra mí, por medio de una serie de noticias que me llegaban con la regularidad de los despachos oficiales. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela estaba realizando gestiones para que me mantuviesen internado en alguna remota aldea de Colombia, donde tarde o temprano robarían los originales de mi libro, o cuando menos accidentalmente los quemarían. El cónsul de Venezuela esperaba órdenes telegráficas de Caracas para exigir a las autoridades colombianas que me arrestasen como conspirador contra un gobierno amigo.

Mientras asistía a un baile en el club A.B.C. cierto sábado, me dieron aviso que desde Bogotá habían pasado órdenes telegráficas para mi arresto, pero que tendría de plazo hasta el lunes para abandonar a Barranquilla. Esto se debía al hecho de que mis amigos habían decidido desconocer la autenticidad del telegrama, y esperaban una orden por escrito de la capital.

El cónsul norteamericano, después de hacerme responder a un cuestionario, que parecía tener más de tres kilómetros de longitud, y luego de recibir informes de que yo era amigo personal del presidente Harding, sucesor de Wilson, había consentido en visar mi pasaporte para Panamá. No había vapor que partiera para aquella república antes de una semana. Y tuve que salir antes del lunes del departamento del Magdalena, donde se encuentra Barranquilla.

Tres amigos, desterrados venezolanos, fletaron una lancha de gasolina para mí. Aquella misma noche a escondidas me marché del hotel. Dejé a mi sirviente Antonio para que se encargase de todo el equipaje —excepto el manuscrito— que despacharía a Colón por el primer vapor. En vez de hacer rumbo al mar, la lancha me llevó por el río alrededor de cien millas a Calamar, donde una desvencijada línea de ferrocarril va hacia el puerto de Cartage-

na, cincuenta millas al oeste de Barranquilla. No tuve ninguna dificultad en evadir la inspección en Cartagena. Llegué vestido de peón de un rancho. Me detuve en una pequeña fonda. Un muchacho se me acercó a venderme cigarrillos americanos de contrabando. Le dije más bien que le pagaría si me buscaba a Julián González. Este era también un contrabandista. El muchacho sabía donde encontrarlo. En pocos minutos González estaba en mi habitación. Una extraña mezcla de pirata, bandido y comerciante.

Había conocido a González en Magangué, donde se había robado entre otras cosas un bongo lleno de gasolina del cual dispuso después en Barranquilla. Aquella noche salía una goleta para San Jacinto hacia la parte superior del golfo de Urabá, la costa occidental que se encuentra del lado colombiano del istmo. Era una goleta comercial —decía— y el patrón era él. Ya sabía lo que quería decir con esto. Lo repetía en todos los idiomas por si yo tenía temor de convertirme en pirata por unos días, aunque no había otro modo de escurrirme. Las líneas telegráficas no estaban extendidas hasta San Jacinto, de otra manera González no hubiera ido allí. San Jacinto es un pequeño puerto de mar en el departamento de Antioquia, cerca de la boca del río Atrato y en los pantanos del salvaje Chocó que corre a lo largo del istmo de la frontera con Panamá. González me aseguraba que me sería fácil fletar allí una goleta hasta Colón. Confié sin reserva en González, porque la vida me había enseñado en momentos de dificultad que los hombres malos son dignos de confianza, más de lo que usualmente los buenos piensan de ellos. Aquella noche cuando subí a bordo de la pequeña goleta encontré lo que me temía —un barco pirata que tomando su inspiración de los grandes imperios del mundo— encontraba natural disfrazar sus operaciones de pillaje en transacciones comer-

ciales de buena ley. Unos pocos fardos de mercancías de escaso valor reposaban en la bodega junto con botijas en envoltura de mimbre, con el peculiar olor de una licorería violando la ley seca. Se veían formas humanas moviéndose misteriosamente sobre cubierta, alistando el barco para zarpar. Una lámpara de kerosene balanceándose en el mástil lanzaba alrededor su pálida luz amarillenta. Mi camarote resultó ser un cuchitril al cual se entraba por una puerta-trampa de la cubierta. Cuando lancé mi talego de ropa dentro y me deslicé tras él, tuve la impresión de haber descendido a una cueva o un pozo. El sitio no era alentador por ningún respecto, pero tenía la ventaja de que podía vigilarse fácilmente. Podría sentarme sobre la puerta-trampa, con el convencimiento de que no robarían mi manuscrito.

Al golpe de medianoche fue discretamente levada el ancla y un viento terral rápidamente nos empujó hacia los oscuros contornos montañosos de la bahía de Cartagena. En la mañana nos hallábamos en alta mar, con la proa dirigida hacia la famosa costa de Castilla de Oro, donde Nicuesa y Balboa fundaron la primera colonia del golfo de Urabá, llamándola Santa María. De allí partió Balboa a través del istmo para descubrir el Pacífico. Estaba siguiendo la ruta de mis antepasados los conquistadores, en un barco pirata que tenía más o menos el tamaño de las históricas carabelas.

Por la mañana tuve la oportunidad de hacer amistad con la tripulación. Indudablemente era una banda de matachines. La mayoría de ellos llevaban peinillas y portaban revólveres de seis tiros en sus fajas. Si se les interrogaba asegurarían que eran comerciantes ambulantes. Una inspección de la bodega revelaría que portaban mercancías que honorablemente iban a dejar en las aldeas que saquearan. En la ruta de su exclusivo comercio recogerían co-

cos, conchas de tortugas, aquellas baratijas y chucherías que estuvieran al alcance de sus manos. Todos sentían curiosidad por conocer el contenido de mi talego. González les informó que eran libros. Parecieron quedar satisfechos.

Una lancha del servicio de resguardo colombiano apareció en el horizonte a últimas horas de la tarde y después de alguna vacilación puso proa hacia nosotros. Cayó la noche y nos perdimos entre los bancos de arena e isletas cubiertas de cocoteros. Cuando rompió el día la lancha no se veía por ninguna parte. Para ese momento la tripulación que había estado jugando a las cartas y vaciando el contenido de las botijas, estaba completamente borracha. Los hombres se entusiasmaban más y más mientras las nubes se acumulaban al sureste. Dos horas después del alba la goleta era impulsada por un rugiente vendaval.

Las olas se elevaban ahora casi sobre cubierta. Un rayo surcó el cielo velozmente con el sonido metálico de una teatral tormenta. En una ocasión, cuando González y yo nos hallábamos al timón, nos vimos súbitamente delante de una muralla de arrecifes, cubierto por espumantes olas y a duras penas logramos cambiar el curso de la goleta, en tiempo suficiente para que nuestra línea de estribor sólo fuese rozada sin consecuencias. Luego una fuerte corriente de tierra lanzó nuestro barco fuera de los arrecifes.

Nos hallábamos cerca de la desembocadura del río Sinú, que González reconoció por las dos pequeñas islas que se yerguen frente a su barra de arena. Al aproximarnos a una de esas islas descubrimos tres chozas de paja, justamente al extremo de un sembrado de cocos. González me informó que se trataba de un cubil de contrabandistas, donde vivían seis matuteros —el viejo Gutiérrez y sus cinco hijos. González dio órdenes que resultaron en el fructuoso

saqueo de esta amante familia. Existe un conocido refrán español, según el cual ladrón que roba a otro ladrón tiene cien años de perdón. Como el libro mayor de González revelaba en números rojos que había ganado millares de años de perdón, el hombre nunca perdía la oportunidad de aligerar su conciencia. El viejo Gutiérrez era su favorito. Ya González lo había saqueado cuatro veces. A ese paso, de acuerdo con el refrán español, no cabía duda de que Gutiérrez acabaría por buscarle un sitio a González entre los ángeles.

Sin discusión, Gutiérrez era supersticioso respecto a González. Para él González era el destino. El orgullo de Gutiérrez no le permitía aceptar que había sido saqueado cuatro veces por cualquier otro poder que no fuera el azar. Después de una negligente defensa se rendía con la condición de que las vidas no fuesen sacrificadas. Nada podía estar más lejos de la mente de González que asesinar a una familia que corría tantos riesgos y gastaba tantas energías para suministrarle un apreciable botín a plazo fijo.

Después de embarcar unas cinco toneladas de cocos, y media docena de fardos de mercancías de contrabando de variada naturaleza, reanudamos la marcha.

Al amanecer del siguiente día, cuando me hallaba al timón procurando mantener la goleta alejada de un risco, donde las olas verdebotella se rompían como cristales, el guardia del castillo de popa, dio un grito señalando hacia un objeto que se hallaba a estribor. Era una canoa larga y angosta tripulada por dos indios que parecían hallarse al final fatigoso de una lucha desigual contra el mar. Inmediatamente dirigimos el rumbo hacia ellos y les lanzamos una cuerda. Los indios la tomaron y subieron a bordo, los cuerpos temblorosos y casi completamente exhaustos. Una taza de café caliente con

ron les hizo contar su historia. Llevaban dos valijas del correo a San Jacinto. Por el brillo en los ojos de la borracha tripulación y los nerviosos movimientos que hacían los hombres, me di cuenta de que consideraban muy interesante la noticia.

González demostró ser escrupuloso con respecto a la correspondencia, ya fuera por delicadeza o por respecto al gobierno, no pude determinarlo, pero dijo francamente a sus hombres que los bultos del correo no constituían su negocio. Esto dio lugar a una discusión sobre leyes marítimas. Un hablachento tripulante sostuvo el criterio de que si habíamos salvado la correspondencia a punto de perderse, ésta nos pertenecía. En el debate surgieron dos partidos. Como ambos deseaban más bien pelear entre sí, que apoderarse del correo, al momento se fueron a las manos. González hizo inútiles esfuerzos para hacerlos entrar en razón. Los indios trataron de escapar a su canoa. Yo hice lo único que podía en tales circunstancias, salvar la inviolabilidad de la correspondencia. Robé la mayor cantidad posible de las bolsas y las lancé por la puerta-trampa de mi camarote.

Los dos indios, a quienes les impidieron regresar a su canoa, corrieron a la proa del barco y saltaron por la borda. Esta circunstancia y el sonido peculiar de roca de la quilla, hicieron que la tripulación advirtiese el hecho de que el barco había sido empujado sobre un risco y se hallaba a un centenar de metros de la costa.

Mientras tanto, uno de los hombres había abierto con su machete la bolsa de correspondencia y la lucha tornóse en forcejeo por su contenido. Las cartas y los paquetes eran abiertos en loco frenesí, con el acompañamiento de maldiciones o gritos de alegría, de acuerdo con lo que cada hombre encontraba. En total una caja de cigarros, un par de zapatos, una linterna eléctrica y unos cuantos billetes de

banco. Cuando la excitación hubo pasado por la necesidad de sacar la goleta del peligro en que se hallaba, y alejarla del lugar de la costa donde los indios habían desembarcado, cinco de los hombres habían recibido machetazos. No tuvimos tiempo para atender a este pequeño detalle sino dos horas más tarde, cuando nos hallábamos navegando a salvo de la tormenta. Si se añade a todo esto el hecho curioso de que la mayor parte de los tripulantes sentía predilección por los pañuelos floreados con los que vendaron las heridas, o se envolvieron la cabeza, teníamos una imagen de los días de los antiguos bucaneros en pleno siglo XX, en un remoto rincón del Caribe.

Aquello parecía más bien un barco hospital que una goleta pirata, cuando nos dirigimos la siguiente noche, a través de la niebla y el viento para amanecer en pleno sol tropical. Los hombres heridos, arañados y borrachos, yacían sobre cubierta dando gruñidos, soltando maldiciones, contando historias. Muy pocos parecían estar sobrios o en su sano juicio para dirigir el barco, pero éstos trabajaban como condenados, con el fin de arribar a San Jacinto.

La costa de Castilla de Oro pasaba ahora ante nuestros ojos en un despliegue de vegetación tropical. Las azuladas montañas se perfilaban en el horizonte, sobre un fondo de cielo resplandeciente mientras el litoral costeño al lado de la selva se destacaba en leves líneas sesgadas hasta el borde del mar. Justamente debajo de nosotros durante los días claros se decía que algunos viejos galeones españoles cargados de oro, podían verse en el fondo del mar. Que ello fuere cierto no quita veracidad a la historia de que el pirata Morgan envió al fondo del océano muchos galeones repletos de oro en este mismo golfo de Urabá.

Seguidos por una banda de tiburones y barracudas, llegamos prácticamente a la opuesta orilla de

la caleta de San Jacinto. Este remoto puesto de la civilización consistía principalmente en los grises edificios de una hacienda alemana, con unas cuantas docenas de chozas y quintas diseminadas en la playa alrededor de la pesada estructura de mampostería donde estaba la aduana. Tal edificio particularmente preocupaba a la tripulación, que después de haber saqueado el correo de la república, no se sentía muy inocente. González decidió enviarme a tierra en un bote, y mantenerse lejos de la vista del gobierno por un tiempo.

Pero yo estaba listo para demostrarle que, después de todo, la honestidad era la mejor política. Por lo tanto les mostré el saco de correspondencia que había sustraído en el momento en que se peleaban por el botín, y lo tiré en el bote, junto con mi talego de ropas donde estaba también el manuscrito. Los hombres en principio parecieron disgustarse de que les hubiera birlado el correo, pero rieron cuando les expliqué mi propósito. Demostraron que me admiraban. Sin duda guardaban un moderado respeto por el don de la inteligencia.

Tan pronto como el barco me abandonó en la playa, corrí al edificio de la aduana, donde se suponía que estuviese también la oficina de correos, y entregué la bolsa al empleado. Conté que habíamos rescatado a los portadores indios en el mar, y que ésta era la correspondencia que llevaban. El empleado me dio las gracias y aun quiso subir a bordo de la goleta para dar personalmente las gracias a González. Le expliqué que esto no sería necesario ni posible, porque en aquel momento González estaba izando velas.

La población de San Jacinto, alrededor de 200 personas, consistía principalmente de piratas de costa y encubridores, con apariencia de peones de la escasa hacienda. Como no había conexión telegráfica con el resto del mundo, por algún tiempo me

sentí seguro de la persecución, tanto de los agentes de Gómez, como de las consecuencias de mi involuntaria participación en actos de piratería. Las gentes me miraron sospechosamente por algún tiempo, dirigiendo miradas inquietas a mi talego. Pero cuando un comerciante sirio —contrabandista— me llevó a su casa como huésped de honor, comprendí que estaba en buenas manos.

Dicho comerciante había leído algo sobre mis campañas en Turquía, en los periódicos llevados a San Jacinto por las canoas de los indios. Había visto también mi retrato. Por lo tanto pasé la mayor parte de la noche, contándole cosas de su patria, mientras fumaba su pipa oriental y sus ojos occidentales se llenaban de nostalgias mahometanas.

Al siguiente día fui llevado con otro pasajero, en la lancha de remos de la aduana, a bordo de la goleta-correo, que se suponía me llevaría a Puerto Obaldía, el punto primordial más avanzado hacia Panamá. Quedé sorprendido al descubrir que esta goleta-correo no era más grande que una canoa de buen tamaño, aun cuando estaba provista de velas. Un trozo de la tarima de estribor había sido arrancado por el mal tiempo. Lo habían remendado con lona y lata. La tripulación estaba formada por dos indios. Uno era el flaco, peón de a bordo, mientras el gordo hacía de contraмаestre. Su carga, además de la correspondencia, constaba de diez y ocho pequeños barriles de ron. Junto con los dos pasajeros y el gordo patrón, ponían la pequeña nave a sólo nueve pulgadas de su línea de flotación.

Mi compañero resultó ser un joven bogotano que comenzaba su carrera política con el nombramiento para el cargo de jefe de resguardo en la remota aduana de Acantí. Lo primero que hizo tan pronto nos pusimos en marcha, fue sacar una pequeña cocina de kerosene y comenzar a hacer café. Supongo que esta operación debió ser continuada

con la escritura de alguna poesía sobre París o Grecia. Me he dado cuenta de que estos ubicuos literatos de mi raza nunca ven algo que no esté distante sino a mil quinientos kilómetros de sus narices. Por lo tanto la cocina se incendió y pasamos un mal rato tratando de apagarla.

Nos dirigimos al río Atrato que desemboca en el golfo de Urabá, hacia su ángulo más inferior de su complicado y prodigioso delta. Trataríamos de cruzarlo y pasar la noche en tierra, en la costa opuesta del golfo, ya en tierra del istmo, pero todavía en el lado colombiano. El viento estaba tan quieto como un tranquilo elefante. Nuestras velas yacían sin movimiento. Remábamos sobre un mar que parecía de cristal.

Por la tarde empezó a soplar una brisa fresca, y el pequeño barco fue tomando más velocidad. Para la hora en que estábamos a ocho kilómetros del Atrato la brisa era una verdadera galerna. Entrábamos en una corriente donde las aguas se precipitan al océano por treinta bocas. La abundancia de bancos movedizos de arena hacía la navegación hartó peligrosa en la zona. Cuando la galerna se avivó hasta convertirse en un impetuoso viento del norte, rompiendo las olas del Caribe contra las aguas del Atrato, nuestra situación se hizo muy difícil. El oleaje verde oscuro se elevaba en toda dirección. El mar parecía como una montaña que se hubiese vuelto loca. El cielo tenía la apariencia de un inmenso tambor donde el trueno estaba acompañando una furiosa danza.

En aquellos momentos me había despojado de todas las prendas de vestir, con excepción de la ropa interior y del sombrero. Mi figura debía parecer bastante rara, mientras luchaba con la barra del timón. El sombrero casi caído sobre los ojos, mi correa bajo la cintura, de la cual colgaba un revólver, un machete y un peine.

Con la brisa soplando a plenitud sobre nuestro incontrolado velamen y los barriles de ron rodando de un punto a otro de la bodega, el barquichuelo corría inclinado peligrosamente a babor y a cada momento parecía en trance de hundirse. En un intento cómico pero absolutamente necesario para restablecer el equilibrio, el patrón colgó sus doscientas cincuenta libras de peso de la borda de estribor, sus pies al extremo de la tarima, las manos agarradas con fuerza a un cabo atado al mástil, sus partes pudendas acariciadas por las olas, mientras los tiburones que seguían la nave, soñaban con darse un banquete tan pronto como ésta se fuera a pique. Dicha posición debió perturbarle los nervios. Varias veces quiso abandonar su intento y tuve que obligarlo a punta de revólver. Me rogaba que arrojase al mar los barriles de ron, en lo que enérgicamente no quise convenir. Si comenzaba a tirar la carga, estaba seguro de que mi talego no se salvaría. Por ningún respecto me resignaba a perder los años que me había tomado escribir un libro, para lograr sólo alguna publicidad entre los peces.

Mientras tanto el otro indio se ocupaba frenéticamente en achicar el agua con una pequeña calabaza. En cuanto al indiferente pasajero, completamente desentendido de la gravedad de la situación, trataba de inducirlo a que le abriese una lata de sardinas. Tuve que darle un golpe en la cabeza con la cache de mi machete, para hacerlo entender, que no era aquel momento el más apropiado para que los hombres pensaran en comer sardinas, sino el de evitar ser comidos como sardinas por los tiburones.

Después de varias horas de angustia inexpressable el barco fue finalmente lanzado a la playa, sobre la costa occidental del golfo. Por poco nos ahogamos debido a la lluvia que cayó con tremenda fuerza bajo el albergue de palmas construido a la ligera, que a duras penas resistía el aguacero. El sitio

donde el viento y el agua nos habían arrojado, se hallaba muy cerca de Santa María la Antigua, el primer establecimiento fundado por los españoles en tierra firme de América, cuyas ruinas se veían a pocos kilómetros en el interior.

Nuestro escaso abastecimiento de comida se había agotado o desaparecido de la cubierta durante el temporal. Por lo tanto consagramos el resto de ese día a cazar. Nuestros empeños se vieron coronados con el hallazgo de varias docenas de huevos de tortuga, también de una pequeña tortuga. Hervimos los huevos y asamos la tortuga en su propia caparazón. Después de cenar el cielo se tornó súbitamente claro. El viento amainó hasta convertirse en una fresca brisa. Las estrellas empezaron a aparecer sobre nuestras cabezas como lumínicas mariposas. En torno de nosotros sólo se oían los murmullos de la selva, ásperos y temerosos al ascender la luna.

A la mañana siguiente tuvimos la visita de varios cazadores de la vecina selva. Eran negros cimarrones que hablaban un español gutural. Como cazadores iban bien armados. Los barriles de ron ya les eran bastante familiares. Lo que les intrigaba era el contenido de mi talego. Uno de ellos osó levantarlo, para tocarle el peso. Antes de que yo pudiera evitarlo, echó a correr con él hacia la espesura.

No atreviéndome a dejar el barco a la merced de los otros negros, apelé a ellos con palabras y gestos frenéticos, para que me acompañasen en la persecución de su compañero. Les expliqué que el saco contenía papeles, con encantos especiales de *vudú*, que podrían causar la muerte de todos, a menos que los recuperásemos y les hiciésemos las debidas ceremonias. Los cimarrones en extremo supersticiosos, después de breve consulta entre ellos, decidieron no arriesgarse, y unirse a mí en la persecución del ladrón.

Me lancé al frente de los hombres, trazando en el aire círculos misteriosos y cruces con mi machete, murmurando absurdas maldiciones. Los negros me siguieron vociferando encantos y advertencias en la dirección por donde había escapado su compañero.

Después de recorrer por un rato la espesa selva, llegamos a una antigua ruina. Las derruidas piedras estaban rodeadas de silencio y circundadas por una catarata de viñas. Árboles gigantescos surgían por las grietas de la vieja mampostería. En la penumbra del bosque volaban insectos de muchos colores que despedían una trémula claridad verde. En los escalones de la capilla, cuyo esqueleto se elevaba fantásticamente por encima de los árboles, encontramos el talego abandonado, bajo la custodia de un meditativo lagarto.

Inmediatamente lo abrí y mostré a los hombres un montón de manuscritos entre varias docenas de cartas militares. Los coloqué en el suelo. En torno de ellos bailé una danza propiciatoria que los cimarrones trataron de imitar del mejor modo posible.

De esta manera había evitado la muerte para todos y la pérdida de mi labor literaria. Por lo tanto, partimos de regreso a la goleta. Los negros se llevaron tres barriles de ron. Desaparecieron en la selva para celebrar el haberse librado de la furia de los espíritus del aire.

En el resto del viaje continuó la conspiración de los elementos contra mi manuscrito. Cuando nos acercábamos a Acanti para dejar al otro pasajero, el empleado de aduana, la goleta se hizo una avería con un risco. Nadando hube de llegar a la costa, empujando por delante mi manuscrito sobre un barril de ron vacío. Después gasté tres días para tramontar cabo de Tiburones en una pequeña canoa pasando una noche en la playa, en la finca de un colombiano. Un hermano de este señor había sido ahorcado en la

revolución de Panamá, que hizo posible la construcción del canal. Por él supe que los indios de San Blas en la frontera colombo-panameña, estaban en guerra, comandados por un aventurero mexicano que los dirigía en una insurrección contra el gobierno de Panamá, o al menos contra cualquier gobierno, porque para los indios era lo mismo, así se tratase de China. Todo lo que deseaban era pelear. Algunas de estas tribus indígenas toman una revuelta con el mismo espíritu con que un norteamericano disfruta de sus vacaciones de verano.

Finalmente alcanzamos el espumante estuario de Puerto Obaldía, con sus dos docenas de cabañas, su cuartel y sus dos torres de acero de la estación inalámbrica.

Como resultado de esta aventura un hombre, con los pies desnudos, pantaloncillos rotos, un revólver oxidado, un machete, y un peine en su faja, se presentó ante el oficial, comandante de la guarnición situada en la parte meridional de la república de Panamá, pidiendo hospitalidad y ayuda para salir de ese atolladero. El oficial —un sargento— y la docena de camaradas que lo acompañaban, me recibieron con caras severas, siendo objeto de cuidadoso escrutinio, tanto mi persona, como el talego que portaba. Cuando les conté quién era, de dónde venía y a dónde iba, el sargento tranquila pero firmemente, puso en duda mis revelaciones. No creía que viniera de Barranquilla. Y menos que fuera el general de Nogales. Ciertamente sabía que no iba a Colón, porque iba a obligarme a permanecer allí. Me reclamó que había viajado por una ruta que sólo seguían los bandoleros colombianos, cuando huían de un país a refugiarse en Panamá. Como representante de ese gobierno se oponía a ello. Después de todo, me dijo, si yo era persona respetable ¿por qué no había viajado en vapor como la gente decente? Cuando uno de sus soldados colocó mi talego en la

mesa y echó una ojeada a los mapas y cartas, dedujo que yo debía ser peor que un bandido. Pediría por telégrafo instrucciones a la capital.

Bien —le dije— supongamos que usted se dirija al secretario del estado y le exprese que el general de Nogales está aquí, que tiene una cicatriz sobre el ojo derecho y un talego lleno de manuscritos y cartas militares. Ya le escribí de Cartagena, que me ponía en camino a su país.

El sargento prometió hacerlo. Media hora más tarde penetró en la habitación donde me había encerrado, con la sonrisa en los labios y presentándose excusas. *Desde este mismo momento —me dijo llevándome hasta su despacho para tomar una copa— es usted huésped de la república de Panamá.*

Diez días más tarde, cuando dictaba una conferencia en el auditorio del Instituto Nacional, a instancias del gobierno de Panamá, vi entre mis oyentes, la cara atenta del todavía sorprendido sargento, que había tratado de arrestarme, confundiéndome con un bandido escapado de Colombia en pantaloncillos, sin otro equipaje que un revólver, un machete y un peine. Para este momento en que nos volvíamos a ver, sólo había tenido oportunidad de usar el peine.

COLERA CARIBE

DESPUÉS DE ARREGLAR MIS ASUNTOS en ciudad de Panamá, viajé de Colón a Bocas del Toro en una goleta gasolinera o *cocolo*, nombre bajo el cual son conocidos jamaquinos y otras gentes de color de las Indias Occidentales británicas en nuestra tierra firme hispanoamericana. Partía para la costa Mosquito a cazar jaguares negros en el interior de Nicaragua.

Nuestro barco, el *Everett*, una pequeña goleta acondicionada, aunque escasa de pulcritud, iba llena casi hasta reventar, de una multitud de pasajeros, en su mayoría braceros de color, de ambos sexos y de todas las edades, que se dirigían a Bocas del Toro, donde las bananeras los empleaban por millares todos los años, durante la temporada de la cosecha.

Aves migratorias como eran llevaban consigo más de una tonelada de equipaje, con el cual llenaban cada pulgada de espacio disponible sobre la cubierta de nuestra pequeña embarcación. Había sido muy afortunado al traer conmigo la hamaca. De otra manera me hubiera visto forzado a dormir vuelto un ovillo, lo mismo que los pasajeros y el resto de la tripulación, sobre sucios colchones, o en la cálida y maloliente bodega del barco. Su motor alimentado con petróleo, roncaba y runruneaba como gato amodorrado, en un compartimiento abierto, cerca de la proa. Una lámpara de gasolina grande y redonda se balanceaba sobre el centro del cuarto de máquinas. Pendía del techo por un alambre extremadamente delgado. Esta circunstancia no dejaba de preocuparme. La enorme lámpara me parecía

demasiado pesada para el cordón que la sostenía. Este podía romperse en cualquier momento haciendo estallar un incendio a bordo de la goleta.

De repente nuestro capitán, todo un viejo lobo de mar, lanzó un rugido equivalente a una orden. Al conjuro de ella media docena de negros marineros se tornaron pálidos, pues los preludios de un fuerte chubasco golpeaban inesperadamente la embarcación.

Aquello había sido la causa de que abandonase su siesta el capitán Van Dooren. Antes de que pudiera evitarlo el huracán había arrollado los cables del aparejo de tal modo que hizo imposible a los marinos arriar la vela mayor. Las órdenes que gritaba Van Dooren desde el puente, en vez de mejorar la situación ya de por sí complicada, debido al pánico que experimentaban los marinos, acabó por hacerles perder la cabeza. Corrían de un lado a otro como gallinas atemorizadas.

Para empeorar las cosas se armó el pandemium entre los pasajeros, especialmente entre las ochenta y pico *mammies* negras y sus pequeños y azabachados *mulaticos*, que iniciaron simultáneamente una competencia de gritos de tal magnitud que hicieron deprimir más a los pobres marineros. Los pasajeros hombres, por otra parte, parecían paralizados de terror esperando su próximo fin, con los ojos saltados como los botones de sus botas, saliéndose de sus órbitas.

La mayoría de ellos buscaba en qué apoyarse, algo que les ayudara a mantenerse a flote en caso de que fueran barridos por el chubasco y cayeran al mar. Luego la propia tormenta nos azotó como otro negro demonio silbador. Afortunadamente en un segundo, mientras trataba de salvarme, miré y agarré un cuchillo de monte que asomaba su filo debajo de unos colchones.

Manteniéndolo firmemente con ambas manos

corté los cables que sostenían en su lugar la vela mayor. Està cayó en el acto con un chasquido. A pesar de la fuerte marejada que bañaba la mayor parte de la cubierta, nuestro valiente pequeño velero se enderezó de nuevo e hizo frente con energía a la tormenta. Se zambullía como un pato en el hirviente remolino, mientras trombas marinas se levantaban a nuestro alrededor como una banda de turbulentos monstruos.

Luego que la tormenta amainó hice un inventario de mis modestas pertenencias. Mi sombrero, mis zapatos y mi camisa habían desaparecido. O sea, las prendas de que solía despojarme casi inconscientemente en aquel momento de peligro, porque no recordaba que lo hubiera hecho. Me había pasado como en la vieja historia del vagabundo que cuando se asustaba de verdad corría tan ligero que se volvía transparente de la cintura para abajo.

Aquella tarde, mientras descansaba en mi hamaca escuchando la conversación de algunos pasajeros, no pude evitar dirigir la mirada ocasionalmente hacia un viejo caballero, que sentado cerca del cuarto de máquinas fumaba distraídamente su pipa. El y yo éramos los únicos pasajeros blancos de a bordo.

A juzgar por su apariencia era un inglés. Se me había acercado en diferentes ocasiones como si quisiera hablarme. Pero por una u otra razón, cada vez que casi llegaba hasta mí, daba media vuelta, como si se sintiera avergonzado, y se iba sin decir palabra, tal vez porque no nos habían presentado. ¡Y que estas cosas ocurran! Me hacía recordar a un buscador de oro inglés, a quien conocí en las selvas del Amazonas, quien no obstante andar todo el día de la ceca a la meca con los pies desnudos, se afeitaba y vestía cuidadosamente por las noches —smoking, zapatillas, corbatín negro— para sentarse a tomar su frugal cena, sin más protección sobre su cabeza que el mosquitero movido suavemente por la brisa,

bajo el cielo colmado de estrellas. Si a este caballero se le hubiese ocurrido llevar consigo a la selva su sombrero de copa, su indumentaria habría sido completa. Estos nobles ingleses, sin fortuna, forman una clase muy pintoresca. Los admiro justamente por eso. No olvidan nunca que son caballeros. Aun bajo la influencia del alcohol, habitualmente se comportan y expresan con la misma corrección y el tacto con que lo harían si fueran todavía Sir Jack o Sir John, cómodamente arrellanados en las butacas de su club de Londres, vestidos con sus impecables trajes de etiqueta, monóculo y orquídea en el ojal. Son virtudes que no puede comprar el dinero, porque representan a generaciones de cultura y refinamiento.

Luego de observar a mi pasajero británico por un momento, giré la cabeza y eché un vistazo a la gran lámpara de gasolina, que se consumía balanceándose de un lado a otro como un balón cautivo, sobre el cuarto de máquinas. No me agradaba mucho su posición. Gradualmente me iba poniendo los nervios de punta. A tal extremo que, después de un rato salté de mi hamaca, fui al lado de un toldo que los marinos habían colocado a través de la cubierta, para evitar que el cuarto de máquinas se inundase por la fuerte marejada, que bañaba de vez en cuando todo el bauprés.

Cuando llegué a popa me incliné contra el foque, contemplé la noche, soñando probablemente con los ofidios y tigres que pensaba cazar en Nicaragua. Cuando súbitamente el silencio nocturno quedó interrumpido por un grito, que enfriaba la sangre en las venas, seguido por un estridente coro de voces horrorizadas.

Después de todo había ocurrido lo que me temía. Pude distinguir claramente a través del toldo una gruesa columna de llamas rojas que subían del cuarto de máquinas como serpientes de fuego. Ins-

tintivamente busqué y palpé en la oscuridad algo que flotara, o pudiera ayudarme a flotar después que hubiera saltado al mar.

Por desgracia lo único que pude agarrar en aquel momento fue el ancla del barco. Cuando la agarré con un grito de gozo —porque un hombre debe asirse de algo si siente miedo— me di un golpe en la cabeza contra algo más duro que el ancla. Era la cabeza del pasajero inglés.

Me hizo caer hacia atrás con ruido sordo contra la borda del velero. Aparentemente se había inclinado con el mismo propósito mío —tomar el ancla con el objeto de usarla como instrumento de salvación—, cuando chocaron nuestras cabezas.

Resultó ser el más fuerte. Mientras yo lo miraba como espantado, sosteniéndome la cabeza con ambas manos, él me hacía una cortés inclinación, y se presentaba: *Yo soy el señor Douglas, para servirle.*

A lo que respondí también con mucha finura, y una sonrisa agridulce: *Mucho gusto en conocerlo, Mr. Douglas. Mi nombre es Nogales. Puede usted quedarse con el ancla si desea.*

Por fortuna ninguno de los dos tuvimos necesidad de usarla. Por obra de Dios sabe qué milagro, el fuego había sido extinguido. Mientras tanto en el cuarto de máquinas nuestro pequeño velero, continuaba zambulléndose y meciéndose alegremente sobre las espumosas olas del Caribe.

Desde aquel momento nuestro viaje se volvió más interesante, porque el señor Douglas resultó no ser Mr. Douglas, sino el Reverendo Padre F., un muy conocido, pero algo excéntrico piloto del firmamento que venía de Nueva Zelandia a Costa Rica a decorar una de sus hermosas catedrales, si recuerdo bien. No obstante esta circunstancia debo confesar que Mr. Douglas —durante el viaje insistía en ser llamado así— resultó ser un personaje muy

amable y servicial, siempre listo para ayudarnos a pasar el tiempo y olvidar nuestras miserias.

Advertí esto especialmente después que habíamos intimado. Por su parte el capitán Van Doo- ren me estaba muy agradecido por haber cortado aquella mañana los cables del aparejo salvando su barco.

Había reemplazado con otras, aunque de enorme talla, mis extraviadas prendas de vestir y me obsequió una docena de botellas de ron de Jamaica, extraídas de una caja que el cónsul general de la Argentina le había pedido entregase a algún alto personaje, de Bocas del Toro. Por fortuna el ron era muy bueno y contribuyó a alegrar en grande el corazón de Mr. Douglas.

En cuclillas, en medio de un círculo de gesticulantes rostros de ébano, parecía uno de esos narradores de cuentos orientales, inventando chistes o relatando divertidas historias, mientras su negro auditorio le mostraba riendo sus joyas de brillante marfil.

Uno de sus tópicos favoritos era la evolución del ser humano. Estaba convencido de que nuestro apéndice era un segundo estómago atrofiado, vestigio de la época en que el hombre era todavía rumiante sobre cuatro patas. Explicaba este hecho señalando cómo se mueve rítmicamente hacia adelante, mientras caminamos, nuestro brazo derecho con nuestro pie izquierdo, y cómo nuestro brazo izquierdo lo hace simultáneamente con nuestro pie derecho. Nos reíamos a carcajadas cuando Mr. Douglas hacía para nosotros su demostración, caminando en cuatro patas, con su eterna pipa casi tocando el piso de la cubierta, queriéndonos demostrar la verdad de su teoría.

Instantáneamente todos los chicos de a bordo trataban de imitarlo, arrastrándose a gatas sobre la estrecha cubierta donde se apiñaban los equipajes,

con el resultado de que muchos de ellos cayeran al mar, en medio de los aterrorizados gritos de las mujeres, especialmente las más corpulentas que nunca cesaban de dar alaridos con sus fuertes voces hasta que el bote enviado a recoger a los chicos que se ahogaban salía a rescatarlos.

Mientras tanto el tiempo había empeorado otra vez. Nubes de tormenta se levantaban amenazadoras sobre el horizonte. El rayo que fulguraba a la distancia alumbraba ocasionalmente el oscuro cielo. El zumbido ominoso del trueno llegaba a nuestros oídos y probablemente también el de las numerosas gaviotas que nos seguían, las cuales después de agitar repetidamente sus alas, daban chillidos como de asombro y desaparecían a la distancia, donde la línea de la costa se extendía misteriosamente entre las sombras compactas del declinante día.

El barómetro descendía tan rápidamente que pensamos se había descompuesto. Pronto se hundió señalando tormenta, menos que un ciclón tropical. El mar se había tornado verdeoliva. Una brisa casi imperceptible movía la aceitosa superficie de las grandes olas infladas y el rizado de las aguas en torno a la goleta vino a ser el presagio de la cólera caribe. La luz del día se tornó crepuscular. El brillo cegador de los relámpagos iluminaba fantásticamente la cóncava nube negra, que se cernía sobre nosotros mientras el estruendo de los truenos nos asordaba, rompiendo el silencio circundante. Los dioses de los infiernos desataron sus furias sobre la pequeña embarcación.

Atrapada en las garras del ciclón, que amenazaba con volverla tortuga, nuestro valiente velero, continuó flotando bravamente entre las altas, fosforescentes y verdosas aguas, mientras el capitán Van Dooren mantenía vagamente su mirada, sin rumbo definido. Su vieja sangre pirata en aquellos momen-

tos debía estar circulando por sus arterias con más fuerza que nunca. Era descendiente de esos bucaneros holandeses que habían averiado a más de un poderoso galeón español.

El agudo pito del contraмаestre rasgó el silencio de la noche por dos veces. Manos ligeras bajaron la vela mayor. Con la rueda del timón girando en sus nudosos puños nuestro capitán hizo que la goleta se deslizara como un albatros gigante por encima de las embravecidas olas, que ocasionalmente bañaban la cubierta de borda a borda, como tronantes cataratas, arrastrando consigo todo lo que no estuviera bien atado y amenazando con llevarnos a todos los que estábamos en cubierta.

Jamás he experimentado conmociones más violentas que las que sacudieron mi espíritu aquella noche, frente a la tierra firme americana en las hirvientes y bramadoras aguas del Caribe, mientras los rayos una y otra vez trizaban el oscuro caos y los truenos zumbaban, como si quisieran ahogarnos en su infernal y apocalíptica sinfonía.

A la siguiente mañana cuando ya habíamos dejado atrás el extremo de la cola del ciclón, nuestro pequeño *Everett* surcaba otra vez la azul expansión del mar como si nada hubiera ocurrido. A la caída de la noche echamos ancla en las tranquilas playas de la bahía de Bocas del Toro, donde finalmente pudimos disfrutar de un necesario descanso.

Antes de terminar este libro me agradecería repetir que no representa por ningún respecto una biografía completa. La historia de mi azarosa vida llenaría no menos de media docena de volúmenes, especialmente si me diera por describir la escénica belleza de las muchas tierras que he visitado durante mi larga carrera de aventuras. En ese recorrido figuran los tristes desiertos del Cercano Oriente y del norte del Africa, donde las nubes de tierra y polvo giran en pardas y rojizas columnas que bailan

gigantescas danzas ante los ojos del espectador. El Fata Morgana juega con las finas partículas suspendidas en el aire, dándoles la forma de fantásticos paisajes, donde los siglos se recogen y arrollan en nubes y el oriente permanece fuerte, siempre fuerte. Maravilloso. Amenazador. Policromático. En extraño y monótono contrapunto, donde el murmullo y el trueno sirven de fondo a la más suave y coruscante melodía del occidente.

Además de esas tierras desiertas he visto también las desérticas nieves del helado norte, donde pasé más de una noche de angustia bajo su cielo estrellado que alumbraban las luces nórdicas, escuchando el doloroso aullido de los perros cazadores y las tierras de más lejos, las grandes selvas de nuestro continente americano, que tanto me impresionaron.

Con el objeto de describir el caos de los sentimientos conflictivos que ese océano de esmeralda de las durmientes selvas ha provocado siempre en mi espíritu, terminaré este volumen con las páginas finales de mi libro, *El saqueo de Nicaragua*, porque contiene la impresión perdurable que las selvas de Latinoamérica dejan en los que la visitan en gira de investigación o por cualquier otro motivo.

La muerte — con su colosal majestad y su profunda y conmovedora delicadeza — es característica de estas vastas selvas tropicales. Ningún hombre que sienta el llamado del indescriptible y mágico esplendor de la selva, puede responder con desmayado y tímido corazón. Lluvias que calan hondamente las tierras, mosquitos, hambre, fiebre, bandidos y otras calamidades humanas no podrían despojarme nunca del gozo de esa gira que hice por los ríos Tuma y Willike.

Durante el día, mi pipante navegó serenamente por la corriente tranquila y brillante del río, semejante a una esmeralda deslizándose bajo el

entretejido ramaje de los gigantescos árboles de la selva. Colgados de las ramas mayores y extendiéndose en torno de los troncos saltando de árbol en árbol, hundiendo sus hermosos colores aquí y allá en las aguas del río, florecían las orquídeas en interminable profusión. El aire era soporífero, arrebatador en aromas. Como sables de oro penetraban a través de aquel dosel vegetal los rayos solares. Enormes mariposas azules de alas metálicas ondulaban entre aquel espeso velo de sombra y sol. Pájaros pintados lo atravesaban como flechas multicolores. Loros de gayas plumas nos miraban y a ratos chillaban desde las altas ramas de un guayano. Algunas veces sorprendía a un martín pescador, o a una solitaria garza azul, descansando sobre una negra roca bañada por las aguas para descender más allá, junto a unas enredaderas donde sobresalía el plumaje de nieve de pequeñas garzas. De vez en cuando un mono de regular tamaño cruzaba con aire de dignidad el río, a gran altura, balanceando su cuerpo colgando de un bejuco hasta alcanzar el otro extremo de otra rama en la orilla opuesta. Por allí también avanzaban las monas de su tribu, llevando cada una consigo, colgados de su espalda, a sus pequeños hijos, bulliciosos y alegres, de ojos brillantes como cuentas. Al final del día cuando nos sentábamos a tomar la cena, y a contemplar el descenso de la noche amoratada, mis indios me contaban viejas leyendas del misterioso Monte Musun, que se alzaba imponente ante nosotros, y que nadie había osado escalar salvo algún dios indígena, prehistórico. Jamás olvidaré la primera vez que contemplé el Musun. Se yergue solitario en el centro de la selva, como una titánica y negra pirámide. En aquel momento los resplandores de un crepúsculo sangriento se proyectaban contra la cumbre de aquella inmensa mole. El rojo evanescente de la puesta de sol y el cielo oscurecido donde comenzaban a aparecer las estrellas, parecían des-

cender sobre su cima a cubrirlo con un polvo de oro.

En su cumbre, señor —dice *Nicarao*— hay un lago de cristal. Y en él nada por la eternidad, un caimán de oro.

Por la noche descansaba en mi hamaca por horas, sin dormirme, disfrutando de la oscuridad aterciopelada de la jungla, la cual sólo parecía más intensa por las luces que intentaban atravesarla. Las estrellas brillaban sobre mí. Debajo, donde el río era oscuro, los ojos de los caimanes relucían como diamantes a la luz del fuego del campamento. Por un momento dos relampagueantes y amarillas pupilas me indicaron que un puma acechaba desde la cercana espesura. Aquellos círculos luminosos a veces parecían opacos, pero otras se volvían traslúcidos, como si un fuego interior quemase finas estrías de cristal. Luego un movimiento del centinela espantaría al jaguar, que escapaba en silencio así como había venido. En toda dirección los cocuyos ensartaban sus brillantes cuentas sobre la espesa sombra de la noche. Y la luna al elevarse en el horizonte convertía más allá, a las negras aguas del río, en una rugiente lengua plateada.

A la postre tuvimos que abandonar los ríos, donde muchos bandidos y destacamentos del partido conservador, nos tendían celadas. Atravesamos en un viaje de circunvalación el desfiladero de Matiguas, donde los primeros días tuvimos que abrirnos camino, paso a paso por la cerrada selva con nuestros machetes.

Después de muchas semanas de vagar y de sufrir, un jinete cansado, cubierto de fango, atacado de fiebre, echó pie a tierra, de un caballo sin brida, semisalvaje, a las puertas del cuartel naval de los Estados Unidos en Matagalpa. Estaba hecho un adesio. No me sorprendía que el joven teniente, al mirar mi pasaporte, me dirigiera severas miradas escrutadoras. Finalmente dijo:

Conozco ese nombre... Pero usted no puede ser Nogales, el autor de *Cuatro años bajo la Media Luna*.

¡El mismo! —*repliqué*.

¡Cómo! Lo leí en la biblioteca de nuestra Academia Naval en Anápolis.

Apreté su mano, sintiéndonos de pronto amigos. Penetré en el cuartel. Me di un baño, me afeité y cambié mi indumentaria.

INDICE

	Página
XI.	Los llanos de Venezuela 5
XII.	Habitantes de la selva 18
XIII.	Rastros en la selva 33
XIV.	Noches de la selva 45
XV.	Derecho contra poder 51
XVI.	Recetario de cocina de un soldado aventurero 67
XVII.	Un caballero de la Media Luna . . . 76
XVIII.	El sitio de la ciudad de Van 100
XIX.	Defensa del desfiladero de Kotur Dagh 108
XX.	La quema de Bask-Kale 114
XXI.	Hienas en forma humana 121
XXII.	El capitán Schumann 129
XXIII.	Una cacería de jabalíes en el Jordán 137
XXIV.	Primeros bosquejos turcos 151
XXV.	Segundos bosquejos turcos 177
XXVI.	El ejército libertador del Emir Feizal 191
XXVII.	Castilla de Oro 202
XXVIII.	Cólera caribe 220